

Roberto Iglesias Heria
Estatua de una tarde de lluvia



FOTO HERCE

Mieres, 19 de agosto de 1946.

Filosofía y Filología. Dos cursos dedicado a la enseñanza. Tres años de bohemia y de buharda. Viajes a Inglaterra, Francia y Suiza. Desde 1975 trabaja de redactor en el diario LA RIOJA de Logroño. Ha sido director del Aula de Poesía del IER y de Oja, revista de poetas riojanos.

Finalista del premio de novela «Ciudad de Oviedo 1974».

Y del premio internacional de poesía «Jorge Guillén 1980».

Obra poética: «Hojas de un noviembre funerario» (Bilbao 1973); «Odiario» (Logroño 1976); «Epitafio a Logroño» (Logroño 1977) y «El velo de Isis» (Logroño 1980).

Libros de viajes: «La Rioja de cabo a rabo» (Logroño 1980, tomos del I al VII).

ROBERTO IGLESIAS HEVIA: Asturiano de natura. Y de esa gran hendidura que divide en dos la Asturias transmontana. Ese nacer en el centro que es tanto como gozar del ramalazo galaico y de la reciedumbre cántabra. Porque en la mente robertiana anidan meigas, se tejen fantasías, se forjan campanas de ilusiones. Y ese trenzar y destrenzar de castillos en el aire se canaliza a través de su corpachón, armadura de jovial humanidad. Y parece hay disonancia entre el epicureismo de que hace gala ante la mesa bien provista y el cántico airoso de sus sueños. Entre sus brazos remangados, su tórax peludo y las «xanas» impalpables que emanan de su mente enfebrecida, a la cual procura medicamentosa templanza con largos tragos de su «sidrina» terruñera.

(Es precisamente en esos momentos cuanto tenemos entre nosotros al auténtico Roberto: cuando abre el alma —alma norteña— y muestra el «almario» aldeano, la alacena de su ternura, rudamente expresada en el abrazo torpón y el raspado de su hirsuta barba... Cuando Roberto suelta su perorata idealista, cuajada de violencia —¡ay, paradoja de los iluminados!— y cae a golpes de maza en la polvorienta realidad... Cuando levanta el nervudo brazo, apretado el puño en torno a invisible metralleta y con ronca voz —arañada de vino seco y acre humo—, avanza hacia el no menos invisible objetivo, los quijotescos molinos, los cuadrilleros mesetarios, el batallón de negros talares y latines gregorianos... Y entonces, todo se resuelve en el panfleto non nato,

I. Título
860-3119"

C. 37.815

860-3

JGL

ut

7

Roberto Iglesias Novia R

292



Estadua de una
tarde de lluvia



R. 17.503



Editorial
OCHOA

Roberto Iglesias Heria

*Estatua de una
tarde de lluvia*



R. 17.503



editorial

OCHOA

*Esta obra ha obtenido el premio de novela Ciudad de Logroño 1982
organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Logroño y patrocinado por
la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.*

Cubierta: Javier de Blas

Primera edición: marzo de 1983

Copyright © Roberto Iglesias Hevia 1983

Editorial Ochoa, Doctores Castroviejo, 19, Logroño.

Impreso y encuadernado por Gráficas Ochoa

Doctores Castroviejo 19, Logroño.

I.S.B.N.: 84-7359-174-7

Depósito Legal: LO-153-1983

Printed in Spain

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo del escritor.*

Dos cosas te voy a enseñar; ya surge de muchos algo uno, ya se disocia de nuevo... y este cambio constante nunca cesa. Ya se reúne todo en uno en el amor, ya se separan las cosas particulares en el odio de la contienda.

EMPEDOCLES (ca. 492—432)

«Himnos purificatorios»

(Frag. 17)

Al físico más grande de la Histuá, Cristino Angel Santos Ferreira Pazos y Rubio, inventor nuclear y de otras cuestiones relacionadas con los cosmos y las atmósferas, que en cooperación con la Nasa hace llover y nevar en el mundo y que quitó la contaminación de su pueblo dejando el cielo azul con un invento;
a Luis Sagarribay Fontecha,
a Arturo Guerra Lumbreras,
en estos tiempos de buharda y de bohemia, entre soledades invernales y hospitalarias conversaciones en la logroñesa cafetería Milán.

Logroño, noviembre de 1973

Esa hora ha sido más o menos, la hora en que la ciudad despierta por las cañerías de los pisos y un ruido familiar crece por los grifos de bañeras y lavabos rompiendo con rutina el amanecer, la hora de los portazos en ascensores y portales o de los bramidos tempranos de los coches a motor que impiden un instante escuchar al completo el boletín de noticias de la emisora de radio local, mientras el maquinal afeitado ante el espejo; no había comenzado la limpieza diaria de la casa ni los niños salido para el colegio, no había tomado el desayuno con música e informes comerciales cuando el locutor hizo que llegara tarde a la oficina; es para quedarse helado, hoy ha llegado tarde a la oficina todo el personal cualificado del departamento municipal. No somos nada porque este muchacho tenía treinta años y el mundo en su cabeza de privilegio, tanta titulación académica que a los veintitrés ya era catedrático de la Universidad Central del Estado, siete carreras de Ciencias y Letras, doctor honoris causa por muchas del extranjero de histórico prestigio, infinidad de medallas, cruces y bandas en sólo un lustro de su vida y considerado porque ahí están las demostraciones de su talento; era un genio y la ciudad pierde a su única gloria merecida, ¿quién será el insensato que ponga en duda su sabiduría?; ha muerto, se nos ha muerto un monstruo. A los ocho años decía en clase, sin posible equivocación o corte, cualesquiera de los pasajes de la Biblia; bueno, sin cumplir los catorce sabía el Quijote

de memoria, siempre el primero, el número uno, el óptimo, y estando en el Instituto haciendo quinto de bachillerato ¡quién no se acuerda de aquello!, fue una noticia nacional, El Diario publicó la entrevista con su madre, un sabio obra de esa manera como por generación espontánea; la pena, que nadie se interesó por la patente pero en su casa se acabaron los problemas, la Historia y los hombres venideros harán justicia con eso que consta en acta: **Dispositivo de cierre giratorio para una abertura de salida dispuesta en el fondo de un caldero de colada**, un invento ¡de un ciudadano de catorce años!. Debía haber permanecido en la capital del Reino desarrollando su labor grandiosa, encima se muere joven sin un duro y en primavera; ¿asistirá su padre al entierro?; sí, lo mismo, otra de chinchón, aquí en la página de las esquelas, una, ¿quién la habrá encargado?; es viernes, el mismo día en que murió Jesucristo y casi a su misma edad; la foto del periódico es del año pasado cuando pronunció la memorable conferencia **Acerca de un procedimiento para preparar una composición fungicida sinérgica en forma de polvo humectable**; ha muerto esta madrugada D. Galo Collanzo Grameo de Oriella.

Son más de las diez y la mañana va a ser muy movida; no, no he visto el cadáver; iré con el Alcalde.

— Tú, lo conocías mucho ¿no?. Deja, para el bote; buenos días.

El Diario no es muy explícito al respecto, que la muerte ocurrió de madrugada lo sabe toda la ciudad, lo encontraron su tía materna y la criada, estaba en su cuarto de trabajo, sentado y el rostro sobre la mesa pegado a la Guía Telefónica de la capital de la Nación, casi medio millón de abonados, abierta por la letra QU; claro, desde hace tres semanas quería retener en su mente los cuatrocientos tantos mil números de teléfono de la A a la Z por orden alfabético y ¡ya iba en la QU!; ¿morir de eso?, ¿que le estalló el cerebelo?, no, no, ha de haber una razón científica y los médicos emitirán su informe; D. Galito, de loco, nada; ni nosotros llegamos a la milmillonésima parte de su cerebro ni todos los habitantes de la provincia juntos alcanzan su perfecta cordura y su lucidez inusitada; los escogidos de los dioses, los amados de la Naturaleza son así, no hay que darle vueltas, cada siglo uno; se nos ha muerto un genio, un futuro premio Nobel que era el galardón que le faltaba aunque ¡vayan ustedes a saber si lo consigue a título póstumo!; ¡y morirse a los treinta años!.

— Señor Secretario General, antes de levantar acta de este Pleno Extraordinario, ¿quiere mostrarnos el documento de cesión de los derechos de autor redactado y firmado por el finado de su puño y letra?.

La idea de proponer una suscripción popular para el levantamiento de una estatua a tamaño natural de nuestro prócer es encomiable y este Ayuntamiento es lo menos que puede hacer, no, ecuestre no porque, aunque D. Galito era un experto en el conocimiento de la especie equina,

es público y notorio que nunca montó a caballo ni poseyó ejemplar alguno; sin embargo, habría que añadir la creación de unos premios culturales y de investigación con su nombre, a escala nacional e incluso internacional y bien remunerados; en cuanto se inaugure la esperada Universidad de esta provincia, que lleve también su nombre; lo mismo, el día de la realización del tan necesario segundo puente de la ciudad y, acaso, la Biblioteca Municipal, ampliada con su legado del año pasado, podría ser Biblioteca D. Galo Municipal o Biblioteca Municipal D. Galo en vez de Biblioteca Municipal Reina Isabel; no, no veo procedente, como Alcalde, que el campo municipal de fútbol lleve su ilustre nombre, con el que tiene va de sobra y además el pueblo se lo puso y, por tanto, si se hizo en los llamados Terrones pues que siga siendo campo municipal de fútbol Los Terrones; por cierto que la patria chica de D. Galito no puede estar con un equipo militando en la tercera división de la Liga Nacional de Fútbol y hay que ascender a primera como sea y este Ayuntamiento pondrá los medios necesarios para que así se lleve a efecto. Lo de dedicar otra vía pública a su memoria, no sé, lo veo precipitado; cuando decidió residir y desarrollar su ingente talento entre nosotros, hace ahora tres años, ya dimos su nombre a la calle en donde vivió hasta hoy y será respetada la nomenclatura, pase lo que pase, porque va siendo hora de terminar con el trasiego de rótulos que a través de los siglos han mareado al vecindario; cabría, eso sí,

dedicarle la plaza del complejo de viviendas subvencionadas de la parte nueva. En realidad, esta Corporación ha cumplido con creces su cometido, a D. Galito le hicimos Alcalde Honorario Perpetuo, Hijo Predilecto y otros honores y homenajes. Páseme el documento, irá al Archivo Municipal y queda usted con la misión de efectuar la lista completa de las obras de D. Galito incluidas las puramente literarias o poéticas, que sus buenos premios obtuvieron. ¿Que se ha perdido el primer libro que publicó D. Galito!?, tiene que aparecer y, en caso contrario, comunicárselo a su tía o al mismo padre del difunto, hay que recuperar esa joya, además ya saben que, según las críticas de la capital del Reino de hace unos años, la época en que D. Galito dejó de publicar, ese poemario de adolescencia es lo mejor de su obra completa exceptuando, claro está, el portentoso ensayo sobre **Un procedimiento para la preparación de nuevos derivados de la Pironocroma** que le valió la importante distinción, la máxima de la Universidad de Kyoto, precisamente éste es el ejemplar que D. Galito me autografió y que he traído a la reunión porque no he encontrado en casa otros libros suyos.

Sí, hemos hecho acto de presencia; mucha gente, ya se sabe, la tía materna llorando, la criada también, criada de su tía porque D. Galito vivía en la más completa soledad, como un eremita, otras personas y el cadáver en el ataúd, que impone; sí, el forense se llevó las muestras al laboratorio, estoy esperando los resultados; bue-

no, pues el sepelio será pasado mañana al mediodía, su padre llegará mañana a última hora y así lo ha dispuesto; en la catedral, con el señor Obispo, y la conducción hasta el cementerio con toda gala, pompa y protocolo al uso fúnebre que requiere; asistirán, confirmado, tres ministros, el rector magnífico, varios catedráticos y académicos y, en fin, mucha personalidad de la capital con todas las autoridades provinciales, locales, organismos, instituciones etcétera, el domingo a las doce. Evidentemente, la placa de bronce para colocarla en el portal de su casa ha de estar lista para el mismo domingo, como sea, se le paga, pero el domingo la descubrimos. ¿Se han encargado las esquelas pertinentes al Diario para mañana y pasado?.

— Ni que se hubiera muerto Franco, ¡qué actividad!.

— Pues a mí no me parecía tanta cosa; D. Galito creo yo que estaba un poco o un mucho del ala, ¿no?. Y se murió célibe y virgen que dicen los periodistas y arruinadito. ¿Cómo iba a llevarse bien con su padre con la vida que hacía?; mucha ciencia y mucha letra, mucho libro y mucho invento, un genio de primerísima pero despilfarrando la fortuna de la familia, que su madre era rica de cuna, un fortunón, y encima con esa pinta de loco de atar, que para mí que estaba como una chota; y claro, tanta cosa en la calabaza que ¡reventó!. ¡Pobre D. Galito!, muy educado siempre, eso sí.

— Lo que te digo, parece que se ha muerto Franco. Nada, que siguen los de Correos y Telégrafos dando la lata, otra remesa de telegramas y el teléfono, bloqueado. Hoy nos tienen aquí hasta la noche y yo tengo mus; lo del concurso del barrio; se lo diré al de Servicios y que llamen al otro ordenanza, al nuevo, para que te ayude.

¡Ay Señor de los Cielos!, no lo puedo creer, que esté ahí solito, sin vida, tan blanco como un ángel porque mi sobrino era un ángel; cuando nació parecía un ángel de Murillo y la cabecita, que fue lo último que salió del vientre de su madre, la tenía grande y redondita, con mucha frente, sí, Galito vino a este mundo de pie, mi hermana pasó un embarazo fatal, los tres últimos meses vomitando más de siete veces al día y por la noche sin poder dormir de dolores, la criatura se movía mucho y se retrasó el parto diecisiete días; yo ayudé al médico y a la comadrona, fui la primera en tenerlo en brazos, en el seno materno se había hecho cacas, sí, sí, cacas como una persona mayor y vio la luz de este mundo con los pies por delante, no, no, nada de cesáreas, por el conducto reglamentario pero de pies; Galito estaba predestinado, como lo demostró, porque no nació como los demás mortales, así que mi hermana la pobre, ay no puedo evitar la llorera, sufrió muchísimo; después no tenía leche y tuvimos que alquilar a una nodriza porque el niño tampoco admitía el biberón; ay, qué recuerdos, mi hermana no tuvo más hijos, con Galito era bastante, la pobre. Mira, a las tres semanas nos quedamos todos tontos... porque Galito decía ajo con aquella boquita de piñón y aquella risa de cielo, fíjate, ¡hablar a los veinte días!, ¡cómo repetía ajo, ajo, ajo, ajjjjjo pronunciando perfecta la jota y alargándola como si en realidad supiera ya

lo que era un ajo; diez días más tarde fue el bautizo, abría unos ojos hermosos y grandes y no lloró cuando al señor cura se le cayeron las gafas dentro de la pila bautismal, sí, mujer, el párroco que luego se marchó a las misiones, el que nos fundó la cofradía de las Damas del Santo Velo, claro, ése lo bautizó, y nos dijo en la sacristía que Galito sería una cosa grande, claro, lo de las gafas era un signo, bueno, algo tendría que ver aunque casualmente Galito no gastó gafas nunca, siempre disfrutó de una vista de lince. Al año se soltó a andar él solito, de repente, como por milagro, empezó a andar y hablaba, sí, sí, hablar, conocía el significado de las palabras y hasta nos parecía que echaba discursos y sermones, fue un niño muy precoz, a los cuatro añitos sin cumplir sabía leer, escribir y las cuatro reglas, cuando fue al colegio por primera vez ya se fijaron en él sus profesores; recuerdo la poesía que me escribió el día de su primera Comunión, Galito era escritor desde muy niño y tocaba el piano, sabía solfeo y música, Galito de pequeño ya sabía más que su padre, siempre leyendo, estudiando, no le gustaba jugar a nada, su juego favorito era que le tomásemos la lección y que le preguntáramos cosas y siempre acertaba, de geografía, de personajes, de números, de todo y, bueno, abría la puerta de su cuarto y la cerraba a distancia con un aparato que había inventado estudiando electricidad y física y química y esas cosas en el Instituto; si alguien de la familia caía enfermo, pues él nos daba el remedio sacado de yerbas y cosas,

sí, sí, también sabía de botánica y farmacopea, preparaba evacuantes, vomipurgativos y purgantes que no fallaban, no hacía falta ir al médico, ya lo teníamos en casa porque nuestra familia siempre ha presumido de una salud de hierro y lo nuestro eran gripes, catarros, anginas, en fin, cuestiones de poca monta pero no nos gastamos con Galito ni una peseta en medicinas; mira, que yo siempre tenía agua de luce que él me hacía, laca carminada, almidón, jabón medicinal, lejía de jaboneros, pomadas para el cutis, ay, Galito daba recetas excelentes para limpiar y hermosear el cutis, para quitar las pecas, elaboraba polvos y esponjas para limpiar la dentadura, remedios para las uñas comidas, afirmaba las encías, teñía el pelo, quitaba la dentera, hacía hules, barnices, espejos a medida azogando los cristales, betún para los zapatos y botas, grababa sobre hojas de espadas y cuchillos, purificaba el cobre para hacer tumbaga, dulcificaba los metales agrios, limpiaba el oro y la plata de los bordados, de las telas y de las cajas y estuches, anillos y otra alhaja de oro que cayera en el fuego, extraía el oro de las maderas doradas, de una pieza de plata o de cobre, lo separaba del cobre dorado y de la levadura de los plateros, sabía dar color a una cadena vieja, medallas y otras joyas dejándolas como nuevas, afinaba los metales preciosos y el oro tomaba cinco colores distintos en sus manos, amarillo, azul, verde, rojo y blanco, doraba con polvos en frío, plateaba figuras de bronce y de cobre, Galito estaba en posesión, según decía,

del modo de dorar al uso de los griegos y del dorado a la italiana, estañaba el interior de las vasijas de cristal, blanqueaba las perlas, restablecía el tabaco de hoja pasado y preparaba el cuero para asentar navajas de afeitar, mi sobrino arreglaba los relojes y en suma, amiga mía, estaría hasta mañana contándote lo que sabía Galito porque él también decía que era un verdadero alquimista, no sé, esas cosas de los sabios; bueno, yo me puse muy contenta con el caldero de la colada, ¡y vaya si funcionaba!. Era un sabio de los de antes; ya sabes que, muy joven, ganó concursos importantes, los más importantes de novelas, cuentos y poesías, hasta de teatro, comedias y dramas que escribía en una semana, más no le ocupaban y también resucitó al canario, sí, porque el canario para mí que estaba muerto; Galito le dio en el pico algo de su invención y volvió a vivir y a cantar, él le llamaba Rizzio que decía era un músico italiano, David Rizzio, favorito de la reina María Estuardo, lo sabía todo; no lo puedo remediar, tan sabio, tan bueno, tan guapo y tan muerto; ay, benditas ánimas, ay, ánimas benditas, Virgen del Perpetuo Socorro, Dios mío, Dios mío, no lo puedo creer, no puedo, no puedo, mi Galito muerto para siempre.

Me tomaré una manzanilla o un té con limón, no me entra nada de comer, Señor, Señor ¡qué desgracial; comed vosotras que ya es la hora y la criada habrá preparado la comida.

¡Pobre Galo!, para mí siempre ha sido Galo y desde muy niña, no me gustaba lo de Galito, suena a cursi y además así le llamaba todo el mundo, hasta en su casa; ¡estaba enamoradísima de él!, bueno, ahora quiero mucho a mi marido y los cuatro críos son una bendición del cielo, no nos falta de nada, pero Galo era otra cosa; yo tuve que besarle, sí, sí en la boca, a todo tornillo, y si hubiese sido más despabilado me hubiera hecho mujer; creo que mis besos fueron los únicos, segura de que ninguna otra mujer intimó con Galo, no, no, de homosexual nada, era, cómo te diría, algo etéreo, un asexuado, él era otra cosa; una vez quise llamarle Gal y que le daba lo mismo aunque eso de Gal más le parecía nombre de perro fino, ¡qué risa con lo de canis latrans vulgaris!; seguí adorando a Galo, a un Galo que no conoció hembra alguna, no vería un coño vivo en su vida, mala suerte esto de morirse a destiempo, a los treinta años; las tardes de paseo están dentro de mi corazón, una delicadeza, daba gozo hablar con él o simplemente quedarte alucinada escuchando, lo sabía todo, nunca conseguí que me llevara al cine pero te contaba las películas con todo detalle, a Galo nadie le ha visto en un cine, nunca fue al cine pero se las sabía todas, el director, los intérpretes, el guión, la música, la fotografía, los paisajes...; conservo unos versos de los primeros tiempos, unos versos que me escribió la tarde aquella junto al río, la tarde del primer

beso; no iré a verle y no quiero llorar, hace más de cinco años que nada, ni siquiera un saludo por teléfono, Galo a poco de morir su madre se encerró y como si no existiera, es muy posible que no saliera ni a la calle; yo creí que me daba algo cuando me dijo que entendiera y comprendiera pero que iba a dedicarse en exclusiva a su tarea y con un lo siento y un adiós para siempre, pues hasta hoy, viernes, día de su muerte; yo fui muy feliz aunque Galo, esto de las chicas, era, como te diría, pues, no sé, superficial, no lo más importante, entre tanto libro no conoció el amor; anda, que más de una perdía los hábitos por él, bueno, ¿no es delicioso vivir en la calle de D. Galo Collanzo Grameo de Oriella?. Ay, chica, estoy desmoronada, lo he sentido mucho, sí, sí, lo mismo que tú, por la radio nos enteramos, esta madrugada; bueno, hasta el lunes, supongo que irás al Hotel, sí, después del pase de modelos pues ya sabes hay lunch y todo, no lo sé pero el vestido negro no me lo pongo, uf, quita, ¿que ahora sería viuda joven y famosa?, quita, quita, hay que disfrutar de la vida, un beso a los niños.

— Si, soy yo, precisamente íbamos a comer, ¡claro que vivía solo!, acabo de hablar con tu prima, sí chica, sí dicen eso, se pasó de rosca, vamos; también tengo yo su primer libro con su firma y una dedicatoria muy bonita, ¿que te compraste uno de qué?, ¿en dónde?, pues ni idea, es la primera vez que oigo tal cosa, ¿cómo dices que es el título?. ¿Polimerización del unalqueno?, **Polimerización del 1—Alqueno**, un sabio, oye, ¡qué pe-

na que no te lo haya firmado!, ¡qué letra!, parece sobrenatural; no, no voy al cementerio, en la catedral, eso, igualmente, hasta luego.

— ¿Qué que se lo voy a dar y por qué? ¿qué me lo da el miembro tortuoso, ¿no lo va a dar en la capital del Reino? ¿qué me lo da, que la carta se ha puesto buena y se la voy a dar? ¿qué me lo da?

Se nota la ausencia del Cronista Oficial de la ciudad y sobre el espeso ambiente del Café flota un aura extraña que se llena de palabras, palabras y palabras; este rincón en donde han reposado las culeras más insignes de la urbe sin interrupción a través de más de cien años de soledad mental, este rincón, señores, no tuvo en su materno seno a la gloria de D. Galito, aquí no entró D. Galito nunca y ¿saben ustedes el por qué?, porque D. Galito estaba muy por encima de todos nosotros, a esta tertulia no se le invitó nunca y, como lo que se dice aprender no hubiera aprendido nada caso de asistir, dejo constancia de una gran pena en el desdichado día de su muerte y propongo que de ahora en adelante esta tertulia añeja, que, a veces, es revista oral de elevada talla intelectual y artística y, las más, exponente meridiano del índice medio de la subnormalidad cultural profunda de la provincia, esta tertulia, digo, debe llevar su nombre, se lo ponemos y en paz. Tertulia D. Galito o Tertulia D. Galo que es más serio; en algo contribuiremos al merecido homenaje póstumo que se le tributa y se le va a tributar porque esto, señores, dura un año, y si no al tiempo.

— Usted, que es joven, y por tal el más reciente miembro tertuliano, ¿no fué su colega en la capital del Reino?, pues cuente usted, que la tarde se ha puesto lluviosa y es conveniente practicar el

placer de la conversación aunque el tema no sea totalmente intelectual o científico.

— A Galito le conocí en tercero de carrera, ya era archifamoso en toda la Universidad, aquel año había conseguido los premios más importantes y prestigiados en lengua española tanto de novela, teatro, poesía como de ensayo; ustedes saben que yo soy nacido en un pueblecito de la provincia y que mis padres me enviaron al internado, no tuve la oportunidad de coincidir con Galito sino en la Facultad, él estudiaba no sé cuántas carreras a la vez, bueno, mis relaciones personales con el ya difunto, y que Gloria halle, se reducen a una noche marzal en que un buen montón de estudiantes fuimos a su cuarto para celebrar el premio que la Universidad de Samoa le había concedido por su trabajo sobre el **Procedimiento para establecer anclajes de tracción en el terreno con tirantes protegidos contra la corrosión**, brindamos con champaña, él con agua y azúcar pues era abstemio, y ya saben ustedes lo que son los estudiantes, bueno, pues se votó por unanimidad absoluta que nos acercásemos a la mancebía de La Copta, aún ignoro el por qué de tal nombre, y que el servicio lo pagase a todos Galito, pagó pero él no fue a casa de La Copta, se quedó ultimando el estudio e informe, que enviaría al premio Holanda y que obtuvo, por cierto, con óptima brillantez, acerca de los **Perfeccionamientos introducidos en un sistema de control de producto de reacción de un reactor de pared fluida para temperatura elevada**, Galito era la enciclopedia,

un espasa pensante y parlante, hasta algún profesor pasó por su cuarto a consultarle sobre diversas materias.

Un sábado, realizó como un experto cirujano una operación de fimosis, aquel chico no podía estudiar ni concentrarse con tal complejo y Galito con alcohol y una cuchilla de afeitar realizó el prodigio, a la semana funcionaba con toda normalidad y no dejó ninguna asignatura pendiente; pero lo que yo quería contarles es la apoteosis de Galito; varios de nosotros comentamos a Galito las inconveniencias tanto físicas como síquicas de la goma elástica, vulgo condón, a la hora de introducir el pene; aunque él fue siempre un casto varón, un a modo de camandulense monje, y muy formal, se tomó en serio lo de la goma y un buen día nos sorprendió con una bolsa que contenía más de cien preservativos; probad con estos y no tendréis problemas, son automáticos, exclamó; Galito había inventado el condón automático, con una ligera presión de los dedos se abría la goma como un paraguas y quedaba el pene perfectamente protegido; hasta que se terminaron que fue en poco tiempo pues alguno comprobaba el artilugio y su consistencia en solitario por el viejo método onanista; si Galito hubiera patentado el invento, ¡imagínense ustedes las ganancias!; no fallaba ni dolía, se lo asegura un testigo presencial y empírico. Eso fue todo porque yo a Galito ni le vi ni coincidí con él ya nunca jamás.

— Sorprendente y aleccionador relato, joven;

y añadido yo si tan práctico invento ¿no tiene sus concomitancias con aquel ensayo corto que D. Galito publicó en un vespertino de la capital y en no me acuerdo qué revista especializada cuyo epígrafe general era **Casquete de distribución perfeccionado para recipiente a presión del tipo bomba aerosol?**, hombre, ¿no se rían ustedes que D. Galito aún está de corpore insepulto!

— Pase usted señor Cronista, ahí lo tiene, mi ángel, ay Cristo bendito, ¿desea usted tomar algo, café, otra cosa?; es mi director espiritual, el sacerdote de casa, se conocen, bueno, voy a atender a otras visitas.

— Señor Cronista, es un placer esta coincidencia a pesar de la triste circunstancia; yo a Galito le conocí en los cursos finales del colegio cuando me cabía la esperanza de un Galito gloria de la Iglesia, un Aquinate resucitado pero, los caminos de Dios son inescrutables y los hombres somos cantos rodaderos, pulidos y llevados de una parte a otra por la fuerza misteriosa del agua divina, Galito no fue llamado aunque su vida ha sido todo un ejemplo de santidad y darse a los demás, deja una portentosa obra hecha, mucha más inédita que éditada y confío en su reconocimiento universal; ¿lo trató usted?

— Con Galito me unía una gran amistad aunque en estos tres últimos años, prácticamente desde que regresó renunciando a su cátedra, que tanto prestigio le daba, no nos vimos apenas, él se encerró y se apartó de todo y de todos; siendo él estudiante aún, en vacaciones, me visitaba con asiduidad y, dada la insólita capacidad de su inteligencia, puse a su disposición el Archivo Municipal y mi propio inventario, sin ir más lejos, yo le corregí los textos, yo soy doctor en Químicas, de un voluminoso estudio que hizo sobre la

fibra química, aquello era una revelación y fue su tesis doctoral al cabo de los años, Galito era doctor por septuplicado como usted no ignora, y el trabajo se publicó en la capital del Reino con premio extraordinario y fue traducido al inglés y al japonés, yo tengo en mi biblioteca, como oro en paño, el libro dedicado, es una tetralogía con estos títulos **Dispositivo de conversión de cables de fibras químicas, procedimiento de fabricación de la composición tintórea, procedimiento para la preparación de una composición tintórea para fibras queratínicas y procedimiento de conservación de composición a base de dispersiones acuosas de esferillas llamadas liposomas**, por este orden cronológico; Galito no tenía desperdicio y esta mañana al enterarme de su inesperada muerte he recibido un golpe anímico brutal, en realidad ¿sabe usted cómo ocurrió el luctuoso evento?

— Me cabe el desgraciado honor de ser yo quien avisó al Diario esta noche pasada, eran exactamente la una menos cuarto de la madrugada cuando hablé personalmente con el director y le dije el hecho sin más detalles, que lo encontramos en su mesa muerto; todas las noches, su tía materna y la criada, después del cierre de la programación televisiva, pasaban de su piso al de Galito, puerta con puerta, para prepararle el vaso de leche y por si necesitaba algo, al llamar repetidas veces en su estudio y no obtener respuesta entraron y vieron a Galito sin vida pero aún caliente de bruces sobre la mesa y con los ojos abiertos encima de la Guía Telefónica de la ca-

pital del Reino, inmediatamente su tía materna me llamó por teléfono pues ya sabe usted la amistad que me une a la familia y el ser su director espiritual, su tía acudió a mí y rápidamente me presenté en el domicilio; al comprobar que estaba muerto, le cerré los ojos, oré y lo bendije y a continuación, ipso facto, eran como le digo las doce cuarenta y cinco, comuniqué al Diario la noticia; también llamé al médico de guardia, al Alcalde y a la Funeraria que encargó la esquela. Me quedé toda la noche consolando a la tía que era como una madre para él y a la criada y a la vecina de arriba, muy amigas, que al oír los gritos y llantos vino y estuvo toda la noche velando al muerto; esta mañana a primera hora, conseguí, por medio de la Embajada, hablar con su padre que como usted sabe se encuentra en Manila trabajando de abogado para una empresa tabaquera, poco rato, se oía muy mal, pero me dijo que el entierro fuera el domingo y que él llegaría mañana por la noche; cuando ya los de la Funeraria llegaron y colocaron a Galito en el ataúd, me despedí no sin antes telefonar al Alcalde que el entierro sería el domingo a las doce, creo que ya está todo dispuesto y tanto mañana como pasado saldrán publicadas sendas esquelas y el anuncio del horario anulando el de hoy; eso fue todo, amigo mío, ¿a qué hora le vino la muerte?, posiblemente el médico lo sepa en los análisis, pero creo yo que Galito murió a partir de las diez porque a esa hora se encerraba en su cuarto de trabajo invariablemente, cenaba a las

nueve viendo el telediario, todos los días a las nueve y ayer la criada le dejó la bandeja a las nueve menos cuarto, había cenado sopa de pescado, pescadilla a la plancha y manzana asada con miel; una pena, señor Cronista, y no pudo ser, como se obvio, un corte de digestión; Galito era un asceta y la botella de agua mineral sin gas estaba mediada, en su piso no había licores ni drogas; él nunca estuvo enfermo y gozaba de muy buena salud.

— Estos detalles, que tan amablemente me ha relatado, me serán muy útiles no sólo para el artículo a modo de panegírico que aparecerá pasado mañana en El Diario sino para la biografía que pienso escribir sobre su vida y obra; por cierto, ¿qué libros o manuscritos tiene usted de Galito?.

— Poseo toda su obra éditada, con dedicatoria, cartas escritas a su tía de su época de estudiante y una serie de manuscritos científicos que así recordando ahora le puedo decir, por ejemplo, **Procedimiento y dispositivo para el tratamiento electrostático de sales potásicas en bruto que contienen carnalita, Perfeccionamiento introducidos en una mitad de vástago de émbolo para aparatos de aire comprimido accionados por membrana, Procedimiento para la preparación de soluciones de cloruro de magnesio de alta concentración** y, olvidándome alguno, **El martillo neumático**; si en algo le sirve, está a su disposición mi modesta biblioteca, pero quien le va a informar a conciencia es la tía de Galito y tenga

la seguridad de que sacará usted toda la información que necesite.

— Es usted muy amable, páter, ya le llamaré, y ahora dispénseme, mis obligaciones me impiden permanecer por más tiempo en esta casa y ya son más de las siete y media. Y creo que llueve.

— El sabio es que cayó.

— ¡El de los inventos!

— D. Galito, el de los Cristó.

— ¿Que qué es zahorí?

— ¿Qué dice usted?

— Uno que usa muy bien de la Urdemera y

— Páter, zahorí.

— Tiene que ser el mismo un chico povero

como de treinta años que no sale de casa y anda en alas de sus cosas sin salir de casa, adaptado al uso de la vida de la casa, que no es hombre pa' ir a decir.

En las losetas de la calle peatonal, una calle que rodea toda la manzana, brilla la llovizna y los clientes asiduos de los establecimientos de bebidas se arraciman cabe el mostrador, es una procesión ritual donde por grupos y parejas cada cual toma su vino para anegar quién sabe qué soledades escondidas; ciudades como ésta tienen la zona escogida del alterne al alcance de todos los bolsillos, la parte antigua o vieja con la nostalgia y la añoranza que dejan un inconfundible poso en calles y edificios, que D. Galito ya dijo hace tiempo que había que conservar y arreglarnos las fachadas de las casas y fíjate ahora, muerto.

— El sabio ese que cascó.

— ¿El de los inventos?

— D. Galito, el de los Oriella.

— ¿Ese que era zahorí?

— ¿Qué dice usted?

— Uno que era muy listo, de la Universidad y zahorí.

— Pues, zahorí...

— Tiene que ser el mismo, un chico joven, como de treinta años, que no salía de casa y era el más listo de todos, el de la calle dedicada, ¿que no? hombre, ¡a mi me lo vais a decir!,

sí y que no andaba bien de la cabeza, el mismo ha de ser, en el pueblo armó una gorda, a mi cuñado, claro, que yo bajo a la ciudad de tanto en viento, pues nada que un buen día, de esto hace unos años, apareció por el pueblo la lumbrera esa de la mano de un conocido de mi cuñado, el cual aseguró que había que hacer el pozo en un sitio; tardó poco en señalar el lugar y había que ver cómo lo dijo.

— Aquí, exactamente aquí, a no más de tres metros ¡agua!.

Que conste que yo no estaba presente y no lo vi pero mi cuñado ya se encargó de propagarlo a los cuatro vientos; resulta que el sabio ese, el zahorí, no utilizó la vara ni el péndulo pero como se le veía tan convencido pues comenzaron las obras al día siguiente; el zahorí se marchó y ya nunca más supieron de él en el pueblo; mi cuñado contrató a dos peones que en dos sesiones llegaron a los tres metros sin encontrar agua y que continuaran la faena porque allí tenía que brotar el agua; a la semana, cuando ya iban a siete metros de profundidad, sacando hasta mogotes así de piedra, mi cuñado paró la excavación; le costó un pico la intentona pues buen pico de duros se llevaron los peones pero lo malo fue que había que tapar el agujero y otro buen montón de duros tirados, que los peones a pico y pala, nada de máquinas; si es que no podía ser, en aquella parte del pueblo no había salido agua nunca y mira que el abuelo lo decía, en fin, un

cachondeo, ¡si la tierra apilada parecía una pirámide!, ¡siete metros!, menos mal que el zahorí no cobró que si no, ¡menuda!, pues ése es, tiene que ser él, ¡como para fiarse uno de los sabios!, anda, echa una ronda de tintos.

— Y qué, ¿se quedó su cuñado sin agua?.

— Tuvo que empalmar con la tubería del pueblo, ahora que el Salomón ese no pisó más por allí, que lo matan, hombre, que en mi pueblo somos muy nuestros. ¡Si al menos hubieran sacado petróleo!.

— A propósito del tema, tengo yo que contar una cosa que ésta sí que fue de D. Galito. Donde yo trabajo, pues, el amo se metió en lo de la fábrica de cristales, la cristalería del polígono y un buen día nos enteramos de que iba a ampliar el negocio; resulta que, de prueba, encargó a un técnico que llevara a cabo la teoría de D. Galito, que no era otra que **Un procedimiento para obtener cristales de maltosa**; todo estaba tan explicado, que efectivamente, se hicieron unos cuantos cristales de maltosa pero aquello fracasó porque salía más caro el collar que la vaca y ya decía el amo que de nada servía el gastarse toda la fortuna en sacar un gramo de oro de una tonelada de hojalata.

— Parecido a otro invento de D. Galito, **La máquina terrajadora**, que sí, que era verdad pero que costaba un huevo y la mitad de otro y qué salía más rentable hacer las molduras a mano

para el yeso, el estuco y el mortero. La máquina era una ruina.

— Es que D. Galito se adelantó a su tiempo, eso está claro, el tío sabía la tira, era un sabio y no hay que darle más vueltas, además si esta ciudad ha salido tanto en televisión ha sido porque D. Galito ya era famoso de joven.

— Tonto no era, eso es verdad, pero no sé, es que estaba como una cabra, ¿o no?

— Venga, la penúltima ronda y nos marchamos que tengo yo que contaros algo y ¡vete tú a saber si su madre hubiera salvado!. Cuando los médicos dijeron que no había nada que hacer, D. Galito dijo que sí, que él tenía un método contra la osteomalía, osteomielitis o la osteonosequé, la osteomalacia o la madre que lo parió, la enfermedad esa de los huesos, que se reblandecen o que se inflama la médula, que te quedas sin cañada y palmas, que se te pudren los huesos, vamos, pues su madre la tenía y D. Galito dijo que había encontrado **Un procedimiento para la preparación de cemento para huesos**; él estaba entonces en la capital del Reino de profesor o catedrático de no sé qué, bueno, pues cuando le dijeron a su madre lo del cemento, que le iban a meter cemento en el esqueleto, pues dijo que no y del susto casi se adelanta la muerte; aquello afectó mucho a D. Galito que veía que se quedaba sin madre y algo de razón llevaría D. Galito porque, no, no, nada de espinillas de acero, eso ya lo hacen por ahí, es que aquí se trataba de

todos los huesos y que, pues también placas de metal en el cráneo, sí, pero esto era otra cosa y digo que su razón tendría D. Galito porque en América, hace poco lo he leído en una revista, a un jugador de ruby le metieron cemento en los huesos y no sólo no se ha muerto que encima sigue en activo como profesional y es de los mejores, pues la misma enfermedad que la madre de D. Galito y éste ya descubrió lo del cemento hace tres años.

— Anda, vamos que tú estás peor que D. Galito.

— R.I.P. amén Jesús.

— Ha sido una muerte horrible, de esa que se infrecuente, cumpliendo con el deber. El médico privilegiado, obediendo a una leyenda de la capital del Reino.

— Era un postal.

— Era una mierda.

— Que coño, y es un poco de vista, muy personal, claro que su primer deber es seguir gustando. En realidad es la vida que merece la pena.

— En efecto, el sol es el agente de las cosas.

Nosotros, los progres, gente culta, estudiantes, profesores sin cátedra, pintores, poetas provincianos, faranduleros de afición, bohemios de casta y ciudadanos desordenados, con el añadido de varios exclaustrados y demás seminaristas de sotana colgada, hemos cenado hoy, viernes, para comenzar bien el descanso dominical y, como la tarde lluviosa se ha ensombrecido demasiado con la desaparición de la gloria local, en el mundo D. Galito, vamos de copa agria nocturna por los locales de buena nota de la ciudad intentando despejar el ánimo y lanzar a los hospitalarios depósitos del olvido el lastre semanal que nos toca, el desencanto ciudadano y el hastío irremediable, el Galito, hermanos, ha muerto.

— R.I.P. amén Jesús.

— Ha sido una muerte hermosa, de una belleza infrecuente, cumpliendo con su deber de cráneo privilegiado, oh dioses, ¡la Guía Telefónica de la capital del Reino!

— ¡Era un poeta!

— ¡Era una mierda!

— Que conste, y es mi punto de vista, muy personal, claro, que su primer poemario me sigue gustando. En realidad es lo único que merece la pena.

— En efecto. ¡El sol está delante de las hojas!

es lo único salvable, lo demás que lo quemen. A los dieciocho años no se puede escribir mejor. Pena que no siguiera por ahí. Talento tenía, eso indiscutible.

— ¿Talento de qué?, prescindamos de 'El sol está delante de las hojas' y toda su obra literaria no pasa de correcta, es decir, como él a montones; lo que pasa que tenía muy buenas relaciones y con el cuento de los inventos y la cátedra se abonaba a cualquier editorial. Un puerro, vaya.

— ¿Y los premios?.

— ¡O infelice ser!, los premios casi nunca se los lleva el mejor. Y al Galito se los dieron porque vendía y por prestigio personal, el rollo de siempre.

— Yo no le doy ningún valor a su obra porque la literatura, la creación literaria es algo más que el mero conocimiento de la técnica y el dominio del lenguaje, a Galito le faltó la chispa, el toque de gracia para que sus grandes conocimientos de la herramienta literaria alcanzaran la cima de la belleza.

— El Galito era un empollón y como se sabía de memoria el Casares, así cualquiera escribe porque el léxico es lo más importante.

— Será el primer caso, y probablemente el único de la Historia; ¿quién es capaz de meter en la cabeza el Diccionario ideológico de la Lengua Española?; por cierto, tú ¿no estabas en aquella famosa reunión de la apuesta en la buhardilla del yanqui?.

— Fue una casualidad, yo fui a buscar a una amiga y al final Galito ganó la apuesta y nos pusimos como el Quico, una cena pantagruélica; de esto hace ya unos años y en verano; con el Casares en la mano le fueron preguntando palabras y Galito no falló ni una; la juerga que allí se armó, medio en broma y medio en serio, a Galito se le reconocieron sus méritos; es que el tío, no sé, una computadora, y además preguntándole las más difíciles, por ejemplo, **Japuta** y sin dudar Galito respondía: pez acantopterigio que vive en el Mediterráneo y es comestible apreciado; **Piuquén**, especie de avutarda de Chile, mayor que la europea y de carne más apreciada; **Empella**, pala del zapato; **Omotocia**, parto prematuro; **Carapato**, aceite de ricino; **Cane-forias**, fiestas griegas en honor de Diana; **Nuncupativo**, dícese del testamento abierto; **Enodio**, cervo de tres a cinco años de edad; **Quintil**, quinto mes del primitivo calendario romano; **Yal**, pájaro conirrostro, pequeño, propio de Chile; en fin, tres horas largas intentando coger a Galito y no hubo manera, le preguntaron la A, la L, la S, la Z de arriba a abajo, y lo dejaron por imposible, Galito en ese sentido era un genio.

— ¿No tendría problemas con los crucigramas, no?.

— Hombre, hubo una temporada que enviaba él crucigramas a una casa que se dedica a eso, en cinco minutos componía uno, normales, silábicos, redondos, blancos, criptogramas, supercruci-

gramas, la biblia en verso, vamos.

— Pues sigo opinando que era un puerro; saber mucho no significa ser un poeta ni un escritor, y además era un palizas, estaba chalado perdido.

— Hay que reconocer su importancia.

— Un subnormal.

— Una computadora.

— Un frío.

— Un sabio.

— La suma da: cráneo frustrado.

— Como aquí no se va a poner de acuerdo nadie, recordando a Quevedo, permitidme, oh hermanos, que las musas emitan su veredicto inapelable: Pues en el tribunal de los gregüescos/ con aflojar y comprimir las arcas/ cualquier culo lo hace con dos cuescos, aaahhhaaaaa...yyyy...

— De aquí nos echan, ¡Qué calibre de bombar-da tienes, hermano!

— Mozo...

— ¡Que nos echan!

— Por favor, siete cubalibres de bacardí, uno sin hielo, dos de magno y tres de ginebra, emegé y cóbrese lo de antes.

— Señores, bajen el tono de la voz y, por favor, no armen tanto escándalo y tanta risa que no son horas.

— Vale, discúlpenos, tiene usted toda la razón.

— Venga, hombre, ya está bien con los cuescos, ¡nos vais a atufar!.

— Bueno, y el Galito ¿qué?, ¿pasa o no pasa a la posteridad?.

— Pasarán sus inventos, el tío era un científico lato.

— Nato.

— Lato.

— Lo que fuere pero me da risa.

— Yo, si quereis, os leo la lista de investigaciones, los inventos que salieron en la entrevista que le hicieron en las fiestas de hace cinco años, tengo el recorte del Diario, bueno, pues allá van: **Un anillo de cierre perfeccionado para uso como asiento de válvula con margen de temperaturas ampliado**; nó, si va de cachondeo no la digo, y que nos van a echar; **Procedimiento para la preparación de los N-Acil-Indol-Derivados sustituidos en posición**; **Una abrazadera perfeccionada para sujetar juntos en apoyo facial a tope los extremos coincidentes de miembros tubulares alineados axialmente**; que no sigo, ¡leches!; **Un dispositivo para elevar automáticamente trampas de pesca, cestas para langostinos, redes y similares**; **Método de lograr un contacto preliminar no adherente entre una superficie adhesiva pegajosa y una superficie receptora de adhesión**; **Procedimiento para preparar un 4-Hidro-XI-Benzodioxol**; **Un**

método mejorado para la producción de un compuesto medicinal tal como una sal de 1,3-Bis (2-Carboxil-Cromon-5-Iloxi) Propan- 2—0 en forma de píldoras o gránulos blandos; que no sigo, nada, se acabó, ¡el cuba ese es el mío!, dame fuego, que me pases el mechero; Un procedimiento para la insomerización de un azúcar de aldosa a un azúcar de cetosa; vale ya.

— Señores, lo siento, pero vamos a cerrar.

— Esta a escote, venga, vámonos que nos echan, ¿cómo has dicho, la isomeriqué?.

— **Nosotros**, los poetas de la noche, cumplidos los trámites reglamentarios requeridos por la circunstancia y ante tanta belleza de esta fina lluvia negruzca, ante la noche que reposa sobre los tejados de la ciudad alegre y confiada, aquí junto a las esencias pétreas de este histórico puente, despleguemos, hermanos, los arcos del úrico ácido hasta el éxtasis para exprimir la soledad de soledades, y que este río que va a la mar nos devuelva un agua de oro inmortal, a pesar de Heráclito; mead, todos, que picha longa, vita brevis. Amén.

Desde el avión, rumbo a Nueva York, pienso que no voy a verte más nunca y lo que siento no es dolor o pena o angustia ni tampoco pesadez en el alma, voy hacia tu cadáver, hijo mío, y en realidad no siento absolutamente nada que me haga sensible a tu muerte, que al menos un sentimiento extraño me lleve al llanto, que me produzca lágrimas el tiempo preciso para desahogar tantos años perdidos, años de tedio y desamor, años que se fueron sin gozarlos con una monotonía insoportable, tu padre no ha sido feliz, yo no he sabido lo que es vibrar con la esperanza de la felicidad, mi vida sigue siendo una ignota mezcla de hombre resignado y sin futuro que aguarda el fin y la inercia, la constante costumbre del vivir, guía mis días y mis noches, si yo, hijo mío, no hubiera escapado, no hubiera salido de casa con la intención de para siempre a la muerte de tu madre, en estos tres años también mi corazón estaría ya parado sin remedio, tu padre estaría muerto ya, pero muy tarde se me ha hecho y en Manila, con una posición social envidiable, con casi todo al alcance de la mano, sin ningún tipo de temor que pudiera ensombrece mi existencia, tampoco me visita la alegría y un escepticismo ácido invade toda la casa y todo yo y toda la ciudad hasta el mar, estoy viejo y muy cansado, de poco me ha servido el huir de vosotros, el huir de ti que era lo único que me importaba entonces porque tu madre, hijo mío, no

tenía que haber nacido; bien sabe el Dios que conoce lo más íntimo de nuestro ser que lo digo sin odio, es demasiado para un hombre solo y estoy exento de rencores, como si nada hubiera ocurrido, tu madre se llevó de este mundo, se nos llevó de este mundo toda la capacidad de amar y las ganas de vivir, aún de vez en cuando toco las imágenes finales, muy a pesar mío, como en un insomnio eterno, el último sufrimiento de una moribunda, las piernas hervidas por la fiebre, despierta o dormida, empequeñecida en la cama, tu madre se consumía entre estertores y gritos de ultratumba, no hubo calmante capaz de acallar su agonía ni ciencia humana para salvarla y curarla, sus huesos eran ya puro serrín, la muerte de tu madre fue de una irracionalidad bien triste; ¿qué ser humano aguanta más de treinta años de mazmorra familiar, de una continua y progresiva desesperación, perdiendo paulatinamente los hermosos minutos de esta vida, quién soporta a una mujer mitad espíritu y mitad roca?, tu madre era una piedra granítica, fría como los témpanos, frígida como las santas difuntas, nos hacía el peor de los daños pensando en nuestro bien, ¡qué calvario!, hijo mío, qué calvario!, nuestra vida estuvo en el infierno mientras ella vivió y ya es demasiado tarde para mí y para ti que has dejado que te estallara la cabeza con una precisión de relojería electrónica; mi vida es inútil, fue inútil pero la tuya no ha servido de mucho, que no, hijo mío, que te has muerto como tantos mortales inútiles y sin saber nada, lo tuyo

no servirá de nada, todo en baldío, una tristeza infinita tu vida y tu ciencia de andar por casa; tu historia de treinta años comenzó hace más de sesenta, en el mismo día en que yo nací; un método muy audaz y sedante el que nunca supieras de mí, de la familia de tu padre, de lo que era tu padre y sólomente te metieron lo de ¡papá es abogado! por la vía de la vanidad secular de los Oriella, papá es abogado pero a tus abuelos paternos había que borrarlos del mapa de las relaciones sociales, a la familia de tu padre ni mentarla en la mesa; tu abuelo era un probo funcionario por oposición del Ayuntamiento, siempre estaba allí en el departamento de Aguas y nunca faltó a su trabajo a lo largo de su vida laboral, se casó con tu abuela, que era de pueblo y analfabeta, pero más buena que el pan, tu abuela no sabía leer, y formaron la pareja ideal en este mundo; él, hijo de cajista de imprenta y costurera y ella de labradores con tierras a renta que trabajaban a la par; tu abuelo, cuando yo nací, que era el tercero de los hermanos, se puso a llevar la contabilidad de la imprenta en que aún trabajaba su padre, a primera hora de la tarde se acomodaba en el diminuto despacho del dueño y ponía en orden las facturas y papeles llevando el control al céntimo; como eran tiempos difíciles aquellos del reinado de Alfonso XIII y en casa éramos cinco, a última hora de la tarde se iba al Diario a ejercer de corrector, a quemarse las pestañas por su familia; sin embargo, los recuerdos de mi niñez llevan

una carga hermosa de felicidad, yo era la alegría de la casa, el juguete de mis dos hermanos; pasaron los mejores años de mi vida entre el calor familiar y la escuela, sin apenas darme cuenta de lo poco que apreciamos la felicidad cuando está en nosotros; el día en que se proclamó la II República yo cumplí veintiún años y entonces sí que me di cuenta de tanta cosa ignorada; mi padre, hombre bueno y católico, era un liberal convencido y, sin ejercer en política, a principios de aquel año le oí varias veces decir que la monarquía era un régimen tan bueno como los demás pero que, después de tantos siglos con ella, la Nación no había adquirido el grado de progreso y bienestar de las otras monarquías extranjeras y de los otros regímenes del planeta, que la República le llenaba de gozo y de esperanza y que había que darle tiempo al tiempo y suerte para no seguir los desastrosos pasos de la primera, que por fin la Nación comenzaba a salir de la Edad Media y otros a modo de discursos de sobremesa; mi padre nunca militó en partido alguno, no estaba apuntado a nada, ni del Ateneo que decía estaba manipulado por cuatro trepadores y seudointelectuales, pero mis dos hermanos sí, eran miembros del partido socialista, el que fundara en el pasado siglo un colega de mi abuelo, también con el carnet del partido, llamado Pablo Iglesias; mi hermano mayor, elegido secretario provincial pocos meses después, tres días antes de la fecha de su anunciada boda fue encontrado muerto por bala de pistola en una cuneta de

la carretera del Norte; yo entonces estaba estudiando el curso tercero de Derecho en la capital de la Nación y vine al entierro, una manifestación multitudinaria en el entierro de mi hermano, compañeros de otras provincias, ramos y coronas de flores, El Diario le dedicó una página pero la policía no encontraba al asesino y en la ciudad se hacían las más inesperadas cábalas sobre la muerte de mi hermano; nunca supimos por qué y quién hizo desaparecer de este mundo a mi hermano mayor; yo regresé a mis estudios y, con la pena por la muerte de un ser querido encima, antes de finalizar el curso, comprendí perfectamente lo que significaba la República, lo que pensaban los fieles al rey en el exilio, el ambiente de ciertos sectores de la capital, las informaciones de los periódicos y revistas, los políticos, la derecha y la izquierda, el hambre, la ignorancia, los partidos, las ambiciones, la injusticia y el tobogán dramático por donde caían los españoles, por eso a mí la guerra civil no me pilló de sorpresa; no he tenido nunca convicciones políticas ni religiosas, unas y otras han sido la causa de enfrentamientos y de que la sangre llegara al río, y como las convicciones políticas o religiosas determinan el tomar partido por algo de lo que se está convencido y eso significa la guerra, fría o caliente, yo no sigo estando por la labor aunque ahora parezca que me he impuesto un exilio voluntario, voluntario sí pero no por razones políticas, no hay otras razones que las meramente humanas y tal vez que el aire de mi tierra no

le siente bien a mi espíritu; el último año de carrera tuve la ocasión de comprobar que el drama no tenía solución y, cuando me puse a ejercer en la provincia mi profesión de abogado, cada mañana me despertaba con la inquietud de si aquella noche había sido ya lo imparable; fueron años de mucha sangre por la herida nacional; a todo esto, me libré con mucha suerte del servicio militar y entonces conocí a tu madre; en mi casa, las cosas ya no estaban igual desde la muerte de mi hermano mayor, a mi otro hermano le llovían los anónimos y al morir mi abuelo, mi padre se quedó sin la contabilidad de la imprenta y unos meses más tarde sin el jornal de El Diario y no fue porque yo ganaba mis buenos duros y poco a poco se saneaba la economía familiar, mi otro hermano vivía de la política y mal, sino por cuestiones de política que mi padre aceptaba sin entender muy bien a qué venía eso contra él y su ejemplar conducta como trabajador y como ciudadano; tu madre era preciosa y enseguida nos enamoramos porque al principio era amor del bueno, del de verdad, tu madre, además de la más guapa, la más rica, un partido, el bombón de la ciudad y tenía el encanto de la juventud unido a su inteligencia, estudiaba Magisterio, era la mujer ideal y los jóvenes de la ciudad la acosaban, la mimaban, intentando engancharla y casarse con la hija de los Oriella; cuando hicimos público nuestro noviazgo, su familia no lo vió con buenos ojos, yo era un abogaducho hijo de un escribiente, de un

chupatintas y nieto de un obrero de artes gráficas y de una costurera, ella la flor de una histórica familia de hidalgos y grandes terratenientes, propietarios y empresarios, con militares heroicos de alta graduación, obispos, abades, deanes y canónigos, gente de prestigio e ilustres en las ramas de la Política, Las Ciencias, Las Letras, la Milicia y la Iglesia, descontando algún vástago subnormal o mongólico que eso no lo decían; mi madre, una analfabeta pueblerina, que vendió la poca tierra que poseía para pagarme a mí los estudios, que ya en el pueblo no le quedaba nada; en fin, que yo no estaba en los planes genealógicos de los Oriella; pero tu madre apostó por el abogaducho y no sin grandes contratiempos los Oriella dieron el consentimiento y se fijó el día de nuestra boda; estaba yo en trámites para instalar bufete propio, cosa que quería dejar ultimada antes de contraer matrimonio, cuando aquel domingo sucedió lo que ya nadie esperaba, pero había comenzado la guerra civil de los tres años; como a tantos, a mí me partió por la mitad, la boda fue aplazada y me movilizaron; pasé la guerra en un submarino, metido y enlatado en un artefacto subacuático de esos que nunca entró en combate y que aún ignoro a ciencia cierta cuál era su misión y el por qué estaba yo allí dentro, sin hacer nada, contando los días para que me dieran un permiso y escribiéndole cartas a tu madre, que nunca recibió; hacíamos la ruta invariablemente de Ceuta a Port Bou con escalas en Sóller, en Málaga, para repostar combus-

tible, el submarino tenía una sala de torpedos y un cañón en la cubierta que nunca disparó hasta el 1 de abril por la victoria, resulta que nosotros, los del submarino, habíamos ganado la guerra porque los nuestros habían ganado la guerra, en el día de hoy, 1 de abril, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares, por fin podíamos salir a tierra y contemplar un mar Mediterráneo con ojos de paz; era sábado al mediodía y todos nos abrazábamos y algunos lloramos también de alegría, una alegría incontenida; por la noche dormimos en Barcelona y desde allí hablé telefónicamente con mi casa, mi madre no pudo decir palabra acongojada por el llanto, mi padre me dijo que mi hermano, el que me quedaba, había muerto en el frente del Ebro, en el otro bando; el jueves siguiente estaba en la ciudad con dos medallas, al mérito de guerra y al sufrimiento en combate, sólo me faltaba el laurel para ser un héroe.

Dentro de unos minutos vamos a aterrizar en el aeropuerto Kennedy; Nueva York, desde el aire, es como un inmenso cementerio, los rascacielos, panteones y los demás edificios, tumbas y nichos, da tristeza Nueva York, da tristeza este mundo, hijo mío, y tu muerte salpica mi mente con imágenes de muerte; García Lorca, en el 29 estuvo ahí abajo: 'desfiladeros de cal... yo denuncio a toda la gente/ que ignora la otra mitad/ la mitad irredimible/ que levanta sus montes de cemento... donde el Hudson se emborracha con aceite...';

las grandes inmensas ciudades parecen desde el aire los cementerios más grandes del mundo, Tokyo desde el avión, Nueva York desde el avión, dos cementerios de dos culturas diferentes; esta tarde he salido de Manila y esta tarde de nuevo estoy en Nueva York, la tecnología me ha impuesto hoy un doble tiempo para pensar en ti, hijo mío, para contarte que la vida apenas vale nada y que el planeta cabe en una mano; mañana llegaré después de dar la vuelta a este mundo en un pájaro ajeno a tanta soledad como lleva dentro.

Huele a iglesia, a cirio bendito, en el salón de duelos un murmullo que asciende y desciende, con precisión, con a veces armonía compungida, llega a la escalera y el rito del velatorio ante el muerto, que llena la estancia y toda la casa, se celebra como a mí me ha gustado siempre, ay mi ángel, Galito de mi vida; pase señor Alcalde, cómo está usted señora, ay ¡cómo les agradezco la visita!.

— Mire usted, tenemos que irnos ya y no quisiera ocasionar molestias pero ¿no tiene usted un ejemplar a mano, que le sobre, del primer libro de D. Galito, el intitulado 'El sol está delante de las hojas' que es de poesía?.

— Señor Alcalde, usted no molesta, por favor, ahora no sabría decirle pero pase, pasen los dos a su estudio y con toda confianza.

— Bueno, creo que ya hemos buscado lo suficiente, no encuentro el libro y tú tampoco, claro, ¿te das cuenta? ¡cuánta sabiduría se respira en este cuarto!, a lo mejor aquí, a ver. **Cebo eléctrico para minas, D. Galito era un genio, ¡qué libros!, Envase perfeccionado para la conservación y distribución de líquidos; Dispositivo estabilizador para una escalera recta; Dispositivo para enfilar simultánea y rápidamente objetos perforados sobre varilla; ¿encuentras tú algo?, sí dime los títulos en voz baja. **Aparato que permite el reglaje****

del avance del encendido de un motor de explosión; Disposición de electroválvula con obturador de bola; Máquina de manipulación destinada a desplazar piezas entre dos posiciones dadas levantándolas; Aparato para limpiar un tamiz serigráfico; Máquina de cablear; Aparato de calefacción perfeccionado sin hilos; Procedimiento mejorado para tratar un material de semillas oleaginosas; Método quirúrgicamente no invasivo para tratar tejidos y/o células vivientes; Invento del aislamiento eléctrico; Olla atomizada para guisar de súbito, oye, marido, esto de la olla no será que haces la comida en un minuto ¿verdad?; ¿qué quieres que te diga, mujer?, será lo que dices, de D. Galito cualquier cosa; y no aparece el libro, no sé, no es hora de estar aquí mientras la gente desfila ante el cadáver y consuela a su tía, hala, vámonos que ya solucionaré yo el asunto mañana, vámonos a casa.

— Gracias, muchas gracias, señor Alcalde. Ay qué desgracia, tanta gente ha pasado por casa para ver a mi sobrino que estoy cansada; creo que después de los misterios gozosos, sigan, sigan ustedes, por favor, me retiro a mi alcoba; la noche es larga y mañana quiero estar a primera hora despejada y con ánimos, además viene su padre; no se preocupen por mí, se lo agradezco, queda la criada a su disposición, hay café en la cocina, ay Dios santo, qué desgracia, no puedo...

— ¡Pobrecita!

— Segundo misterio: Jesús con la cruz a cues-

tas, llena eres de gracia... ruega por nosotros pecadores...

— Aquí esperando a mi esposa, es que yo no aguanto el estar dentro y ¿quieres fumar, un cigarrillo?, sí, hace casi una hora que hemos venido y la verdad, su tía se ha ido a la cama, la pobrecita estará cansada, todo el golpe y el ajetreo se lo lleva ella y claro, en fin, ¿quién lo iba a decir?, D. Galito, morirse...

— ¿Qué tal por la fábrica?

— Bien, ya sabes, trabajando ahora tengo ya doscientos obreros y el negocio marcha, precisamente la semana que viene, a últimos me voy a la feria del mueble a Alemania; ¿aquello?, lo de Galito era ya imposible, más de un mes estuvo detrás y mareándome con el fin de que le comprara la patente de un invento para lo del embalaje, **Dispositivo para el almacenamiento y manipulación de cajas de cartón**, o algo así era aquello, no, quita, Galito era un genio pero hay cosas que o se toman con seriedad o vas al garete, y tú ¿qué? ¿cómo te va la tintorería?

— Muy bien, ya he abierto cuatro sucursales y con eso cubro toda la provincia, hemos ampliado y renovado la maquinaria, claro, claro, hay que invertir para ganar más, sí, también D. Galito, yo siempre D. Galito, ya sabes, me propuso desarrollar otro invento suyo que era **Un aparato estratificado para secar telas** y la verdad que no, ¡cualquiera se mete en líos!

— Lo que advierto es la ausencia total de alguien, un familiar o pariente de los Oriella, nadie y que conste que me unía una gran amistad con su madre desde la niñez, en fin, creo que es hora de irse a casa.

— Oye, ¿te parece que tomemos una copa en cualquier sitio?. Sí, mejor, vamos los dos matrimonios y hablamos un poco de eso porque tengo intención de asistir a una feria de maquinaria que se va a celebrar en precisamente Alemania el mes próximo y podríamos hacer el viaje juntos, con o sin las mujeres, bien, ya aviso a las dos; parece que ya no rezan, aquí están, vamos a tomar algo que es buena hora, mujer, ¡que aunque llueva sólo son la una y cuarto!, sí de la madrugada pero la una y cuarto, creo yo que se puede ¿no?, además tenemos que hablar de negocios.

No abrirás los ojos y ya no veré tu figura inclinada sobre la mesa o tus manos blancas que iban y venían sobre la bandeja de pasteles, yo soy la joven de la tienda de pasteles y tú, un muerto amor secreto que empezó el día en que tu tía materna me encargó a domicilio un pedido surtido con coco que tanto te gustaban, nunca he hablado contigo, nunca has sabido nada pero yo, enamorada de ti, el ser que me vivía eras tú, y no es la entera extensión de un sueño, una realidad que no he perseguido como otras de mi edad, tantos años queriéndote en silencio, como otras que parecían moscas imbéciles, tú, de los Oriella; la primera noción, la primera cosa que se aclara en mi entendimiento tiene el gusto de la hiel, dentro de unas horas acabarás de cumplir el último gesto ineluctable, tu rostro ya no ocupará su sitio en la constelación ciudadana de rostros, tu voz no se levantará entre el coro de voces de esta ya insoportable ciudad porque en todo tú no queda ni un sólo átomo vivo; tú, cruzabas por mis días y mis noches como por una serie de habitaciones blancas y negras, alcobas vacías que latían aceleradamente a domingo, a fiesta, a frascos de aroma, habitaciones de mi cuerpo llenas de fuego, eras tú en mis noches una estatua, una figura inmóvil que sonreía y yo contemplaba tu rostro de niño, yo contemplaba el rostro de la aventura, pero tu boca estaba llena de humo, de tu boca salía humo y ahora mi corazón

no repica como una campanilla y avanzo por un camino trazado que no conduce a ningún horizonte; ciertamente eras un poeta, pero el sol nunca ha estado ni estará delante de las hojas de los árboles, es un sol que gira violentamente con la invitación de la huida, en mi carrera loca hacia una fuga que no verán tus ojos, la placidez juiciosa del que pone término; no acariciarás mis labios doloridos y mis ojos azules alcanzan el cenit humedeciéndose de cantos que nunca me escribiste; yo sí que voy a enviarte una entusiasta misiva al otro mundo, llegaré ágil y nocturna con el fervor de la unidad gozosa de un poema, enajenada de mi metafísico anhelo, sin duda en la sangre; tú eras la verdadera forma de esta vida, de mi vida, de mi entrañable ausencia con sabor de infancia, yo, una poética virgen que ha de morir en el silencio amasado de los años cuando ya no escucho el ruido de tu alma y de tu cuerpo juntos; esta noche es un paréntesis de la locura, ¡qué recinto inmenso esta habitación!, demasiado espacio para la primavera; no existe lazo alguno entre tú y esta anónima mujer para quien fuiste objeto de contemplación, de adoración vibrante, de amor denso y cálido, de amor imposible, de silenciosa desesperación; no es necesario que te hable esta noche cuando ha cesado la música y la nada y la oscuridad se han reconstruido; ya estoy con la espuma cándida que se alborota y se encrespa en mis rodillas, ya regreso al fin, ya soy toda viento antes que agua y mi sombra se alarga y el agua del río lame mis cabellos, por fin en

soledad perpetua de cuerpo y alma; no te asustes, solamente me guía la razón de la estética, me repliego sobre mi misma y me convierto en la criatura de vida extraña que durante quince años quemó sus barcos por amar tu presencia invisible,, tu ámbito, para darte el tributo de adoración; no deseo la iluminación inesperada en el vértice del aniquilamiento porque me uno a la cadena de las formas absurdas, quiero la claridad lechosa de los paisajes lunares; el agua es incitadora como una piel humana y voy a fundirme en la profundidad lacustre, ¡caiga sobre los dos la noche verdadera!.

Buenos días, amigo mío, uno solo y una de chinchón, está la mañana desapacible y la persistente llovizna produce melancolía ¡vaya primavera que tenemos!, ha helado durante la noche y ¡menuda escarcha!; ya he visto El Diario, sí, una página entera de esquelas de D. Galito pero no se han esmerado mucho en lo referente a su biografía y es que un periódico de provincias tiene que ser otra cosa, vamos, porque entre horario de misas, esquelas y anuncios ya hacen la tirada; la emisora de radio ha dado la lista de sus libros y condecoraciones y en fin que me han dicho que hasta el lunes no saldrá en la tele, en el regional, aunque la noticia como tal ya ha salido ayer; estos cigarrillos nacionales cada vez son peores, oye, que no viene un paquete bien, luego que consume productos nacionales pues, coño, que hagan los productos nacionales bien, con calidad, ¡este tabaco no hay quien lo fume!, si no es palillo, es estaca y el más caro de lo negro, con que ve-te a furmar lo otro, ¿rubio?, ¡toma!, ¡si fuera americano de verdad! pero lo que fabrican aquí, estropajo aromatizado, bah, no vayamos a descubrir ahora la máquina de vapor, es malo, remalo y rematador, pero ¿quién deja de fumar?, al menos yo no tengo ninguna intención de quitarme el tabaco, ¡para cuatro días o cien años que va a vivir uno!; Yo pensé que estabas enterado, sí, la han encontrado en los matorrales de la orilla del gran meandro, pues a unos kilómetros del puente, des-

nuda, blanca como la patena y morada como el vino, la hija de la pastelería de la plaza, la más joven, la soltera, una muchacha encantadora que era profesora de Literatura, no tendría los treinta, qué va, a mi hijo le daba clases en el Instituto, una belleza oye, no, ni tenía novio ni nada, muy formal y muy buena, moderna, las chicas de ahora, es incomprensible, en lo mejor de la vida, sin problemas de ningún tipo porque su familia marcha bien con la tienda, la mejor de la ciudad y de solera ¡del siglo pasado data la fundación de esa tienda!, y va y se suicida, porque ha sido un suicidio, se quitó la vida, tenía el bolso y la ropa en el puente, cuando me lo dijeron no me lo creía pero la policía municipal la sacó, una persona vio el bulto desde la carretera y avisó, ¡pobre muchacha!, no veas tú en su casa, una desgracia, ¿por amor?, no creo y mucho menos por locura, cosas que por más vueltas que le demos no se entenderán nunca, ¿por la droga?, hombre, tú también por decir...; en el exámen médico no se le apreciaron síntomas de alcohol, droga o veneno de esos, ni señales de golpes, nada, esa muchacha se tiró al río por la razón que sea, que nunca se sabrá, o a lo peor por ninguna razón en especial, simplemente que se suicidó, porque la vida a veces no ofrece mayores atractivos, porque se cansa uno de lo mismo, de que no somos nada, de que no sabemos qué vendrá después, que en fin, adiós a este mundo y sanseacabó, mañana la noticia aparece en El Diario y uno más, una más que se tira al río porque ya van unos cuan-

tos que yo recuerde, ¿a ti no te ha pasado por la imaginación un instante siquiera de querer acabar, morir, desaparecer, volverte éter, nada, una nube que pasa?, pues a mí sí y a varios compañeros de la oficina, es que una de las maravillas del ser humano es su capacidad de adelantarse la muerte; al hoyo vamos todos, mira D. Galito, mira la página de las esquelas de un día al azar, siempre hay alguien que cesa y abandona el cotarro, un mal día serás tú o yo, eso no importa al ajeno, se muere un ser querido pero la rueda sigue, valemos poco, amigo mío...

— Filosófico estás hoy.

— Hace noches que no duermo y el insomnio es una base fundamental para filosofar o ver la filosofía de la existencia, de la vida, de la mierda de mundo en que vivimos, en fin, toma, me voy, déjalo para el bote.

Según los informes que se derivan del parte médico, señores, el ciudadano D. Galo Collanzo Grameo de Oriella, de treinta años de edad, falleció ayer a las doce, a la medianoche en punto, más o menos, por causa mayor que se atribuye con toda certeza a una embolia cerebral, es decir, a D. Galito se le secó la concavidad cerebral; este Ayuntamiento que me honro en presidir y gobernar tiene la obligación de hacer pública la noticia y, desgraciadamente, confirmar a la ciudadanía el hecho de una muerte súbita, repentina, motivada por un cargamiento excesivo del funcionamiento de la máquina de la inteligencia; D. Galito se murió por exceso de velocidad en el cráneo y permítaseme el simil, D. Galito se pasó de rosca; no hay que meditar más en el secreto de su masa enigmática, es ahora una desierta oquedad que ya no filtra ni exalta los multicolores vitrales de la sabiduría como el interior de una catedral; señores, D. Galito con su muerte ha dejado exhausta la reserva nacional de materia gris, puedo decir y espero que esteis de acuerdo que el universo visible y esta ciudad se han quedado esbozando gestos ridículos y con la boca ululante, D. Galito no fue sólo un literato de altura, se nos ha muerto un monstruo, la ciencia del futuro, el genio, nuestro convecino que estaba por encima de la India de Rama, del Egipto de Menés, de la Grecia de Platón, de la Roma de Virgilio, muy por encima de la Edad Media del

monje Abelardo, todo él resplandece aún a través de sus mayestáticos y petrificados músculos faciales; sus interludios poéticos entre tanto paraíso científico que era su cierta genialidad indecible; señores, mañana la Corporación estará al frente de la comitiva fúnebre y acompañaremos a D. Galito hasta su última morada terrestre; quiero, y es deseo personal intransferible, que esta ciudad disponga de un monumento en su mejor plaza para honra de convecinos y envidia de foráneos, un monumento a D. Galito construido por el mejor escultor del Reino; ábrase ya la suscripción popular para tal efecto y que este Ayuntamiento contribuya a la magnificencia de la estatua.

— Señor Alcalde, ¿se envía nota oficial a los medios de comunicación?

— Envíese y haga constar en acta el generoso gesto de este ciudadano que se desprende del primer libro de D. Galito, de la edición príncipe, y que se le solucione inmediatamente la cuestión de su paga por invalidez y los derechos que le atañen como emigrante que fue en su día.

El pergamino de concesión de la medalla de oro y brillantes de la ciudad ¿está ya realizado?. Mañana, yo mismo se la impondré a D. Galito, en el féretro, un galardón, el máspreciado de cuantos existen en las dependencias ilustres de este Ayuntamiento, un merecido trofeo post mortem. Señores, hasta mañana a las doce, y que no se nos olvide la vara de esta alcaldía en el ataúd.

A la luz pegajosa del neón, entre las paredes blanquiazules del Café, acodados sobre el mostrador de cinc de intenso brillo, bajo la ceñuda vigilancia de la dueña y el acostumbrado empaque del camarero, sentados en las altas banquetas forradas de guadamecí verde, estamos de ronda macabra, caballeros, corren las horas de delirio declamante y la sed nos hace reír o llorar de risa o gritar como buitres, porque somos buitres y aquí lo que hace falta es una tonada de amor porque hasta de una mala conversación se saca una buena sílaba, ¿quién lo duda, vacila o teme?, ¡estamos en las últimas!, los tiempos de gloria ya no me acuerdo cuándo fueron, ay, nos hemos metido en las fauces de la alta miseria, ¡tardes de gloria, con el triunfo en la cartera!, recuerdo con pena aquellas faenas memorables en las plazas más difíciles, con un ganado peligroso y que a la mínima te enganchaba y allí dejabas la piel, he pasado por todos los caminos, he toreado en las plazas de postín, vestido de luces, a hombros por la puerta grande, ¿quién dijo miedo?, a los castillos subí y a las mazmorras bajé... danos y danos, ¡otra de Pablo Romero!.

— Pero qué dice ese tío.

— Es un camarero ambulante, ya sabes, y ahora está sin trabajo y parece que no le llaman a bodas.

— Pero ¡si es un surrealista!

— No está loco; para él torear es trabajar de camarero, el ganado son los clientes, las plazas, los bares o restaurantes y las tardes de gloria pues el dinero que gana, si corta orejas es que la cartera va bien; ha recorrido medio país con la bandeja y el uniforme en la maleta.

— ¿Y lo de Pablo Romero?

— Es su manera de pedir una cerveza.

Caballeros me voy a fumar un puro para disimular la derrota, para tapar el fracaso de esta temporada, ah cuatro pilares sostienen la catedral del toreo: Juan Belmonte, Rafael el Gallo, Joselito y Manuel Rodríguez «Manolete», la máxima figura de la torería; ¡qué bonito es un entierro, con sus caballitos blancos y sus caballitos negros, con su cajita de pino y su muertecito dentro; ante la tumba de su marido, una viuda dijo así: entre llanto y llanto antes tenía que haber sido; llegará un día que un buen cimbel, gordo y duro, valdrá un potosí; si falla el estoque, una ruina la vida; danos y danos, ¡otra de Pablo Romero!, si no quedan pues que sea de Luis Miguel Dominguín; es que, caballeros, el Arte es el Arte y sobran palabras, ¡háblame de catedrales!; no os compareis con un señor de carrera, éste es un señor, sin un clavel en la cartera, pero un señor; tú con carrera, que toreaste en la Universidad, la ciencia, y te ves como yo, sin un duro y sin saber a dónde ir, se nos llevan a las mejores hem-

bras aunque tú eres un gran picador, tienes que tener un estoque de maravilla porque un día sí y otro también te veo con buenas piculinas, a la rubita trátamela bien que me las arrasas, me las destrozas, tú entra a matar cumpliendo que es la hora suprema, al volapié, la hora de la verdad pero no me las destroces; hoy se ha suspendido la corrida y si siguen suspendiendo por orden adversa me veré obligado a empeñar el reloj y el anillo, poca cosa pero ¡cuánta hambre que han quitado este reloj y este anillo!, de oro sí, de oro filipino, del de antes, ay, en tiempos de fracaso siempre el reloj y el sello, pero venían las tardes de gloria y aquí están, de nuevo conmigo, siempre empeñando y desempeñando, lo malo será el día que empeñe y no pueda desempeñar; yo tenía que haber sido torero y planta me queda y garbo y pinturería, ¿habéis visto cosa más grande que una larga cambiada rodilla en tierra ante la puerta de los sustos, así, una chaqueta no es un capote pero sirve, así se torea, o un estatuario mirando al Tendido, y qué empaque el paseillo cuando el matador, el maestro, dice ¡que Dios reparta suerte a todos! y asienta en la arena las zapatillas, se encasqueta la montera y, echando mano a la cojonera para ajustársela, mira al cielo y se persigna, así, ¡que poderío!, no os riais que esto es muy serio, lo más grande del mundo; ya está, miradle, con otra y jovencita, hoy ya entrará a matar, previa tocadura de pitones, abaniqueo de morro y el teléfono ¡ay la juventud!; danos y danos, otra de Luis Miguel Dominguín;

y mi traje de faena que lo he vendido; ¡ya no se crían buenos toros!, no hay ganado, ahora el ganado es muy malo y ¡cuántas veces me he plantado y he cogido los trastos para irme de una plaza!; aunque tú, toreas bien aquí, ¿no?, no es un ganado bravío pero cumples; hombre, gracias y por muchas tardes, ¡a la salud de todos y va por ustedes ésta de Luis Miguel Dominguín!.

— Cada loco con su tema. Anda, dáme una lavativa.

— ¿Y ése?.

— Está un poco maniático, no sé de qué vive, está con su madre, viene por aquí todos los días y hace inventos, es inventor, hace inventos irrealizables, mucha imaginación, es una juerga cuando los dos se ponen a hablar y no digamos a discutir; la lavativa es la manera de pedir un vaso de vino tinto.

— Cada loco con su tema y usted con el suyo, señor inventor.

— Yo no entiendo ni me gustan los toros, lo mío es la técnica y la ciencia; otra lavativa, plisss; uno que habla idiomas y que los feos se mueran todos y los manden a una isla desierta con los chinos y a plantar palmeras como los monos de Africa, per piachere, combian la disión, danquechén, pite, pite, escurricasco, adeu, moito obligato, buona sera, je qué risa, reiros, reiros que ya vendrán los rusos a cortaros el pelo y los americanos con queso y puntas del cinco, ¿cómo decís

vos?, yo soy, no hay otro, efectivamente hace ya unos cuantos años que inventé el parachoques hidráulico, la Motors me compró la patente por la embajada americana pero me deben por lo menos más de mil millones de dólares, claro, aquí no lo ponen porque sería copiar, con el parachoques hidráulico no le pasa nada al auto, cuando se choca con otro sale disparado automáticamente el parachoques, un metro aproximadamente, por delante y por detrás, y salva muchas vidas, y siempre tienes aparcamiento pero como me canse de esperar la divisa, se lo vendo a los japoneses que me han escrito y que se lo lleven, que se lo monten, son los más inteligentes, un japonés es el ser más inteligente del mundo y de las galaxias; reír, reír, que nos van a dar lavativas a todos, pero como a mí no me hacen caso, el mundo va de mal en peor, las naciones son de los ricos que comen espárragos y andan tocando el violín y la guitarra española, los ministros unos comedores que nos dejan sin un real, y Franchesco, cuidado que hay espías, de Franchesco no se habla, policías, que me los conozco, estamos rodeados de espías y esto es secreto, ¿que falta energía?, ¿que se acaba el petróleo?, pues no me hacen caso, se lo voy a dar a los marcianos que son más superiores que el hombre, todos los días se desperdician miles de toneladas en el mundo, millones, trillones, quinquillones de energía que se puede aprovechar y sin que haga falta la otra, incluyo la nuclear, que ésa es otra, la energía que se tira y no se aprovecha es la que le sobra

precisamente al hombre, ¿cuántos pedos nos tiramos los habitantes de este mundo al día, hombres, mujeres, niños y ancianos?, reír, reír, yo tengo la solución, ese gas azul inflamable que todo ser humano expela por el ano y que he bautizado con el nombre de galitina en honor de mi maestro D. Galo Collanzo Grameo de Oriella, claro que fue mi maestro aunque más joven que yo, preguntádselo a mi sobrina que está de criada para su tía materna, yo le di a D. Galito muchas ideas para sus inventos, pero eso lo contaré después, decía que el tan mal visto pedorreo es la solución para los males que padece la Humanidad; en mis investigaciones he comprobado que acercando una cerilla encendida en el preciso momento del desahogo aéreo, la luminaria azul que se prepara es gigantesca, pues el método o sistema es muy fácil de aplicar, desde que uno nace hasta que se muere, todos los humanos, no, todavía no he investigado con los animales domésticos porque si se aplica lo del hombre no hacen falta más, digo que al nacer hasta que se muere uno, un equipo especializado de doctores instalaría a cada uno una bolsa de plástico inrompible en los glúteos con dos llaves y respectivos orificios; la una llave daría paso cuando la necesidad de evacuar lo exigiera y la otra, a modo de válvula con grifo para contener la galitina que se amontona de pedo en pedo; cada noche y cada mañana, igual que se recogen las basuras de la ciudad, otro equipo especializado de técnicos irían a las casas a por la galitina y se la llevarían en bidones

blindados que a su vez irían a parar a los almacenes y depósitos de las grandes centrales de galitina; no es incómodo llevar la bolsa de plástico porque no abulta debajo de la ropa y además lo único que sucedería es que los humanos tendríamos un culo artificialmente más gordo y también el procedimiento podría ser ampliado por las perneras, por las faldas etc.; así como de vez en cuando, en las exigencias de la edad y del crecimiento, uno tiene que cambiar de zapatos y de ropa porque se le han quedado pequeños, del mismo modo, periódicamente, se cambiarían las bolsas o bombonas humanas; ello contribuiría a desterrar la inseguridad del planeta, se acabarían las guerras y cada nación tendría su propia energía para que todo funcione, no vale eso de que las naciones más pobladas serían las más ricas, no, es sabido que la potencia y calibre y calidad de las ventosidades del organismo humano dependen de la dieta alimenticia y si una nación de pocos habitantes los somete a un régimen riguroso de comida, tiene solucionado el problema; además sin son pocos con poca energía tendrán bastante; tampoco admito lo del espionaje tecnológico porque la galitina y su primer envase estaría al alcande de todo el mundo, es más, sería una obligación marcada por la ley, un decreto universal de todos los gobernantes del globo y con la pena capital, si es necesario, no, en las naciones más avanzadas del planeta existe la pena de muerte, ¿no está la silla eléctrica y han llegado a la Luna?, para el que no cumpla la ley;

no creo yo que se llegue a tales extremos porque cada ser humano comprenderá que en la galitina le irá la vida; no habría guerras porque a nadie se le ocurrirá el contrabando de galitina y volver otra vez al tráfico de esclavos obligándoles a pedorrear día y noche sin descanso; no, todas las naciones serán iguales y la ciencia universal, para todo el género humano; se acabó el temor de la subsistencia de la Tierra y el progreso alcanzará las cimas de la Eternidad; tampoco fábricas de bolsas o bombonas de plástico, de válvulas y grifos, todas las naciones tendrán en su poder la fabricación, será una empresa de los Estados, no una mercadería libre y no habrá lugar a que se enriquezcan con ello, las bolsas serán gratis siempre y fuertes, inrompibles para evitar echar remiendos, parches u otros menesteres; un sólo modelo de bolsa para una energía común que no cuesta dinero ni trabajo soltar la pedorrera, así que el futuro está en nuestras manos, pero nadie me ha propuesto nada, lo doy gratis, la patente, el futuro está en los cuescos; energía barata, y podemos decir como los viejos inventores, ¡eureka!, o el pedo o la vida; en la galitina está el futuro de la vida y de los hombres.

— Usted no atina, señor inventor, eso es imposible.

— No hay nada imposible en este mundo; es cuestión de poner mi invento en práctica; nunca será más azul el llamado planeta azul; otra lavativa, silvuplé.

—¡Otra de Pablo Romero o de Luis Miguel Dominguín!

— Reír, reír, vosotros reíd que en el año 2000 será un hecho; y vosotros los jóvenes empezad el entrenamiento que os van a exigir la docena por hora por lo menos.

— Esto lo tiene que dar usted a la publicidad, aunque la cosa parece de cachondeo, ¡que una vida valga un pedo!

— Reír, reír, vosotros reíd, sigan riendo, Roma no paga a traidores, ¿verdad?, D. Galito tenía que haber guardado silencio, su infinita inteligencia va a ser desaprovechada, ni caso, y ese muchacho era un genio, es un genio porque pasarán años y años, quizá siglos pero a D. Galito le van a reconocer sus descubrimientos tarde o temprano; la ignorancia invade la ciudad, la nación, el continente, el globo terráqueo pero llegará un día en que D. Galito esté en efígie en cada rincón del mundo, su estatua, que la harán, se podrá ver desde la Luna, en medio de la mar oceána o en la mitad de un continente, monumento al superhombre, al supergenio; yo le apunté la idea de un supertúnel bajo el estrecho de Gibraltar que uniera Europa con Africa, con tres pasadizos por debajo del mar, uno para los barcos y submarinos, otro para el tren con doble vía y otro para los autos, una autopista; él me dijo que no era imposible y que algún día sería una realidad; yo soy un científico, yo invento ideas para provecho de la Humanidad pero no me hacen caso;

tengo los inventos por centenares, qué digo, a miles; por ejemplo, la bota voladora, reír, reír, reíd como tontos, la bota voladora será el gran invento del futuro que ya inventé yo en el pasado; con la bota voladora, el hombre podrá desplazarse sin necesidad de ir en avión ni en auto ni en tren ni en nada, un par de botas voladoras que llevan en el tacón y en la suela un mecanismo electrónico alimentado por energía solar que permite al hombre volar, como lo de Pulgarcito y las botas de siete leguas, pero las mías por el aire, por la atmósfera, volando; también se reían de Julio Verne y ahora nadie se ríe de él, son cosas que solamente los sabios podemos poseer, a los ignorantes no se les da esta gracia y no hay nada imposible porque a principios de siglo un marsellés de origen catalán, es decir un español, como Peral que inventó el submarino y no le hicieron caso como a tantos inventores españoles, un español que se llamó en vida Josep Pujol y pasó a la historia con el apodo, honroso apodo de El Pedómano, se pasó la vida y alimentó a su familia y dio carrera a sus hijos tocando en una orquesta en los mejores cabaretes de París, era un virtuoso de la pedomanía, interpretaba lo mismo piezas clásicas que modernas, hacía de solista o acompañaba según la partitura, el pedo con Josep Pujol alcanzó la cima de la actividad artística, lo elevó a las más altas cumbres de la popularidad y de la inteligencia humana, había que verlo en posición y con el micrófono en su sitio siguiendo la batuta del director de la orquesta; y los

numerosos números que hizo en teatros a donde acudía la flor y nata del París de la época, la alta braga de la sociedad francesa; fue un ídolo, un genio que me sirvió de base para mi teoría de la galitina y es que no están los tiempos para desperdiciar energía; otra lavativa, pliss.

— Usted, señor inventor, ¿tiene libros publicados?

— Ninguno y ni falta que me hacen; ya los publicó D. Galito pero ¿para qué voy a decir una lista si estáis en las tinieblas del analfabetismo provinciano?, vos no entenderíais nada, predicar en desierto, a seco, porque la obra genial de D. Galito no la entienden todavía los humanos, los marcianos sí y no me extrañaría mucho que un buen día los marcianos nos invadieran y se hicieran dueños del mundo con los inventos de D. Galito; ¿os dice algo esto: **Procedimiento para la isomerización de mesotriforina a triforina racémica o la preparación de (—), (—) —N,N'—Bis—(1—Formamido—2, 2, 2, —Tricloroetil)—Piperazina?** ni idea, claro, voy a decir más: **Preparación de nuevos 1—Fenoxi—2 aminopropanos racémicos u ópticamente activos, Productos a base de metobromuro de N—Isopropil—Nora—Tropinio, Actividades fecundas de los 2—(Furilmentil)—6—7—Benzomorfanos, Método de los 2—Fenilimino—Imidazolininas disustituidas, Encarnación de nuevos azeetidinoles, Separación de sales de metales alcalinos de ampicilina especialmente de ampicilina sódica, Preparación de nuevos ácidos 2—Piridil— y**

2—Pirimidilaminos—Benzoicos, Mejoras en la preparación de N—(Heteroaril—Metil—Benzomorfanos y morfinanos, Limpiamiento por frotación de modo continuo de alambre, banda o fleje recubierto con metal por inmersión en un baño de metal caliente; estaría aquí hasta mañana, hasta el entierro y no acabaría, Aparato para producir un hilo, Dispositivo generador para material radiactivo eluible estéril, Método de la proteína seleccionada o una parte de la misma, Preparación de agentes de curado para resinas epoxídicas; Producción de una estructura de imán permanente magnéticamente protegido, Disposición constructiva de montaje de dos válvulas en un vaso de expansión de vidrio, Empujador de recuperación de holgura entre una cremallera y un piñón de ataque en particular para mecanismos de dirección de vehículo automóvil, etc., etc, la dejaron sola y se quedó, la ciencia, la sabiduría; otra lavativa pliss.

— Usted es un genio, señor inventor, tiene por cerebro una computadora.

— Reír, reír, reíd, que ya llegarán los míos, no puedo decir más cosas porque hay espionaje, yo trabajé en un laboratorio subterráneo en una nación de Europa cuyo nombre me está prohibido enseñar y sé lo que es un espía, un laboratorio secreto donde dormíamos y comíamos pastillas para no dormir, allí aprendí mucho, toda la ciencia que poseo y la que no recuerdo, mis conocimientos de química y alta investigación me per-

miten comprender la magnitud de las operaciones y escritos de D. Galito, vos no, vos estáis en las nubes, no es de risa, claro, claro.

— Todo eso no sirve para nada y sobran palabras, háblame de catedrales, qué cosa el Arte, los grandes maestros, todo eso que usted ha dicho dígallo delante de un toro y se acabarían los cuentos, paparruchas, esto es una mascarada, señores y me voy porque no estoy a gusto, que Dios reparta suerte y nos veamos en las tardes de gloria.

— Lo que ignora ese es que yo tengo inventado el toro atómico, sí, una plaza de toros en el cielo, en las atmósferas, un toro dirigido por radar, un dispositivo instalado en los cuernos para que el toro haga juego siempre y se divierta el respetable, ¡eso es afición!, claro que para asistir a mis corridas habría que tener la bota voladora y no habría muertes, el toro atómico nunca daría una cornada; me reservo para otro día más cosas que me espera la alubia, pero tenga usted, ¡cuidado! con el espionaje, en ese papel hay un invento desarrollado para que usted lo estudie y registre la patente, lléveselo a los chinos de Mao que les hará falta porque el arroz se va a quedar sin planta, y si en China se termina el arroz ¿qué van a comer los millones de chinos?; orvuvar y arrivederchi Roma, mucho paleta de pueblo por aquí, reír, reír, reíd, ja, ja, la alubia, el semáforo, la cesta de la compra...

— Está de atar.

- Dentro de unos meses, pocos, al manicomio.
- Anda, ¿nos pones una ronda de lavativas?

Solías, hijo mío, contemplativo e inmóvil, pasar largos ratos frente al mar en nuestros veraneos en la costa cuando tu mirada de niño absorto se abría a la vida y sus formas, aquellos días en que todavía se nos hacía posible la felicidad y una paz relajada y acariciante envolvía como un aura hospitalaria el entorno familiar; desde el avión que me conduce a las sombras de mi tierra, la tierra que te va a dar cobijo dentro de unas horas, mañana a las doce, domingo, diviso la inmensa plataforma azul del océano, todo en derredor es mar, mar infinito poblado de invisibles creaturas desde esta altitud; he visto el amanecer por encima de Nueva York, rumbo a ti, y ante la triste belleza del alba sobre la caótica metrópoli norteamericana, he tomado tu mano como antaño pero esta vez no era cálida sino fría y metálica, ausente, la mano de un muerto; comprenderás muchas cosas ahora que ya no existes sino en mi corazón y el por qué la vida a veces nos ignora; regresé de la heroica epopeya personal de la guerra y durante un tiempo me preguntaba qué tipo de idealismo, qué hacía yo, qué me hizo resistir, después de la forzosa movilización, meses y meses embutido en un submarino fantasma como un autómatas sin saber prácticamente nada de los míos y con la duda, exasperante duda, de si aquella aventura iba a terminar bien, íbamos a salir vivos, si alguien quedaría para contarlo; la ciudad, la gente había

cambiado y tu madre también; a principios del otoño, tu abuelo murió y tu abuela no llegó a conocerte; las mujeres, en contra de lo que se dice y se afirma, son más fuertes que el hombre, mi padre no pudo resistir más la pérdida de dos de sus hijos y tampoco, en eso fue lúcido, la inseguridad que representaba el hecho de ser el padre de dos destacados miembros de un partido de izquierdas y sobre todo el conocimiento público de su talante liberal que entonces no se llevaba, más o menos como ahora, y por supuesto que no demostraba ni con mucho ser adicto a las nuevas reglas que imperaban en la sociedad de postguerra; un ataque al corazón y en dos horas nos dejó solos a tu abuela y a mí; otros, hijo mío, corrieron peor suerte y el hambre propició los más inimaginables sucesos; yo comencé de nuevo en mi trabajo de abogado y conseguí abrir bufete en el mismo edificio que luego habitaríamos tu madre y yo después de casarnos; poco se prolongó la espera, el tiempo suficiente para solventar la cuestión económica aunque la escasez a todos alcanzaba, bueno, a todos los que tenían por norma la honestidad y la justicia; la familia Oriella no cesaba en sus puyas contra mí y tu madre, a pesar de los inconvenientes, fue derecha al altar, virgen y de blanco, como una princesa; el viaje de novios, la tópica y nunca mejor puesta luna de miel en Canarias fue en blanco y negro pero no lo suficiente como para darme cuenta de hasta dónde llegaría el asco, asco, hijo mío, asco de vivir, de ver todos los

días a tu madre y a tu tía materna, de ver cómo te perdía paulatinamente, de cómo me estaba quedando solo, cansado y triste para siempre; tu abuela se murió sin agonía, la encontramos muerta, dormida en la cama con un gesto de paz en el rostro como esperando salir de aquella vida ya para ella sin esperanza; seis meses llevabas tú en el vientre de tu madre, seis meses de una escalada histérica y ruidosa porque tu madre se volvió de un insoportable ser y actuar; el embarazo, eso es verdad, fue malo y sufrió mucho, sufrimiento que nos llegaba a todos cuantos tenían relación con la familia, tanto que sus padres se fueron de la ciudad, todos los Oriella se marcharon porque a un hermano de tu madre le ofrecieron por decreto un alto cargo en la Administración del Estado y a mi suegro le nombraron embajador en Buenos Aires; sólo tu tía materna permaneció con nosotros y entretanto llegó la hora de tu venida a este mundo; naciste entre un mar de sangre negra que empapaba las sábanas, el médico me había advertido de la posibilidad de que tu madre muriera en el parto, venías de pies y grande, pesaste cinco kilos, y con tanto retraso que el seno materno se anegó de tus últimos metabolismos; en fin, hijo, naciste no sin antes calmar a tu madre que aullaba como una loba y repetía que te mataran, ¡maten a ese monstruo!, ¡mátenlo, no quiero que nazca!; en igualdad de condiciones, tu madre prefería salvase ella antes que tú, antes que nadie, pero, a la postre y dadas las circunstancias, todo salió bien; tu madre se

recuperó en dos semanas y a mí me llenó de orgullo y de cierta vanidad tu nacimiento; eras guapo como siempre has sido y un niño despejado, endiabladamente simpático; después de tu bautizo y del incidente de las gafas del cura, tanto tu madre como su hermana estaban pendientes de ti, no sabría cuál de las dos te idolatraba más y antes de ir al colegio ya eras más famoso que un torero, que si el niño de los Oriella, tú siempre has sido el niño de los Oriella, es listísimo, que si un cielo, que si de una inteligencia superior, como nunca se ha visto en un niño de esa edad, que ibas a ser la gloria de la familia, en fin, que tú desde muy pequeño ya tenías encima la vitola de genio, de niño prodigio, de sabio y de sabelotodo; ¿qué padre no se envanece y se colma de orgullo al saber que su hijo, su único hijo, es el mejor no de la clase sino de todo el colegio?, un expediente brillante, el más alto de toda la historia del colegio, del Instituto, de la Universidad, efectivamente poseías un coeficiente intelectual que no abunda demasiado en este mundo, eras un privilegiado; cuando publicaste tu primer libro de poemas, que aún leo de tarde en tarde porque es bueno, hijo mío, es muy bueno y llevabas dentro mucho talento para la poesía, empezó la desgracia porque tu madre no supo, no pudo encauzar bien tu educación y tu vida; lo intenté todo, incluso hablamos de separación, pero tú has sido lo que tu madre y tu tía consiguieron que fueras; yo te dije, hijo mío, márchate de esta casa, vete a los Estados Unidos, vete

fuera del país, aprovecha tu inteligencia y sé útil a la Humanidad porque en el terreno de la química hubieras llegado muy lejos; sin embargo, relegado, apartado a pesar de todos mis esfuerzos, de tu educación, esposa y cuñada iban haciendo de ti un perfecto monigote; la cátedra te venía estrecha, ya lo sé, pero erraste el camino, fue un error, hijo mío, el ser número uno en tanta cosa y no te dabas cuenta de que en Literatura no basta con lo correcto, hace falta la chispa que haga vibrar los textos y tú en tu obra literaria no has pasado de correcto, es algo frío, sin alma, como tú hay montones de escritores, como tus libros, tus novelas, tus escritos se publican por miles al año en todo el ámbito de nuestro idioma y no podías ser poeta; ¿de qué te ha servido saber de memoria todas las voces del diccionario?, ¿de qué te ha servido tanto estudio y tanta investigación, como tú decías, de qué la cantidad de inventos?, en realidad ¿qué has descubierto?, lo del caldero de la colada de tu tía ¡pero si ya estaba inventada la lavadora automática!, en cualquier comercio de la ciudad podías comprar las que quisieras; los potinges que preparabas, pero hijo mío ¡si cualquier herbolario te los vendía! y además posiblemente más baratos; en el país de los ciegos eras el rey, tú, que ya estabas tuerto, tuerto del espíritu, y tanta inteligencia no pudo darse cuenta del error y del ridículo; si me hubieras hecho caso, quizás tu obra sirviera a la Humanidad, por el camino de la química, porque hijo mío ¿con todos tus inventos has conseguido aliviar el dolor, por

ejemplo, tan sólo un instante, del hombre?, ¿has descubierto algún tipo de antídoto contra la muerte física, contra las enfermedades que son mortales aún en estos tiempos?, ¿qué has hecho, hijo, qué has hecho?, de nada nos van a servir tus descubrimientos, ¿o te vas o te van a comparar con el descubridor de la penicilina?, ¿eres Leonardo Da Vinci redivivo?, ¿eres Edison reencarnado?, ay, Galo, ¡cómo se te ha ido la vida sin enterarte!; tú vivías en la Edad Media, hijo, y te creías poseedor de unos valores eternos y en realidad no pasaste de ser un gran empollón, ¡hay que ver! con el director espiritual de tu tía cuando me dijo por teléfono que ibas en la QU, que lo hubieras conseguido, ¿para qué querías saber de memoria los números de teléfono de los abonados de la capital de la Nación?, ¿estabas loco de verdad, hijo mío?, cuando nos recitabas de principio a fin el Quijote mi preocupación fue en aumento; no había manera de parar aquello, tu madre y su hermana anularon por completo la influencia, la inútil influencia de tu padre; mi trabajo me ocupaba todo el día, había que luchar contra todo y contra todos en mi postura de honestidad absoluta que la profesión estaba difícil y abundaban los enchufes, el comadreo, las injusticias, los ladrones oficiales en el ambiente de aquella sociedad que se abría al futuro; no te cuento nada de la política, que todo era política, y tu padre andaba con pies de plomo, pisando terrenos firmes sin posible traspíe dentro de las leyes vigentes; claro que influyó el ambiente de la ciudad en mi exilio

voluntario, tú ya estabas perdido para siempre, ¿qué hacía tu padre en la ciudad?, harto de todo y de todos escogí la huida después de la muerte de tu madre pero antes, mucho antes tenía que haberlo hecho, emprender nueva vida, lejos de tanto asco y de tanta náusea provinciana; esa ciudad no perdona, son muchos siglos pasando por ella como la brisa sobre las arenas del desierto; las manifestaciones externas, el golpecito en el hombro, esa alegría improporcionada dura tanto cuanto alguien deja de pertenecer al montón de la mediocridad, de la costumbre, de la ciudadanía próspera y paleta; en esa ciudad se admite a todo aquel que no rebase los límites establecidos en todos los órdenes; desde el mismo instante en que uno sobresale, alcanza una notoriedad en los diversos o distintos aspectos de la vida social, un comerciante emprendedor, un profesional que triunfa, sea nativo o extranjero, sea lo que fuere, si alguno ha sido capaz de desarrollar sus posibles cualidades, sus talentos, y traspasa la barrera de lo normal, entonces, hijo mío, la ciudad intenta por todos los medios ignorarlo, ya no es tan bueno, sino todo lo contrario, se habrá convertido en un advenedizo, en algo espurio, y se le vuelve la espalda y se le calumnia, se cometen los atropellos morales más perniciosos de la refinación sicológica, algo grave como llamado a matar te lleva al declive, y ya has acabado la aventura de tu vida; el sol de la civilización no ha entrado en esa ciudad que aumenta su creciente majada de cretinos y entonces el que de

verdad vale entra en un silencioso proceso de desesperación; los cantos de alabanza, los elogios del primer día se tornan cantos de sirena y quedas aprisionado en las redes de tanto cacique excitado por su propia ineptitud; cada ciudadano de esa rústica ciudad es un señor feudal, una tribu de monos ricos comiéndose su plátano invariablemente cada día en las ramas de su árbol genealógico, sin más aliciente que el círculo mágico y estable de su heredada incompetencia; no te hagas ilusiones, Galo, tú no le sirves más que a su tradicional vanidad de viejo mueble apolillado, tú no has existido, es la ciudad que se adelanta los honores y se los incrusta en bronce, en mármol, en endamascados pergaminos para encubrir de esa manera su tradicional barbarie, su espacio vital labrado como una planta de penitencia; ¿qué desdichada fortuna ha reunido ese tropel humano para que sus mejores vástagos tomen la decisión del alejamiento, de la distancia y del olvido?, tú serás una línea más de la lista honorífica pero te levantarán una estatua y durante años la ciudad presumirá de tus indiscutibles dotes de hombre inteligente y te esfumarán de la escena urbana a pesar de todo; no has hecho nada, hijo mío, te has quedado como una sombra enmudecida bruscamente, ya eres un absoluto epitafio; tu vida ha sido un soplo liviano de continua profanación, ¿has gozado tú de la vida, hijo mío?, tal vez pensabas que en tus manos reposaba el mundo, que el mundo cabía en tu casa, en tu celda de estudio, porque eras

un cenobita, Galo, has quemado los años principales en una empresa vana, ¿sabes lo que es gozar con una mujer? ¿has sentido alguna vez los delirios amorosos de la carne, la indiscutible realidad de sentirte auténticamente vivo?, ¿qué puedes decir tú de la vida, de la existencia del hombre mortal sobre la Tierra?, ¿conoces los secretos e íntimos sentimientos del amor que un minuto supremo puede lograr?, tú, hijo mío, estabas muerto antes de nacer y gracias a la medicina te libraste de ese trance anegándome a mí de alegría, tú tenías que haber entrado en un convento de clausura tras renunciar al brillante porvenir de tu plaza estadounidense donde muy posiblemente hubieras alcanzado la cota científica útil y precisa para que la Humanidad te quedara eternamente agradecida, o subir a los altares, la gloria de los Padres de la Iglesia; has perdido vanamente el tiempo y ni en tu ciudad serás considerado; mira el inmenso mar, el mundo es pequeño desde el aire, pero nadie hasta ahora ha podido superar la infinita belleza de ese reposo azul, un mar que pretendías meter en un caldero de colada, un mar no puede caber en tu cabeza ni en la de nadie; ah, Galo, ¡cómo te quiero y cómo me pesa ser tu padre!

Le he enviado recado urgente porque acaso mañana sea demasiado tarde, se trata de la mascarilla de D. Galito, ya sabe usted que he hablado personalmente con el escultor que en principio pensábamos contratar para realizar el encargo pero, no sé, me parece un tanto caro, sí, dada su cotización y su prestigio pero es caro y además no me parece a mí tan difícil hacer una mascarilla de rostro y manos, de todos modos como aún no se ha dicho la última palabra y en realidad nada está escrito, asumo las responsabilidades a que hubiere lugar como Alcalde de esta ciudad y le ordeno a usted que transmita al susodicho la negativa a su presupuesto y por contra llame usted al otro, al que ha realizado el monumento al puerro, símbolo y riqueza de esta ciudad y de esta provincia, póngase de acuerdo con él y tramite los papeles pertinentes para que sea él y no otro el encargado de efectuar el trabajo, hoy mismo, y haga constar el ofrecimiento del susodicho que lo hace gratis et amore; ya sé, ya sé que el comunicado oficial de hoy en El Diario ha sido aceptado popularmente y la colaboración de los vecinos ya se hace notar, ¿qué cantidad se ha ingresado?, bien, no olvide usted que en el próximo Pleno que será el jueves de la semana entrante ha de figurar en el orden del día el asunto de la contratación y presupuesto de la estatua a D. Galito así como que se tenga en cuenta el ofrecimiento, de nuevo gratis et amore,

del escultor mentado; la estatua tiene que ser de gran espectacularidad, un monumento sobre voluminoso y artístico templete y no hay que parar o echarse atrás en el costo, la estatua será de los mejores materiales como el conjunto monumental y por supuesto en bronce antiguo, que la confección y el proyecto nos sale de balde pues miel sobre hijuelas; creo que este Ayuntamiento podrá sentirse orgulloso por la obra y, sinceramente, no me gustan los modernos escultores que hacen de su fama un gran trampolín para camelar al público con esas esculturas horrendas que ya no sabe uno si aquello es un caballo, un avión o una higuera; nada de vanguardismos, la estatua ha de cumplir con todos los cánones de la mejor tradición académica y del más sublime realismo, una estatua que hable o que solamente le falte hablar como a las obras de los más famosos artistas del universo y como no se la podemos encargar a Fidias, a Praxiteles o a Miguel Angel, pues ya tenemos uno en casa, que sus buenos premios ha obtenido, y además gratis; no se hable más, quiero la mascarilla para el mismo lunes y por lo tanto que se presente en casa de D. Galito previo anuncio a su tía materna, de mi parte, claro está; que haga dos muestras por si una de ellas no sale bien; de momento nada más, queda por recordarle que la vara de alcalde ha de estar sobre el féretro desde el mismo momento en que éste sea descargado del coche fúnebre a las puertas de la catedral; no se preocupe por eso, yo mismo personalmente recibiré a los ministros y autori-

La cubertería de plata fina está dispuesta sobre la mesa de caoba amarfilada y en la cocina estamos de nuevo con los problemas de siempre, hoy en día las chicas de servicio son señoritas, tienen todo a su disposición, no falta de nada, los electrodomésticos, todo, y encima protestando, no hay sábado que se coma tranquilo en esta casa, tiene usted la tarde libre pero después de dejar bien recogida y limpia la mesa del comedor y la cocina en condiciones, no, no, pues coma usted antes, ¿qué le vamos a hacer?, le pago para que trabaje no para que me haga trabajar usted a mí y si no ya sabe, la puerta cuando quiera, que no, que no y que no, hoy he dicho que preparara la tarta de chocolate, pues ¿qué bien?, ¿la paga usted en la tienda?, yo la cogí a usted porque en los informes ponía que era una excelente cocinera y ama de casa, nada, haga usted la tarta porque esta tarde espero visita y hemos acabado de hablar; anda, con el servicio doméstico, ¡hasta ahí podíamos llegar!.

— Hija, por favor, ¿quieres despertar a tu abuelo?, me pone nerviosa que la gente duerma la siesta antes de comer.

— Abuelo, vejete, cielo, venga, despierta que vamos a comer.

— ¡Puñeta de vida!, no se puede estar tranquilo ni en la casa de uno, pero ¿han llegado ya los

demás, ha venido mi hijo, están aquí tus hermanos?, ningún sábado puedo echar la canóniga a gusto y el día que me harte me largo de esta casa; ¿viejo yo?, lo que ocurre que la canóniga no la pueden echar todos los que quisieran, es un privilegio, querida e inaguantable nieta, de la prez de las familias de más rancio linaje y ya sabes que un antepasado mío combatió bajo el pendón del rey Alfonso VI.

— Abuelo, vamos a comer, pero además ¿no querías ver el programa regional de la tele?, pues venga, que ya empieza.

— Es que quería ver lo que dicen de ese chico, el de los Oriella, el que se ha muerto ayer de un soponcio; tengo interés por saber qué dicen, si lo dicen, de su familia, de la madre, de los Oriella porque su padre era hijo de un escribiente del Ayuntamiento y nieto de un obrero de la imprenta antigua, ¿sabio?, no me hagas reír, los sabios no existen, no existirán ni han existido nunca; bueno, cállate si puedes y déjame ver el programa.

La campanilla de oro macizo emite el musical llamamiento movida con ademán noble por el abuelo de la familia y es que, abuelo mío, no sé por qué esa manía de llamar a la criada a toque de trompeta como si fuera un soldado.

— Soldado es lo que tú tenías que haber sido para seguir la tradición familiar y como nieto mayor pero no sé qué os pasa a los jóvenes de hoy,

bueno, a tu padre le pasó lo mismo pero ahí tienes a tu tío que ya es gobernador militar de la Plaza de Ceuta; de toque de trompeta, nada; esta campanilla ya la usaba mi abuelo en la mesa y yo la seguiré usando, después, que tu padre haga lo que le venga en gana pero sabed que con esta campanilla juzgaba un antepasado mío, debió de ser bisabuelo de mi abuelo, vida y haciendas en el Perú, en todo el Perú de Lima, Chachapoyas, Huarás, Abancay, Arequipa, Ayacucho, Cajamarca, Guzco, Huancavélica, Huánuco, Ica, Cerro de Pasco, Chiclayo, Trujillo, Iquitos, Maldonado, Piura, Puno, Moyobamba, Tacna, Callao, Moquegua y Tumbes;

— Abuelo, ¿ya estamos otra vez?, corta ¿no?.

— Mi antepasado nos dejó la herencia del honor y, por tanto, mientras tu abuelo viva, seguirá la tradición de la familia que no es otra que el saberse de memoria los departamentos y provincias en donde el afamado ausente hizo fortuna y gloria obtuvo por sus propios méritos y virtudes de español entero; al personal de servicio se le llama a toque de campanilla y, si es de oro, se cumple mejor la tradición.

— Abuelo, que esas cosas ya no se llevan.

— En esta casa sí.

— Bueno, vamos a comer que ya estamos todos.

— Papá, ¿es verdad que el abuelo desciende de un rey?.

- De un rey no, de un virrey.
- Venga, marido, no empeceis de nuevo con las grandezas familiares.
- Tu abuelo, vuestro abuelo es Grande de la Nación, título que está en manos de unos pocos; vuestro abuelo es duque y con el tiempo, tú que eres el mayor, heredarás el título.
- Y a lo mejor vuelven los tiempos del derecho de pernada, que bien lo siento no me halla tocado a mí.
- Abuelo, no han dicho nada en la tele de D. Galito.
- Ya decía yo que no era para tanto, ese muchacho es o ha sido el detritus de los Oriella, el subnormal de la familia.
- Padre, creo que tu animadversión contra los Oriella te hace exagerar un tanto la nota, ¿no?
- ¿Exagerar yo la nota, a mis años, con mi experiencia de la vida?, hijo, está visto y comprobado que los tiempos que corren no son nada propicios para llamar a las cosas por su nombre, el Galito de marras fue toda su vida un ser desequilibrado, mucho más que su padre, y si le levantan la estatua, que parece ser que sí, nunca habrá caído esta ciudad tan bajo ni los ciudadanos se verán tan rebajados al ridículo; Galito estaba loco y, por supuesto, entre col y col, lechuga.
- Pues es muy posible que la Textilera introduzca y ponga en práctica el **Dispositivo de ali-**

mentación de hilo para máquinas textiles que Galito inventó hace años.

— Lo que venga de su cabeza de chorlito no puede servir para nada útil, ya recuerdo la noticia, el invento ese, pero como lleguen a ello, retiro mis acciones de la Textilera, porque ¿tenemos acciones en la Textilera, no?.

— Sí, un buen montón.

— Pues nada, las retiro y aquí no ha pasado nada; ¿no estás tú en el Consejo de Administración?.

— No, padre, de esa empresa no soy consejero; no alcanzamos el número suficiente, ya sabes.

— Más a mi favor, ¡fuera acciones!, y además ya verás cómo se van a pique; lo que yo te diga.

— La cosa va en serio, padre, el Ayuntamiento va a adquirir los derechos de la patente de **Un aparato para la transmisión de información de control de tráfico de vehículos** que D. Galito inventó muy joven, a los veinte años.

— Lo que me faltaba por oír; si el Ayuntamiento pone en uso ese aparato que dices, yo me marchó de la ciudad porque no quiero asistir al caos circulatorio que se avecina ni mucho menos al impuesto que me van a exigir, porque el aparato lo pagará el ciudadano, y ya está bien de tanta tontería; ese muchacho tenía que haber ido a vivir al extranjero, a Rusia, por ejemplo, ¿que a Rusia no se puede?, pues a Sebastopol, a que

le aguantaran allí todas sus locuras; nunca repetiré lo suficiente, que en esta ciudad somos idiotas.

— Oye, ¿por qué no hablamos o hablais de otra cosa?.

— Es verdad, ya me cansa lo mismo; ¿quién viene esta tarde?, porque a mí con los rollos de las visitas no, me marchó al Círculo o a dar una vuelta por ahí, a tomar el aire.

— Pero, abuelo, ¡si está lloviendo!.

— Es igual, para eso están los paraguas, es preferible coger una mojadura que aguantar a las visitas.

El mantel de hule a cuadros de colores, el porrón de vino, la olla de cocido y tocino, carne de magro con patatas fritas, una naranja, los sábados puedo descansar a gusto y la familia come unida, mujer, ponme una copita de coñac y acércame un farías y hágase el silencio absoluto que la película de la tele es hoy buena, del Oeste, si me duermo me despiertas, a las seis he quedado con los compañeros de la ferralla para dar una vuelta y hablando de todo un poco ¿qué tal en la escuela, hijo?.

— Muy bien, padre, la maestra dice que voy muy bien y que está contenta, que espera verme estudiar en el Instituto el año que viene.

— ¿Y tú, hija?.

— Pues a mí la señorita dice que soy muy lista y que si sigo así sacando buenas notas que le gustaría que yo fuera maestra como ella.

— Ay, hijos, si nosotros somos pobres, tu padre es un obrero que tiene que trabajar horas extraordinarias para poder vivir; no sé cómo vamos a pagarlos los estudios.

— Tú calla, mujer, déjame a mí; nosotros no somos ricos, como esos que pueden dar estudios y carreras a sus hijos, eso les viene de atrás, yo me tengo que descornar en el trabajo y la ferralla, ser ferrallista es un oficio duro, mirad mis manos, nosotros no podemos compararnos a los

otros, somos pobres pero honrados y si no cambia esto, me toca la quiniela o la lotería, no saldremos de pobres y estaremos toda la vida trabajando duro para vivir; el curso que viene, hijo, si no se puede, no se puede, qué más quisiera yo, tener un hijo abogado o médico o profesor, pero no se puede y por lo tanto te vas haciendo a la idea de que tendrás que trabajar, donde sea, pero trabajar; quieres divertirte y gastar dinero, pues tendrás que trabajarlo; de momento, tú, de estudiar nada, la niña ya veremos pues aún faltan años para que seas una mujercita; y si tampoco se puede pues tendrá que colocarse en algún sitio, de dependienta en una tienda, en una fábrica, no sé, en una casa, en fin, el caso es ganar, ganar pesetas y salir de la miseria; tenemos este piso pero en renta, yo no tengo coche y buenas madrugadas me pego para tomar el autobús y no siempre porque cuántas veces he bajado andando desde el taller y ya sabeis que está en el quinto pino, casi una hora andando y no me quejo, hay suficiente para no pasar hambre y aunque no podemos permitirnos el lujo de ciertas cosas, pues mejor que en el pueblo estamos; después, Dios dirá; así que, hijo, hazte a la idea, el próximo año a trabajar, a ver si el jefe acepta y vas conmigo, de ferrallista como tu padre o de pinche de albañil, a lo que salga.

— Es que yo, a mí me gustaría estudiar, ser alguien en la vida.

— No le demos más vueltas al asunto, no se puede y no se puede, además si has nacido en

una familia de trabajadores no esperes que vas a ser un señorito; ¿sabes lo que te digo?, tú, dicen que eres listo, que vales, pues a ver si te dan una beca, claro, ¿no están todos los días con que si la ayuda al trabajador, los estudios de sus hijos y no sé cuántos rollos más?, pues que se note, porque de no ser así, los pobres seguiremos pobres o más pobres, y los hijos de los pobres seguirán el camino y la vida de sus padres pobres; se acabó la conversación, que va a empezar la película.

— Igual si a mí me subieran el sueldo por limpiar las oficinas podríamos estudiarles a los dos...

— A callar, mujer, aquí no se habla más, no se puede y ya está, dicho, y casi es mejor que trabajen porque así echarán a sus padres una mano, una ayuda, que trabajo nos cuesta criarlos.

— Pero, padre, yo no tengo la culpa de haber nacido.

— Ya salió el respondón, hazme el favor de salir de aquí porque si no te rompo la crisma; y hemos terminado la conversación, punto.

— Oye, marido, que te pasas; los niños no tienen la culpa de que no hayan subido las extraordinarias; la niña se ha marchado a casa de su amiga, la del entresuelo, y el chico se ha encerrado en su habitación, no sé, igual está llorando.

— Que no podemos estudiarlos, que no hay dinero, ya ves lo que gano, una miseria y encima

los domingos y fiestas no cuentan, no las pagan, ¿tú sabes lo que cuesta una carrera?.

— Mucho, eso sí, ay, pero a ver si con un poco de suerte, si Dios nos ayudara...

— Dios, Dios, siempre estamos con Dios, aquí si yo no traigo el sudor de mi trabajo, nos morimos todos de hambre.

— Oye, que tu mujer también trabaja.

— Sí, mucho íbamos a hacer con la mierda que te pagan.

— Bueno, también son dos horas diarias solamente.

— Mira, mujer, ojalá que nuestros hijos sean algo en la vida, tanto la niña como el niño, pero métete en la cabeza que nosotros, los pobres, los trabajadores, seguiremos igual siempre; ahora estamos mejor que hace treinta años cuando mi padre y el tuyo iban al campo todo el día por dos reales y mal alimentados, mal que bien, nosotros comemos y tenemos tele y nevera y vivimos en un piso en la ciudad con más comodidades que en el pueblo, pero la cuestión es que no se hizo la margarita para el cerdo, hay que verlo así y aguantar; y si te soy sincero, ¿sabes lo que te digo?, que me parece mejor que mi hijo sea un hombre formal, un trabajador como yo que no un señorito y además los libros no creas que son tan buenos porque mira a tu primo, el que era tan listo, ya no sirve para nada, es una carga para sus padres porque está loco, se pasó de ros-

ca, así que mira; y bueno, tienes otro ejemplo bien cerca, ¿qué le pasó al hijo de los Oriella?, al D. Galito ese que era tan listo y tan sabio, pues que se murió sin un real, amargando a todos, sin hacer nada y peor que tu primo porque tu primo al menos no se ha muerto y el D. Galito reventó ayer, se le secó la cabeza con tanta pamplina, mañana se entierra; así que, venga, está decidido, vamos a ver la película.

— Por lo menos un oficio, algo, no que sea como tú, un triste peón...

— ¿Y qué quieres que sea, un ministro?, a nosotros nos tocó bailar con la más fea, antes de terminar en la escuela, hala, al campo, con el ganado, a ganar la alubia; lo que te digo es que si quiere un oficio tendrá que ser con poco dinero, mecánico o así, pero que no haya que pagar nada.

— A veces pienso que eres un egoísta.

— ¿Egoísta?, ¿yo un egoísta?, naturalmente, me paso todo el día tocándome las pelotas y de juer-ga, venga ya, mujer, no me incites al cabreo.

— Pues eres un egoísta.

— Pues haberte casado con un rico y me voy a ver la película al Bar porque me sacas de quicio.

— Eso, vete a gastar bien como los tontos teniendo la bebida en casa.

— Gasto lo que me da la gana. Adiós.

Volutas del cigarro puro ascienden como estalagmitas hacia el techo del Café, la atmósfera sabatina se carga de humo y de rumores, un rincón de ilustres cabezas y la tarde que se llena de palabras, palabras y palabras; todos están presentes hoy y de lo cual me alegro porque yo, como Cronista Oficial de esta Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica y Muy Invicta ciudad, me creo en la obligación de alentar la obra de D. Galito y de adelantaros, insignes colegas, lo que mañana saldrá publicado en El Diario con mi firma; he escrito un artículo laudatorio a D. Galito y su obra que será el incipit de mi nueva obra acerca de la biografía crítica del difunto ilustre que nos ha dejado; pero yo quiero y pido vuestra opinión no sobre el panegírico hilvanado a vuelapluma sino sobre el epitafio que ya están esculpiendo en la tumba de D. Galito; en tan corto espacio de tiempo no me ha sido posible elaborar otros versos más acordes con su categoría, tengan en cuenta y es algo que conocen a la perfección que la creación poética no siempre está a nuestro alcance, de todos modos juzguen ustedes

**Aquí reposa Don Galo
que de la ciencia hizo gala
hasta que la parca mala
se lo llevó no por malo
sino por pasar la escala**

— Muy logrado, Señor Cronista, es una quintilla perfecta y con mucha intención filosófica.

— Me gusta, es lo más apropiado.

— Creo que define a D. Galito y a su trayectoria trágica.

— Sí, estoy de acuerdo, además se sale de lo corriente, del epitafio clásico.

— Me alegra sobremanera tan acertada y mayoritaria opinión porque yo, señores, queridos colegas, nunca me atrevería a dar al mármol ni la más insignificante frase mía sin la aprobación de todos ustedes y ya tenía pensado que, en caso de no resultar idóneo el verso, o cambiarlo o retocarlo o en última instancia renunciar y que otro lo escribiera tras, evidentemente, de dar orden y aviso de que se suspendiera el esculpido.

— Usted, Señor Cronista y colega, tan modesto como siempre y tan minucioso en todas sus cosas.

— Como Cronista he de serlo y como ciudadano también, sin embargo he tenido que aceptar el ofrecimiento de que mi nombre conste como autor del epitafio en la losa del panteón de los Oriella; algo que no había más remedio y, no obstante, de alguna manera me siento orgulloso pero exento de toda jactancia.

— Ha obrado usted como corresponde.

— Ya lo sé, señores, ya lo sé; en fin, también tenía que anticiparles que he recuperado una

serie de trabajos y escritos de D. Galito de su época casi adolescente y aquí tengo la lista: **Un dispositivo de tampón manual, Electrodo utilizable en un tratamiento de ionoforesis, Recipiente provisto de un sistema de cambio térmico por la pared, Un tratamiento de válvula de relé, Un recipiente de almacenamiento definitivo, Máquina perfeccionada para fabricar filtros, Método de reacción química a temperatura elevada, Perfeccionamientos introducidos en un cambiador de calor en contracorriente de perfil variable, Disposición de módulo de membrana para uso en un aparato separador, Sistema de control de un aparato que tiene un parámetro de funcionamiento, Perfeccionamientos introducidos en un arma de fuego de dos cañones, Aparato perfeccionado para enlatar pescado, Método de consolidar un suelo de calidad deficiente, Procedimiento para la preparación de ciclohexanona y sistemas de preparación de productos refractarios a base de MgO y Cr_2O_3 ; señores, todos inéditos y casi con seguridad desconocidos, varios de su puño y letra.**

— ¡Hay que ver con D. Galito!, era un verdadero genio.

— Y ¿servirá para algo todo ese jeroglífico salido de su mollera?

— Qué cosas tiene usted, hombre, yo como Cronista apruebo todo y aseguro por experiencia que estas cosas, estas investigaciones, estas originales muestras del talento de D. Galito tendrán

en su día la alta y práctica y posiblemente gananciosa aplicación.

— Yo soy lego en la materia y no opino.

— Pues a mí me parecen un montón de majaderías.

— No, eso no, siendo yo Cronista por nombramiento reciente, hace un montón de años, D. Galito me dejó estupefacto de admiración al presentarme un trabajo sobre **Un procedimiento para producir un material de plástico expandido**, y la verdad, señores, aquello era un descubrimiento y yo, como doctor en Químicas, tuve que aceptar y loar.

— Yo me refería, y usted perdone, a que, entre tanto invento, alguno será una tontería supina, vamos, porque aquello de **Nuevo sistema de un funcionamiento de un equipo para señales en un paso a nivel de ferrocarril y carretera**, ¿no me dirá que no?.

— Tiene su aplicación, lo que pasa es lo de siempre, que nadie, ningún organismo estatal o público o privado, se ha decidido en buena ley a poner o llevar a la práctica los descubrimientos de D. Galito y ahí están, muertos de risa.

— Eso se quedará así por sécula seculorum.

— Eso es lo grave, que nadie va a poner los medios necesarios para que tanto talento no se haya perdido en la nada, y nosotros estamos aquí para algo, ¿no?, nosotros, queridos colegas, tenemos

que intentar soluciones, hay que hacer algo, la memoria de D. Galito nos lo exige.

— Ya se pensará alguna medida.

— Bien, bien, dejemos ya el asunto.

— Bueno, ¿por qué no hablamos de otra cosa?.

— Sí, ya está bien con tanto D. Galito y el pobre aún no está enterrado en cristiana sepultura. Como esto va a durar un año, por lo menos, tiempo hay de darle vueltas al entuerto.

— Entonces, señores, yo me ausento porque tengo obligaciones que me llaman.

— Adiós, Señor Cronista, y no trabaje usted tanto, alma de Dios, que se nos va a pasar usted también de rosca.

Cae la lluvia sobre el cementerio, sobre el bosque de paraguas que cobijan a los asistentes, una buena cantidad de personas allegadas a la familia de la joven profesora que se quitó la vida ayer, una compañera del Instituto; todo el comercio de la ciudad está aquí presente, ¡qué pena de chica!, y la tarde, sin los resplandores de fragua del otoño, es triste y melancólica con el agua mansa de las nubes primaverales; a veces, el ser Cronista Oficial de la ciudad supone tanto compromiso que bien quisiera yo días de treinta y cinco horas; la amistad que me unía a la familia de esta pobre chica y que me sigue uniendo por lazos de parentescos aunque un tanto lejanos me han obligado a asistir al entierro y qué se le va a hacer, mañana otro, el de D. Galito, desde luego llevamos una racha de muertos considerable; no soporto el gesto mecánico de los enterradores, la rutinaria plegaria y las miradas falsamente compungidas de la mayoría del duelo, el hombre, todos, nos estamos volviendo de piedra. Menos mal que ha terminado esto.

— Señor Cronista, ¿no será un mal presagio el coincidir en un entierro en tarde de lluvia?

— ¿Quién lo sabe, querido Alcalde, quién lo sabe?. Yo tenía que asistir por fuerza mayor, mi parentesco con su familia, en fin, pero nunca se pierde el tiempo y aprovecho, ya que estoy aquí, para ir a ver si han colocado ya la lápida con el epitafio.

— Entonces no le espero, podía usted venir en el coche oficial con toda tranquilidad, pero en otra ocasión, será, hasta mañana a las doce.

¡Qué sensación de paz y de remansada beatitud se respira en los cementerios!, a mí me despeja la cabeza el pasear por las calles silenciosas de esta ciudad de los muertos, pasar ante tanta tumba, ante tanto ausente, ante tanta soledad mientras un eco de pájaros pone la nota melódica de acompañamiento!.

Pero ¿qué es esto?, intolerable, el marmolista es un ignaro, esta ciudad no tiene remedio.

— Eh, usted, sí, usted, ¿no se ha dado cuenta de que en la lápida hay un disparate?.

— ¿En qué lápida?, buenas tardes.

— En esta, en la nueva, en la que mañana cubrirá los restos de **D. Galo Collanzo Grameo de Oriella**.

— Mire usted, señor, yo soy un empleado y eso es cosa de los marmolistas, el taller ese, la primera casa a la salida; yo soy un obrero que cuida el cementerio y ayuda a colocar las losas, yo no tengo nada que ver en esto, pero ¿quién es usted si no le molesta la pregunta?.

— Soy el Cronista Oficial de la ciudad.

— Ah, entonces, perdone, ¿y qué le ocurre a esa lápida?.

— Pues ni más ni menos que han puesto una

errata imperdonable, ¿no se da cuenta de que sobra una be y falta una efe?

— Que yo no soy letrado, que leo poco y mal y además mi vista no es buena, sí, sí, si usted lo dice, pero a mí me parece que ha quedado muy bonita.

— Bueno, gracias, buen hombre, oiga ¿y por qué no la aparta usted un poco más y la deja contra el árbol y así no se moja?

— Lo que usted diga, señor.

Es increíble hasta qué punto llega la ignorancia, la estolidez, estas cosas sólo me ocurren a mí por pensar que todo el mundo tiene la misma cultura que yo y claro, metedura de pata, si no me doy cuenta y ¡con tres ministros mañana aquí!

— Mire, usted ha, buenas tardes, buenas tardes, colocado mal el epitafio; soy el Cronista Oficial de la ciudad.

— Yo lo que me dieron escrito y gracias que lo hemos hecho rápido y allí está en el cementerio, en el panteón de los Oriella.

— Es que usted se ha equivocado...

— ¿Que yo me he equivocado?, he cumplido con el encargo y nada más, ¿en dónde está la equivocación?

— Pues en que al epitafio le sobra una be y le falta una efe, es decir, usted ha puesto una be en vez de una efe.

— No comprendo...

— Mire usted, Oficial, de Cronista Oficial, que yo sepa es con efe y no be, no es Obicial sino Oficial, ¿entiende usted ahora?.

— Pues qué raro, oye ven, ¿no has esculpido tú la poesía para los Oriella?, pues ven que aquí el caballero tiene que decirte una cosa. Claro, al parecer es una efe.

— Es que yo eso de Obicial me sonaba a obispo, a abades, a cosa de gente alta, vamos, y al ser los Oriella...

— Pues ha errado usted, ha errado el taller, y es que la cultura es, señores, para todos, que Obicial es con be de burros y Oficial es con efe de Franco. ¿Está entendido?.

— Anda, vete ahora, deja lo que estás haciendo y cambia la letra. Pues disculpe usted, Señor Cronista, todos tenemos equivocaciones en esta vida.

— Bueno, bueno, el caso es que quede exactamente y en su sitio. Adiós y buenas tardes, señores.

— Adiós, adiós... ¡Joder, qué humos!. Anda, vete y arregla eso.

He tomado un taxi en la misma terminal del aeropuerto de Barajas, llevo un día y una noche viajando, acercándome a tu cadáver, hijo mío; hoy, tenemos los relojes en la misma hora y, después de tres años, tampoco he sentido sensación alguna al pisar tierra ni ahora que el vehículo corre veloz entre campos de sementera; la Nación es un país rústico, el verde de los sembrados, los páramos, somos un ente rural, labradores de utopías todos, ah Galo, ¡qué distintas se ven las cosas desde dentro de tu tierra natal!, ¡aquí no existe la esperanza!.

Menos mal que me ha tocado, he tenido suerte, un taxista poco conversador y nada preguntón; la tarde invita al soliloquio y llueve, llueve mansamente sobre los campos y pueblos; ¿qué no habrá pasado en la ciudad en este tiempo?, ¿cómo estará la casa y la gente?, mañana mismo regreso, cuando se cierre tu tumba al lado de tu madre. Tu madre, hijo, se había convertido en un ser calculador y frío, sólomente tu éxitos como catedrático, tus conferencias, tus apariciones en la televisión o en los periódicos, tus cartas y llamadas por teléfono obraban en ella como un bálsamo; ya estábamos lejanos tú y yo, tu padre era como si nada o se hubiera muerto; nuestra vida no tenía alivio; tu madre y yo vivíamos en la misma casa, todo lo demás fue ajeno, seguía siendo ajeno desde muchos años atrás; una persistencia sor-

da y atroz de rencores, odios y maldiciones caía sobre tu padre; ella, la flor de los Oriella, estaba expectante, temerosa, inquieta, envuelta día y noche en el dolor de su enfermedad; cuando se murió en aquella horrible madrugada, experimenté, jubilosamente consciente, y te lo digo con toda la sinceridad de que soy capaz, ya qué importa, algo semejante a una aliviadora e inesperada liberación; con su desaparición, el mundo no acababa al otro lado de la puerta ni en la ciudad ni tan siquiera en la Nación, el mundo tenía que ser maravilloso muy lejos de aquella casa; no podré olvidar tu actitud, ay hijo, no fuiste capaz de dirigirme la palabra ni una mirada, ni un gesto, mucho menos un abrazo, un saludo a tu llegada, yo como si no existiera, tú lo hiciste todo, tú y mi cuñada, ¿cómo pudiste reaccionar de aquel modo?, yo era tu padre y posiblemente quien más te quiso y te quería; ¿te das cuenta que desde aquel día del entierro de tu madre, desde aquella tarde ya no hemos vuelto a vernos?; tu expresión de lejanía entre los rostros taciturnos que fueron al cementerio, tu ausencia total, tu mutismo, hijo, fuiste en el entierro una estatua y lo que siente más un padre es la indiferencia, la negativa a sus preguntas, a su solicitud de diálogo y a su interés por ti; los hechos, hijo mío, me dispersan las ideas, me dejan el alma huera, ahora puedo decir que estoy absolutamente solo en este mundo, no me queda nadie, he perdido las raíces y me he convertido en un bulto; mira, el taxista silba una canción que están emitiendo por la radio del

coche, es un hombre ajeno a mi soledad, yo que no puedo distender los labios para sonreír.

No me quedan lágrimas para llorar y estoy cansado; tengo un cansancio de siglos como ese tronco de la carretera, retorcido por los años y cubierto de musgo hasta muy arriba; yo estoy cubierto de moho, áspero y quebradizo, sin ninguna tibieza en este día de primavera, funerario y brumoso; la lluvia no deja ver las flores, se me borran los perfiles de todos los relieves, te me borras tú, muerto hijo mío; empiezo a cansar los ojos por el parabrisas, el automóvil sigue acercándose a ti, avanzo kilómetros, disminuyo la distancia, entramos ya en la provincia y me abandona el sosiego, junto las piernas, separo las piernas, un pie sobre otro, preno las manos entre las rodillas, llevo las uñas a los dientes, los dedos al pecho, las uñas al pecho porque del lado del corazón siento algo que duele como una vieja cicatriz.

— Señor, ¿es usted de esta provincia?, ¿acaso de la ciudad?.

— Sí, he nacido aquí pero nunca estuve en ella.

En la provinciana redacción de El Diario, el ambiente es el de todos los sábados del turno de tarde, caras obtusas sobre las máquinas de escribir y la atmósfera de humo de todos los días, voy a poner un cartel de prohibido fumar porque aquí no hay cristiano que trabaje, tú coge el teléfono, hasta el lunes no vuelve, falta la foto para el reportaje, quiero siete folios sobre el asunto de las viviendas, dos páginas para mañana, páselo a talleres, tal como está, ¿ha venido el corresponsal de la comarca?, espero que hoy cerremos pronto y no nos cante el gallo.

— Vamos a ver, un momento, tú vas a ir a casa de Galito y le haces una entrevista a su tía, es la única que tiene aquí, y de paso aguardas a que su padre llegue e intentas también con él otra entrevista, no mucho, un cuarto de página, es que mañana va dedicada la tercera a la familia del muerto y hacen falta los testimonios de los dos, en plan humano, ya sabes, nada de rollos porque para rollo ya tenemos bastante con el mamotreto que ha enviado el Cronista Oficial; a ver si antes de las nueve lo tienes escrito y te vas, lo de mañana lo haré yo personalmente como director de este periódico; también tengo yo que estar todos los sábados aquí y no me quejo, ¿que gano más?, toma, para eso soy el director y no protesto que menuda mañana me espera a mí mañana y en domingo; hala, a trabajar; dígale

que en la portada va foto y este encabezamiento: **Hoy se entierra D. Galito.**

— ¿Tú crees que Galito era de verdad un superdotado?.

— Hombre, que yo sepa, no hay noticia que otro alcanzara el record de Galito, la Biblia, el Quijote, el Casares y la Guía Telefónica de aquí, el tío era un memorión.

— Y la Guía de la capital del Reino.

— Pero ésa no se sabe, dicen que estaba por la QU y como ya no puede hacer la demostración, pues no hay que apuntarla como válida.

— O sea que estaba loco.

— No, no exactamente loco, yo lo conocía y Galito no estaba loco en el sentido expreso de la palabra, un loco no hace lo que él hizo en vida; lo que ocurre es que posiblemente abarcó demasiado y ya sabes el refrán, en realidad agotó su inteligencia, el cerebro no pudo resistir más; fue un catedrático brillante pero como otros han sido, un poeta que se quedó en promesa, un escritor del montón y un científico que no se sabe, ahí está la incógnita, que todos sus inventos puedan servir para algo provechoso; lo demás, pues un alarde de superdotada memoria.

— Pues hay un movimiento en la ciudad, es que parece, no sé, la gente anda con el nombre de Galito de aquí para allá, mira en el Ayunta-

miento o mira aquí mismo ¿tantos periódicos se van a vender mañana?

— Muy probable, pero es todo fachada, puro vedetismo de provincia y ya verás cómo dentro de unos días ni mu, aquí no ha pasado nada.

— ¿Y la estatua?

— Se la harán y será la gloria municipal porque en esta ciudad funciona así la cosa, hay que revestir de ropaje purpúreo a quien ha sobresalido un poco del montón, de la mediocridad, y Galito, si algo era, era original.

— ¿Vas a ir al entierro?

— No.

— ¿Ni por curiosidad?

— No.

— Pues viene la tira de gente gorda. ¡Ni que se muera Franco!

— El día que Franco se muera ¡vete tú a saber qué coño pasará y qué haremos ese día!.

— Pues nada, ¿qué va a pasar?

— Algo pasará, lo que no puede ser es que no pase nada.

— Pues que gobernará el heredero de la Corona y ya está.

— Ya es pasar algo, mejor dicho, ya es bastante.

- Total, que la ciudad se queda sin genios.
- Como Galito no nacerá otro.
- De nada, no sé, oye, déjame terminar esto que me esperan, que es sábado.

— ¿Cómo era el invento aquel que tanto cachondeo pasasteis aquí y que le hiciste tú la entrevista?

— **Un procedimiento de filtro constituido esencialmente por un medio filtrante y un marco, pero el cachondeo fue con el final, el estudio que hacía sobre Un contacto preliminar adhesivo para obtener un producto de pasta de crema seca; bien, y vale.**

Entre los silencios góticos de la Catedral, a la luz de los focos y del destello esotérico de los cirios y velas, de las lamparitas de los altares, acaba de terminar la última misa del sábado y dentro de media hora hay que cerrar las puertas y dejar todo preparado para la ceremonia de mañana; el catafalco a más altura, las alfombras y cojines para las autoridades y ya sabéis cómo le gusta al señor Obispo; llevo de párroco muchos años y lo de mañana es un acontecimiento, tres ministros asistiendo al funeral ¡quién me lo iba a decir!, bueno, el Cabildo en su sitio, como siempre; hasta la hora de cenar teneis tiempo, yo voy a repasar un poco la homilía de mañana.

— ¡Ay, sor, que siempre nos toca a nosotras!.

— Bueno, bueno, con un poco de buena voluntad lo hacemos en un periquete.

— Ay, sor, ¡qué pena me ha dado lo de D. Galito!.

— Ay, sor, a mí me da mucha pena.

— Y a mí también, pero venga, hala, id las dos y preparad las casullas, dejad dispuestos todos los rituales del ropero catedralicio y luego venís a ayudarme.

Perfecto, todo muy bien; mañana va a parecer esto El Escorial de gala y ahora, de rodillas, vamos a pedir al Señor porque sea un funeral

inolvidable y un padrenuestro por el alma de D. Galito que en Gloria esté. Era un chico muy religioso y muy católico aunque últimamente no prodigaba sus visitas a la iglesia pero nadie duda de su piedad y de su modélica actuación como cristiano; murió como un santo.

— Padre, ¿es verdad que D. Galito hacía milagros?

— Milagros no lo sé, pero hizo cosas portentosas que no están al alcance de muchos hombres y eso no se lleva a cabo sin una especial gracia divina.

— Pues su tía dice que resucitó al canario, a un canario que se llamaba Rizzio y que lo tenían en casa cuando D. Galito era casi un niño.

— Es muy posible, pero la pena que yo siento y sentimos todos los sacerdotes de la diócesis, con el señor Obispo al frente, es la malograda vocación religiosa de D. Galito; podía haber sido un nuevo doctor de la Iglesia, un Santo Tomás, un San Agustín, la Gloria contemporánea de la familia católica y de la familia universal, porque Galito fue durante su corta vida un verdadero monje, un cenobita, un anacoreta, ay, ¡cuántos sacerdotes quisieran ser tan puros y tan santos como lo fue D. Galito!, era el más inteligente y el más bueno de todos.

— Padre, ¿por qué, por qué los buenos, los mejores se mueren tan pronto, en la flor de la vida?

La ciudad está ante mí como una aparición súbita, es una tarjeta postal nocturna, las torres de la catedral, el puente, una ciudad provinciana próspera y paleta; ya estoy aquí, hijo mío, brillan las luces mortecinas, brilla la lluvia en las calles, en los edificios, como ayer, como siempre; voy a verte, a ver tu cadáver y a permanecer contigo hasta mañana a mediodía en que desaparecerás de este mundo definitivamente; voy a tu casa, calle de D. Galo Collanzo Grameo de Oriella, ¿qué queda de la casa de tu padre, de tu casa natal, aparte de la placa conmemorativa de tu nacimiento en la fachada?; hijo mío, creo que voy a llorar; el portal con la mesa de firmas, tantas firmas, el ascensor...

— Señora, ha llegado el padre del señorito.

— Ay Señor bendito, ¡ánimas del Purgatorio!, ahí lo tienes, ¿qué tal el viaje, cómo estás?.

— El viaje bien y yo también; óyeme bien, cuñada, quiero que esa gente se marche, que salga de la habitación, que salga del piso, que salga de la casa, no son momentos para recibir el pésame de nadie ni para saludar a nadie; por favor, díles que se vayan.

— Sí, ahora mismo, es lo mejor; mira, querido cuñado, este chico es un periodista de El Diario y desea hacerte una entrevista, a mí ya me la ha hecho esta tarde, lleva esperándote toda la tar-

de y me ha dicho que será breve, un par de preguntas...

— Lo siento, no deseo hacer declaraciones de nada a nadie y menos sobre mi hijo muerto; compéndalo usted, discúlpeme.

— Señor, solamente sus impresiones después de tres años ausente y la opinión sobre lo que ha significado la muerte de su hijo y la repercusión nacional con la asistencia mañana al funeral de tres ministros...

— Ya le he dicho que no deseo entrevistas ni declaraciones y, como comprenderá, ignoro la repercusión que me dice y lo de los ministros, es algo que me despreocupa totalmente; lo siento pero tiene que marcharse, adiós, buenas noches.

— ¿Te preparo algo, ordeno que te sirvan algo?, ¿quieres...

— Quiero que me dejes a solas con mi hijo, no quiero cenar y, por favor, si deseo algo ya te lo haré saber; y pon un aviso en la puerta de que la familia no recibe.

Hijo mío, ¡que absolutamente frío estás!, beso tus mejillas, tu frente, tus manos, ay Galo, qué has hecho para morirte, oigo latir mi corazón que retumba en este cuarto, sólo mi corazón, ¡hijo!, qué inútilmente mis lágrimas sobre ti se vierten, lloro, lloro como nunca he llorado, tu padre llora, desconsoladamente llora con la amargura de los años, ¡hijo mío!.

El sol está delante de las hojas aunque el poeta ya no resida en el humano bosque, ya no habite en la soledad de esta ciudad ajena al sentimiento; a la misma edad que él escribió el libro, con sus mismos años, estoy escribiendo yo mi primer libro de poemas; he querido venir a ver su figura inerte y la familia no recibe, no puedo contemplar el cadáver de un poeta y decirle el último adiós; pero dejo aquí mi nombre, en esta cuartilla de firmas, como homenaje de admiración a quien ha llenado mi vida, mis primeros pasos juveniles, al poeta que ahora está delante del más allá y del más acá, con sus versos.

— Has tardado muy poco.

— No pude verlo, la familia ha cerrado la puerta.

— ¿Estás triste, quieres que vayamos al cine?.

— No sé lo que me pasa pero, hoy, en esta noche de un sábado primaveral, con la lluvia de fondo, te digo que te quiero.

— ¿De verdad?, ¿de verdad me quieres, estás enamorado de mí?.

— Te amo, eres la muchacha más linda del universo.

— Qué, señor inventor, ¿ha ido usted a ver a D. Galito?

— No me gustan los muertos; sírveme una lavativa cuando vos queráis.

— Al momento y lo que usted guste mandar.

— Yo mando menos que el ministro de Gobernación; hay mucho espía por aquí, estamos rodeados de espías como moscas de invierno, la culpa la tienen los negros que no usan betún pero algún día conquistarán la tierra, los negros de África negra; yo estoy preparado para el día que venga, que ha de venir y dentro de poco, el día en que nos quedemos sin orejas, vamos a estar todos más sordos que la tapia del cementerio; al hoyo, todos de cabeza; otra, otra lavativa.

— Parece usted una esponja marina.

— Y vos un extraterrestre, que vos sois un extraterrestre, de la séptima galaxia, claro, claro, con las orejas bien grandes.

— Estoy aquí para salvar al mundo a base de vinos.

— Lo comprendo, el agua es para usos externos; ¿habéis observado que desde los espacios exteriores la Tierra parece similar a una ciruela?, ya estuve en la Luna antes que los americanos y los rusos porque yo puedo volar, trasladarme en segundos a miles de kilómetros por el espacio,

yo puedo volar, lo que pasa es que no quiero, hay mucho aparato por el aire y mientras no pongan semáforos no salgo ni viajo más, es muy comprometido lanzarse al éter, a la dimensión sí-de-rea, con la incertidumbre de si te van a dar un topetazo, si una nave espacial te corta la ruta y no te enteras, y vas al hoyo; el secreto de eludir, de sortear obstáculos invisibles al ojo humano, no me lo transmitieron mis antepasados, los habitantes de Galón que es una galaxia desconocida; D. Galito vino a este mundo procedente de Galón y estaba en posesión de los grandes secretos científicos y, cuando estaba a punto de resolver el gran enigma del hombre, fue llamado a su lugar de destino; él y yo somos los únicos galonitas que existen sobre el mundo, bueno, él ya no pero todavía quedo yo para prevenir a la Humanidad de las supergigantes catástrofes que padecerán los tiempos venideros; será el llanto y el crujir de dientes, no habrá dentista que resuelva el caso; quedarán en la Tierra sólomente el cero coma por uno de la población, un cero coma uno por ciento se salvará del cataclismo.

— Trágico viene usted hoy, señor inventor.

— Se masca la tragedia, garycoper solo ante el peligro y entonces torosentado se cepilla a toda la caballería yanqui y después yo solicito de vos otra lavativa por los chinitos de la Patagonia.

— Eh, señor inventor, ahí llega el maestro de la torería.

— Ese entiende tanto de toros como yo de bacalao, la ignorancia supina alcanza en él cotas de alta graduación...

— ¡Saludos al respetable!, danos y danos, una de Pablo Romero y en caso contrario que me echen el sobrero, ¡una de Luis Miguel Dominguín!; pero mira ¡que es grande París!, ¿os digo una copla?, oh los grandes poetas, ante la tumba de su suegra un hombre dijo así: aquí yace y yace bien, ella descansa y yo también; ¡va por ustedes!.

— Oiga, señor torero, ¿vos conoceis la corrida atómica?.

— ¿Qué dice usted, señor inventor?, ¿qué cuento está saliendo de su calenturienta imaginación?.

— El toro atomizado, vos servís para la gran faena en el espacio atmosférico.

— Déjeme usted de mascaradas, hableme de catedrales.

— Su infinita inteligencia debía comprender, por la frente que posee, los enigmas de la ciencia...

— Un momento, a mí no me llama nadie cabeza gorda y ¡sobran palabras!, usted es un majadero y yo no hablo con gente de mal vivir.

— Yo tampoco, hablo con personas intelectuales, y usted me acaba de insultar como siempre que abre la boca para insultarme estando yo ausente de este Café.

— No le consiento que dude de mi honor porque yo soy un caballero, y es usted el que me insulta y cuando habla, lo único que se escuchan son insultos, usted a la cárcel, al manicomio, a la perrera que contamina el ambiente.

— Está usted sentenciado desde este mismo instante, en la ocasión que menos espere le voy a desintegrar con un invento...

— Y después yo le rompo este botellín en la cabeza...

— Señores, calma, paz, aquí no ha pasado nada.

— Estamos de acuerdo, ¡otra de Pablo Romero!.

— A mí ¡otra lavativa sin romero, espliego, tomillo del tomillar ni escamonea de Alepo!.

— Que lo aten al puente, hombre, ya está bien de bobadas, ya está bien de tanta bobada.

— El puente ya es un lugar mágico, un punto estratosférico por donde la profesora ha huido de este mundo, la que se tiró al río, la hija del co-tufero, la pastelería de la plaza; lo he comprendido esta tarde en el entierro, ella se suicidó por amor que es el más sublime suicidio que pueda darse en el ser humano, en los seres inteligentes, y ella era profesora de Literatura; por amor de D. Galito.

— Pero, señor inventor...

— La profesora estaba enamorada de D. Galito

y al morir D. Galito, al ser llamado a su patria de origen, los galonitas también decidieron llevarse a la profesora, fesora-pro, profesora pastelería para que en Galón, mi tierra amada, introduzca los procedimientos de fabricación de azúcares, pastas, pasteles y otras golosinas que allí, por raro que parezca, no se conocen; ahora, los amantes de los espacios siderales estarán gozando de la eterna felicidad inalcanzable al humano ser; es el premio que a D. Galito le tenían reservado sus paisanos, una mujer, la más hermosa de todas las mujeres, la más inteligente, la reina de Galón; ni él lo sabía ni ella esperaba la recompensa de su amor secreto de tantos años; hoy, en estos momentos, según la hora terrestre que marca mi reloj indestructible, estarán ya amándose con sus cuerpos astrales en las ignotas esferas y mansiones galonitas del más allá de la bóveda celeste.

— O sea, que la profesora se mató porque estaba enamorada de D. Galito y él no lo sabía.

— Así es, él no lo podía saber, son misterios galonitas.

— Y usted, ¿qué opina, señor torero?

— Yo no opino, que en boca cerrada no entran moscas.

— Eso lo ha dicho vos muy bien aunque el refrán es en mosca cerrada no entra la boca, claro, claro, claro, la Humanidad es una gran

mentira, nos han estafado a todos, menos a los galonitas, y si no aprovechan el legado mío de la galitina que por orden superior he donado a los humanos para gloria y prez de D. Galito, al hoyo sin explicaciones; los refranes son una gran estafa, el que nace cerdo se vuelve jamón serrano no el que nace lechón se vuelve cerdo...

— Señor inventor, no empecemos, no empecemos, que aquí el único cerdo que hay es usted, que no se lava y le llega la caspa a los talones.

— Señores, calma, hágase la paz.

— Hablando de cerdos, el mayor cerdo de la histuá es aquel que dijo que el que no trabaje que no coma porque dijo una gran mentira y tenía que haber dicho el que coma que no trabaje para acertar en la profecía que se sigue cumpliendo al revés como los refranes, ¿quién dijo miedo?, ¿cabalgan?, luego ladramos; ¡otra lavativa para la mente!

— ¡Otra de Pablo Romero! y que salga el sol por Antequera.

— Bichos.

— ¿Qué musita usted, señor inventor?

— Bichos.

— ¿Qué?

— Que hay bichos, que el aire está lleno de bichitos.

— Pago y me voy, ¡no aguanto más fantasmadas!.

— Se acaba de ir otro bicho.

— Señor inventor, que ya es hora, ¿no cena usted?.

— Yo ceno cuando me levanto por las mañanas, mañanitas que cantaba el rey David, ya, ya me ausento, lo que vos digais, pero ¡qué importa el color de las flores si su aroma embriaga los corazones!. Abur, bur, bur, ¡toma ya sulfato de patata!.

— De atar.

— ¿Y cómo le consentís que entre aquí?.

— Es pacífico.

Sigue lloviendo con mansedumbre y la noche ha refrescado cuando se quedan vacíos los cine-mas y es la última vez que me llevas al cine a estas horas, que no se puede ir por la calle, sólo hay alcohólicos y gamberros, ¡vaya vigilancia!, ¿dónde están los municipales?, ¡como para salir una sola por la noche!.

— Mujer, en esta ciudad no pasa nada, nunca pasa nada, estamos gozando de una paz asombrosa, nadie se mete con nadie, todo está en orden.

— En orden te parece a ti, que no, que me da mucho miedo.

— Hombre, que voy yo contigo, ¿no?.

— Es igual, cualquier día nos asaltan y acabamos mal, ¡Virgen María!, mira, mira, aquél, ¡qué bochornoso!; ¡si al menos las calles estuvieran bien iluminadas!, porque, vamos, esto parece una mina.

Sujetando la farola de esta calle estoy, yo, un ser humano, ¿borracho yo?, que me da la risa, ¡cuidado, que se mueve el arbolito!; ¡arená!, arena, vecinos, ¡arená!, señores, soy el arenero y vendo arena; ¡Viva la República!, viva, aquí no contesta nadie, todos están dormidos como lagartos; ¡lagartones!, ¡Viva la República!, de frente, marchen, ¡ar!; media vuelta a la derecha ¡ar! y vamos cuesta abajo y sin frenos; arená, vecinos; estoy borracho, y ¿es que un ciudadano no

puede orinar en la calle?, ¿no orinan los chuchos?, yo no soy un chucho, ¡Viva la República!, arená, vecinos, me queda mucha arena en el cuerpo, pasen, pasen que la calle es del común.

— ¿No le da vergüenza?, en ese estado.

— A uno se le ha quitado la vergüenza hace casi treinta años, llevo casi treinta años sin la vergüenza de vivir avergonzado, ¿comprenden?, ¿necesitan arena?.

— Vámonos, marido, es inaguantable, ¡qué espectáculo!.

— Si no se calla usted, llamo a la policía.

— Como si llama al sursumcorda, ¡venga ya!.

— ¿No se da cuenta de que aquí hay un muerto?.

— ¿Dónde?, yo creo que estoy vivo.

— En esa casa hay un muerto que lo entierren a mediodía.

— ¿Sí?.

— Un respeto, por favor, y váyase a su casa.

— Si es un muerto, no se hable más, a ese ya no le queda arena.

— Hala, ¡vaya usted a dormirla!.

— Voy, voy, pero por el muerto, no por la policía.

La primera autoridad de la ciudad, el máximo exponente de la ciudadanía de este pueblo, es un mortal que padece de los descontroles intestinales de rigor, la tripa no me deja en paz y mi mujer ronca como una fiera enjaulada; la noche pasa tan lentamente que ya no sé si duermo o viajo por un país de calamidades y de trampas gastronómicas; sigue lloviendo y oigo el zumbido del viento en la ventana, ¿por qué este nerviosismo y este insomnio?, mañana será un gran día para la ciudad, en toda su heroica y ejemplar historia no ha sucedido la magna asistencia de las máximas autoridades de la Nación, nunca se ha visto un acontecimiento parecido; no soporto la tempestad respiratoria de esta mujer, Señor, ¡qué cruz! ni las pastillas ni el contar ovejitas ni nada, mañana estaré hecho un adefesio, mañana, ¡que tanto hay que demostrar!; tengo que pronunciar un discurso magistral, ¡pobre D. Galito!, ¡la que se nos viene encima!; al fin, se me cierran los párpados, ya podré dormir, los ronquidos de esta mujer quitan el sueño hasta a los ángeles.

— Marido, Alcalde, el teléfono.

— ¿Qué, qué pasa?, ¿han vuelto ellos?, ¿han tomado la ciudad?.

— Que suena el teléfono.

— Ahora, que estaba ya dormido, el teléfono...

— Date prisa, hombre, puede ser importante para ti.

— Diga, al habla el señor Alcalde. Buenas noches, Gobernador, no, no tiene importancia, sólo son las cinco de la madrugada. Escucho.

— Acabo de recibir un parte de la capital del Reino en donde se me comunica el deseo por orden superior de quien no viene al caso, que pongas los medios necesarios para impedir que el padre de D. Galito acuda mañana a la comida en la Diputación; tú eres el Alcalde y a ti te corresponde ejecutar el superior encargo; tiene que quedar anulada la invitación en caso de que haya sido cursada y en todo caso actuar de tal manera que el padre del difunto pase totalmente desapercibido tanto en la calle como en la crónica del Diario; se tienen noticias de que ha llegado procedente de Nueva York en el vuelo de la tarde; ya estarás enterado de quién era el suegro; en fin, buenas noches, Alcalde, espero toda tu discreción.

— Entiendo; buenas noches, Gobernador.

— ¿Quién era?

— El Gobernador.

— ¿Y qué quería a estas horas?

— Secreto de Estado. A dormir.

¿En qué abismo florece mi nostalgia, hijo mío?, ¿qué voces nocturnas me llevan a pronunciar la palabra que abrumba y corroe mi presencia?; en víspera de tu enterramiento algo proclama mi abandono, mi soledad crecientemente herida, y el dolor que siento es la canción de cuna de tu sangre muerta; esta tortura temblorosa y seca, este opaco cansancio, tu amarilla esbeltez y tus ojos poblados ya de todos los olvidos, de todas las ausencias; mi llanto estéril, que repite los minutos, mi llanto total, el llanto de toda una vida que recorre mis venas cuando todo el mundo duerme, cuando la ciudad duerme en torno a esta habitación que el silencio fatiga; es más largo este dolor que todas las noches del mundo; que nadie llore conmigo, que mis lágrimas y mi soledad son lo único que poseo; déjame llorar al tacto de tu muerte, con el corazón hecho astillas para seguir muriendo; cómo pedirte perdón desterrado del tiempo y del recuerdo, cómo salvar la cenicienta distancia que nos separa; es el silencio que lo impregna todo, el silencio que late como una campana en mi costado; tristeza y más tristeza es la vigilia.

— Por favor cuñada, solamente quiero un café y darme un baño, no quiero leer absolutamente nada.

— Es que sale Galito en El Diario y mi entrevista...

— No me interesa, no me interesa nada de lo que diga El Diario y para las horas que me quedan de estar aquí, prefiero un poco de tranquilidad; se ha muerto mi hijo y vamos a ir a su entierro pero no a una verbena; déjame, por favor.

— Pero, ¿no quieres contar nada, no me dices nada?

— No tengo nada que decir.

— Pues yo a ti sí. ¿Quién va a pagar el funeral y el entierro?, ¿quién va a pagar a la Funeraria?, yo no tengo dinero y lo poco que me queda se va en vivir.

— ¿Cuánto necesitas?

— Yo no necesito nada, solamente quiero que pagues la Funeraria y las cien misas que le encargué en la Catedral.

— ¿Tendrás bastante con esto?

— Creo que sí y ahora báñate y desayuna.

— Oye, cuñada, ya que has sacado la conversación, puedes disponer de este piso, yo he venido a ver a mi hijo muerto, no a por la herencia.

— Es que el piso, sólo faltaba porque Galito lo compró con el dinero de su madre, de mi hermana, igual que el mío lo compré con el dinero de mi familia, así que te hubieras ahorrado el ofrecimiento.

— Tanto mejor que así sea.

— Es la verdad.

— Bien, bien, terminemos con esto, yo nunca quise ni he querido ni quiero nada de los Oriella, con mi trabajo he vivido y de él voy a seguir viviendo, no le debo nada a nadie.

— Las cosas en su sitio, y bien, ¿qué vas a hacer?.

— Marcharme inmediatamente después del entierro, no deseo permanecer por más tiempo en la ciudad, en esta ciudad.

— Es que tienes aquí, te la han enviado del Ayuntamiento, una invitación para la comida de los ministros...

— ¿Una comida en el día del entierro de mi hijo?, por favor, rompe esa tarjeta.

— Es que son los ministros.

— Como si es el Jefe del Estado en persona; me marcho, en el mismo cementerio, en un taxi, me voy de esta absurda ciudad.

— ¿Algo más desea el señor?.

— Quiero estar solo hasta la hora del funeral y la familia no recibe sigue vigente.

— ¿Qué dirán de la familia?.

— Eso pregúntaselo a la tuya, que no veo a nadie.

— Señora, el señor Alcalde al teléfono.

— Dígame, señor Alcalde, sí soy yo, muchas gracias, muy agradecida por todo, sí, está aquí pero ha dado orden de que no le moleste nadie y de que la familia no recibe; la hemos recibido sí, pero no podrá asistir porque tiene que partir urgentemente y después del sepelio se irá, no desea además estar en la recepción ni en la comida, es una pena, pero él es así; oh, señor Alcalde, yo no sé si debiera, ¿usted cree?, en fin si me lo pide como una cuestión de honor, bueno, pues asistiré encantada, habrá sus críticas pero iré, al fin y al cabo soy la única representante de la familia en toda la provincia, ¿en la presidencia?, como usted disponga, gracias, muchas gracias, señor Alcalde, una gran pérdida, ¡pobre ángel!, ¡pobre ángel mío!, hasta luego, hasta luego.

- Señor inventor, ¿no ha ido usted al entierro?.
- Primero ponme una lavativa y dejaros de bobadas que a mí no me gustan los muertos.
- Hombre, una autoridad científica e intelectual como usted, un alumno aventajado de D. Galito, tenía que estar presente con las autoridades, en destacado lugar, lo más cerca posible del obispo.
- Ya, ya, claro, claro, he pasado por delante de la catedral, mucha gente, pero mucha vigilancia, no me gustan los muertos.
- ¿Ha visto el Diario?.
- Lo que pone el Diario no es correcto, hay muchas más cosas de D. Galito que no vienen escritas y lo que no me gusta nada es el artículo del Cronista Oficial, mucha coba y en realidad parece que se alaba a sí mismo, que si la amistad entrañable, que la trayectoria de D. Galito, ¡una sulfatadora necesita ése!, ¡menudo puerro!, en fin, se fue al hoyo; el símbolo de esta ciudad no tenía que ser el puerro sino el pepino que todos nacen con la cabeza apepinada y se mueren emepinados, bah, ¡qué asco de vida!, otra lavativa para el cáncer de estómago; aquí de lo que se trata es de chupar, comer la sopa boba y le van a dejar sin inventos, sin patentes, a su tía ni un duro; y a comer de jeta, a llenar el papo como los conejos y el obrero al hoyo, el rico al

bollo y el tonto al hoyo; van a volver los cartagineses y no van a dejar a uno vivo.

— Y a la comida ¿habrá recibido la invitación expresa del Alcalde?, a que sí, a que se la han mandado, ¿no?.

— Un respeto con la ciencia, yo soy vegetariano y unicelular, por eso no bebo vino sino lavativas, ¿vos pensais que esto es el fruto de la vida?, el mucho tragar embota al cerebro, los más listos son los moros que no comen carne de cerdo sino de cerda, más apetitosa; ¿y el torero, dónde está el torero?.

— Pues en la comida, hoy viste de luces.

La lluvia arrecia y la tarde se hace lánguida en el Café, es un aburrimiento esto, oye, ¿y que no viene la tía de las narices?, llevo esperando un buen rato, hemos quedado aquí, como siempre, y nada, media hora más y si no me largo; qué, ¿no está de veta hoy el inventor?.

— Déjalo, lleva desde esta mañana en aquel rincón, desde la una y fíjate, ya son las ocho.

— Y ¿el otro?.

— Hoy tenía corrida, lo de los ministros en la Diputación; pues igual viene por aquí; míralo, ya está...

— Un saludo a toda la afición, danos y danos, ¡una de Pablo Romero! y ronda para todos que la pago yo, hoy ha sido una tarde de triunfo, ¡qué poderío! y hemos salido por la puerta grande,

más de trescientos, la flor y nata, hoy ha sido un toreo serio, ¡menuda ganadería! y aquí traigo el traje de luces, a ver si me lo puedes guardar hasta mañana o mejor dicho hasta el martes que van a venir a recogerlo, me lo ha prestado un maestro y hay que cumplir, creo que he salido en dos o tres fotos porque a mí me ha tocado la zona de la presidencia, un terreno peligroso pero ¡no ha pasado nada!, hoy nos han dado hasta el rabo y cuando la cartera canta, canta la alegría y se mueren las penas.

— Vaya, ahora llega.

— ¿Quién es esta soberana dama, jovencita y tan guapa?.

— Una amiga de aquí.

— Le voy a presentar a usted, maestro, a mi futura novia.

— Encantado y beso sus pies, otra cosa no puedo; que tome, que tome, que hoy invita el apoderado; tratamela bien, no te dispares que te conozco, que está en la flor de la vida, ay, qué estragos, madre.

— Eh, maestro, que el señor inventor también se ha tomado una lavativa a su salud, ¿se la cobro?.

— Danos y danos, ¡qué grande es París!, pero una sola, no vayamos a sentar un precedente.

El Diario, martes, 19 de mayo de 1970

A mediodía del domingo tuvo lugar en la Catedral el solemne funeral por el alma del ilustre convecino D. Galo Collanzo Grameo de Oriella, que había fallecido el pasado viernes de madrugada, tal como oportunamente dimos a conocer a nuestros lectores.

El féretro, en coche de gala y adornado con numerosas coronas de flores, partió del domicilio del finado a las doce menos cuarto exactamente llegando a la puerta de la fachada principal diez minutos más tarde. El Cabildo catedralicio y el señor obispo de la diócesis recibieron los restos mortales en el atrio e inmediatamente fue llevado el ataúd a hombros de miembros de la Corporación Municipal hasta el catafalco del altar mayor.

En el interior del templo ya esperaban en sus respectivos puestos las altas autoridades de la Nación, los gobernadores civil y militar, el Alcalde de la ciudad y demás representaciones de organismos culturales, científicos y políticos tanto nacionales como provinciales y locales así como los familiares del difunto, su benemérita tía materna, dama del Santo Velo, y el padre de D. Galito que llegó por fin a tiempo para asistir al entierro.

Ofició la santa misa de difuntos el señor obispo

de la diócesis acompañado por el deán, el canónigo de más edad y siete sacerdotes más, entre los que se encontraba el director espiritual de la familia. El coro de la Catedral entonó a los acordes del órgano la misa de Réquiem y desde el púlpito lateral del lado de la epístola, el párroco iba haciendo seguir la ceremonia a los fieles asistentes, que llenaban el recinto y las dos naves laterales. Pero quien pronunció la homilía fue el señor obispo en la que destacó la vida austera de D. Galito y su profunda dedicación al estudio, sus altas virtudes morales y cristianas y su modélica actuación como ciudadano. «Es un modelo a seguir —dijo— porque el conocimiento de las ciencias humanas acerca más a Dios». En otro punto de la predicación destacó con estas palabras la importancia del legado de D. Galito: «Se hace necesario un estudio crítico de su extensa obra para que la ciudad y la provincia puedan aprovechar, en lo que valga, los frutos de su nada despreciable inteligencia». Más adelante exclamó: «Una vida cortada a los treinta años no tiene por qué ser una vida gastada en balde». Se refirió igualmente el señor obispo a la obligación moral que tenía la ciudad y sus autoridades de contribuir con lo necesario para que la obra de D. Galito no se perdiera. «No sería justo que la ciudad en donde él vió la luz primera se dejara llevar por la desidia y por el olvido». Y añadió: «Ante el dolor que supone la pérdida de un ser querido, agravada por la pérdida de un hombre valioso para la sociedad, nos queda el consuelo

de la Casa del Padre en donde Galo habita ya con los bienaventurados».

Tras finalizar el sermón, el Alcalde de la ciudad dejó su vara sobre el féretro instantes después de ser cubierto con la bandera de la ciudad.

Llegada la hora de la Comunión, las autoridades encabezadas por los señores ministros, recibieron la santa hostia con recogimiento así como numeroso público. La anécdota de la ceremonia se centró en la negativa del padre de D. Galito a comulgar y, por un momento, las miradas de los presentes en la parte cercana al altar estuvieron posadas en su figura.

Finalizado el funeral de córpore insepulto, la comitiva fúnebre partió hacia el cementerio. Todas las autoridades acompañaron hasta el panteón de los Oriella a D. Galito. Del numeroso público, de la expectación suscitada por el fallecimiento del ilustre muerto, dan fe las fotografías de nuestro reportero gráfico. D. Galito ha sido el exponente máximo de la idiosincrasia de nuestra ciudad, una antiquísima urbe que tiene hoy en su hijo predilecto la gloria de los mejores, el orgullo de una raza y el dolor por su partida. Queda su obra grandiosa y el agradecimiento de todo un pueblo.

Descanse en paz D. Galito, como cariñosamente era conocido el ya ausente, y desde estas páginas nuestro condolido pésame a su familia.

En otro orden de cosas, la muerte de D. Galo Collanzo Grameo de Oriella ha supuesto un enor-

me beneficio para la ciudad y para la provincia. Después de los actos religiosos, las autoridades se reunieron en una comida de trabajo en los salones de la Diputación. El salón azul quedó desbordado ante los numerosos asistentes, más de trescientos, que hacían los honores a los señores ministros y demás autoridades. Representantes de los organismos provinciales y locales, de los pueblos de la provincia, expusieron sus problemas y cada ministro, uno a uno, fueron contestando a la demanda de ayudas. El señor Alcalde pronunció un vibrante discurso, arropado con su encendido verbo, en el que manifestó la gran pena que suponía la muerte de D. Galito —presente en la comida estaba su tía materna— y los proyectos inmediatos que la Corporación, que tan dignamente dirige, va a realizar. En las próximas fiestas patronales de julio, en la plaza Nueva, se descubrirá una estatua a tamaño natural de D. Galito y, según las promesas del señor ministro, será inaugurado el tan necesario segundo puente de la ciudad. Asimismo, se estima que en menos de tres años pueda estar funcionando la Universidad de la provincia que se ubicará en la zona cercana a Los Terrones.

Los señores ministros tomaron buena nota de lo expuesto y, a tenor de sus aclaraciones posteriores en la rueda de Prensa, se dará vía libre al proyectado pantano que desde hace dos décadas espera ser construido, lo cual beneficiaría en mucho y contribuiría a la riqueza de la pro-

vincia en el campo de la agricultura, base y fundamento de la economía de la región.

La jornada puede considerarse de muy positiva para los intereses provinciales y locales. Una jornada que ha tenido dos tiempos bien distintos: de marcado carácter luctuoso el uno con la inhumación de los restos mortales de D. Galito y el acto de descubrir la placa en la fachada de su casa así como las palabras pronunciadas por el Cronista Oficial de la ciudad, autor del epitafio, ante su tumba; y por otra parte, la grata velada de trabajo con los representantes del Gobierno.

Los señores ministros regresaron por carretera a última hora de la tarde con destino a sus obligaciones en la capital del Reino.

— Eso es todo lo que pone El Diario.

— ¿Y no dice nada de su padre?.

— Que estuvo en el entierro y nada más. Lo que dijo la tele ayer.

— ¿Fuiste al entierro tú?.

— Era un deber de ciudadano que trabaja en el departamento municipal. Pero además, yo sentía por este chico una cierta predilección. Una gran pérdida, ¡qué no hubiese sido de vivir treinta años más!.

— Pues a lo mejor se torcía.

— ¿D. Galito?, no, imposible; otra de chinchón y cóbrate.

— Pero ¿es verdad lo de los inventos?, porque aquí viene uno que dice que lo conoció mucho y que era su maestro, no, D. Galito; es uno que tendrá los cuarenta y tantos, que anda siempre contando cosas de descubrimientos e investigaciones, bueno, para los clientes es el señor inventor, bah, está como una cabra, no hila; a mí me contó una vez que desde que regresó de Bélgica o de por ahí, no se encontraba muy bien, que estaba de invalidez.

— Hombre, ¿no será?, claro, el mismo, pues mira, a partir del día uno va a cobrar la paga por eso, fue cosa del Alcalde que se molestó en ello, sí, sí, el Alcalde; ahora no sé qué relación pudo tener con D. Galito.

— Pues sabe cosas de él, dice cada retahila de inventos y esas cosas que parecen de verdad, no todos, algunos, porque lo de la bota voladora, o la galitina...

— ¿La qué?

— La galitina que le puso el nombre en honor a D. Galito; es la energía del futuro; eso es lo que dice.

— Hombre, un respeto.

— Eso es lo que dice; aquí se tiran por los suelos de risa.

— Sí, de risa; no comparemos, tú, lo serio es lo serio y la idiotez es la idiotez.

— Si quieres conocerlo, hacia la una viene todos los días y luego por las tardes, sobre las seis, vuelve; eso cuando no se pasa todo el día ahí sentado en la banqueta y tomando lavativas.

— ¿Qué?.

— Una lavativa, cada vez que quiere vino, pide una lavativa.

— ¿Y que era amigo y discípulo predilecto de D. Galito?, no, si ahora a D. Galito le van a salir amigos de la infancia, compañeros de estudio, hasta hijos, oye, ¡venga ya!, me voy a la oficina; déjalo para el bote.

Pasan los días sobre el calendario y ya no puedo acostumbrarme a no venir por aquí para ir a misa; ¿te das cuenta, mi Galito, ahí, en bronce, pero le han sacado más viejo, se le parece sí, pero en mayor, ¿verdad?

— Sí, señora.

— Ay, ¡cuánto le hecho de menos!

— Sí, señora.

— Como mi sobrino no volverá a nacer otro.

— Sí, señora.

— Déjate de tanto sí, señora;

— Es que si digo no, señora, se enfada usted y como últimamente no recibe, que está usted como si estuvieran los demonios en su cabeza...

— Los demonios no sé, pero que ya me están mareando los del Ayuntamiento también es verdad; claro, como al Alcalde, según los rumores lo van a cesar, porque cambia el Gobierno, pues claro, lo quiere todo; pues el caldero de la colada no se lo llevan; por ahí no paso; se han llevado todo, todo, como Galito firmó no sé qué, me han dejado desnuda, ni tan siquiera me han dado la mascarilla, mira tú que son, ¿qué me importa a mí el Museo Municipal o la Biblioteca Municipal D. Galo?, lo de mi sobrino tenía que ser mío, ni de su padre.

— Sí, señora.

— Anda, vámonos, que llegamos tarde a la iglesia; al venir hacemos otra parada; mira, ¡qué guapo está y qué arrogante!, lo que no me gusta es el sombrero, Galito nunca gastó sombrero.

— Señora, que es lo de los catedráticos.

— Es igual, ese sombrero no le cae bien.

La tertulia es hoy al aire libre y por lo que se ve no se ponen ustedes de acuerdo.

— A la escultura le falta movimiento y le sobra grandiosidad.

— Y este estanque de patos, sobra.

— Usted, señor Cronista, ¿qué opinión le merece?.

— Tiene empaque y desde luego el parecido es asombroso, no parece escultura, es su vivo retrato, D. Galito nos mira desde su alto pedestal y sólo le falta hablar.

— Exagera la nota, usted.

— Yo creo que la orientación de la cabeza tenía que estar un poco más hacia el Norte, hacia la Estrella Polar.

— Hombre, que entonces cara y posaderas estarían en el mismo hemisferio; lo que necesita la estatua es un tanto de aplomo.

— Plomo lleva, de eso no hay duda, es la única manera de que el templete no se venga abajo; plomo y mármol.

— En fin, que peores se han visto; tampoco la hizo Benlliure.

— ¡Si no resucita!.

— Para una ciudad como ésta, no cabe duda

de que es suficiente desde el punto de vista artístico, no es mala, ocupa el centro geométrico de la plaza y gracias a esta estatua no pasan los autos por aquí, así que, deberíamos estar agradecidos a D. Galito.

— Lo estamos; era un hombre intelectual.

— ¿Le costó mucho tiempo escribir el soneto, señor Cronista?

— No mucho, en una semana estaba listo para la estampa.

— Querrá decir usted para el mármol.

— Era una metáfora; pero estuve presente durante el esculpido para evitar erratas como me pasó con el epitafio; ha quedado perfecto y no me tomen a vanidad el hecho de la firma; no pude evitar los deseos del señor Alcalde.

— A mí me sigue la idea de este estanque, sobran los patos.

— Es provisional, pondrán jardines, en fin...

— Que pongan jardines y lo que quieran, pero o se hace un estanque en condiciones o no hay agua ni fuente porque lo que no admito es este bebedero de ánades.

— Hace bonito, adorna.

— Señores, que hay tiempo de mirar la estatua, ¿por qué no vamos a jugar una partidita de chameo?

En la noche otoñal, cuando ya las oscuras golondrinas han abandonado la ciudad, bajo este cielo titilante y ante todas las musas por testigo, queremos, nosotros, los provincianos mensajeros del futurismo literario...

- Quita, que sigo yo.
- Pues entonces súbete, ahí, eso, más arriba...
- ¿Por dónde ibas?.
- En literario.

Literario que fue tu anacreóntico destino, oh Galo, ay dolor, sobre estas ruinas ciudadanas, tú, el abstemio, tú, el casto varón sin mancilla, tú, la Biblia en verso; oye, que suba otro, que no estoy inspirado.

— Oye, vamos a hacerlo deprisa porque si aparecen los municipales, verás qué bien.

En verso envolviste tu mastodóntica cabeza y en verso por el anverso del inverso destino llega hoy a nosotros tu estela del Olimpo; salve, oh Galo, morituri te salutam, y ya que el cálamo corriente es calato para siempre desde que tu ausencia nos aflige, levanto esta botella de vino y brindo por la coronación de los helios silbantes y que tu gloria áurea ponga su soplo genial en nuestro desdichado perineo.

Levantemos las copas de la abundancia, oh her-

manos, y ante la estatua viva del prócer, mead,
mead con beatitud.

— Meo ergo sum.

— Yo meo y me meo y me derramo sobre el
marmóreo sonetón que al cielo clama.

— Yo orino dulcemente sobre tus plantas, oh
Galo, ya que sobre tu cabeza no alcanza la
parábola.

— Yo me vuelvo a mear sobre todas las esta-
tuas del cosmos.

— Y se acabó el orinatorio.

¡Oh dulce vecino de la verde selva!

- Niña, que te llaman por teléfono.
- Ya era hora; yo también tengo que estudiar; ¿en D. Galito a las seis?; pues hasta luego.
- ¿Quién era?.
- Un amigo, mamá.
- Y ¿qué clase de amigo?.
- Pues uno, qué más da.
- ¿Cómo que qué más da?.
- Pues un compañero de clase, mamá. No pasa nada.
- No pasa nada hasta que pasa.
- Si lo que te preocupa es saber si sigo virgen pues sí, tu hija menor sigue virgen.
- Ay, cómo sois las chicas de hoy, Virgen Santa.
- Bueno, me marchó, hasta luego; adiós abuelito.
- ¿A dónde va la niña si hoy no es domingo ni fiesta?.
- De paseo, abuelo, de paseo.
- ¿Y la dejas, sola?.
- Mire usted, querido suegro, ya tengo bastantes problemas todos los días como para que usted me los aumente.

— Vaya, ya no puede uno ni preocuparse por los nietos.

— Ha quedado en D. Galito con un amigo.

— ¿En D. Galito?

— Sí, en la plaza Nueva, donde la estatua de D. Galito.

— Así que ahora, la gente se cita en D. Galito... ¡qué horror y qué desgracia!, bien decían los chinos que el número de tontos supera al de las estrellas.

— ¿Qué tiene de malo citarse allí?, porque se citan los novios, las criadas, los soldados, las amas de casa, los que vienen del pueblo, en fin, los amigos, yo misma me he citado alguna vez en D. Galito.

— No, si ya digo que no hay remedio.

— Abuelo, son otros tiempos ¿en dónde tenía usted la cita cuando era joven?

— Cuando yo era joven las citas eran en lugares razonables.

— ¿Y D. Galito no es razonable?

— Ni era razonable en vida ni tampoco ahora; esa estatua es horrible y es la vergüenza de la ciudad; con decirte que desde que la inauguraron, yo no he vuelto a pasar por allí, prefiero dar un rodeo pero el hijo de mi padre no se cruza con un energúmeno y con la efigie de un energúmeno, ¡hasta ahí podíamos llegar!.

— Es que a usted nunca le cayó bien D. Galito.

— Reitero lo de energúmeno y menos mal que ya no se habla de él, nadie escribe nada sobre él, anda que el libro del Cronista se ha lucido, si lo leen en el Vaticano lo hacen santo, lo canonizan, a D. Galito, San Galito; pero nadie se acuerda de D. Galito, ahora D. Galito es un lugar de cita, como un banco, un árbol o una esquina; en fin, ¡que al día siguiente del entierro, diez minutos de televisión hablando de él!, ¡ni que fuera capitán general!

— Eso da fama a la ciudad.

— Sí, fama de energúmenos.

— Bueno, pues a mí me gustó.

— Ya, ya, dentro de unos meses igual hasta derriban la estatua y de lo cual me alegraré infinito.

— ¡Qué cosas dice!

— ¿No derribaron la estatua ecuestre de mi antepasado en Lima?

— Porque no era de allí; y D. Galito es de aquí, de su ciudad.

— Sí, de las nubes; bueno me voy un rato al Círculo.

— Abríguese, que luego vienen los catarros.

— ¡Catarros ni puñetas!, el día menos pensado me cargo yo la estatua; de un cañonazo.

En consideración a mis pacientes méritos y dado que llevo más, una y otra son dos, dos horas esperando a que hables, creo que estoy en el derecho de inquirir tu respuesta para saber si quieres parlamentar o no; te has cruzado en mi camino y por muy grande que parezcas, no te fíes, que yo no soy manco; ¿no te da vergüenza llevar ese gorrito como los niños tontos de la clase que los castigan de burro?, ¿no te da vergüenza tener la ropa y la cara con cagadas de paloma?, oye, ¿por qué te has pintado de verde?, un poco raro tú, desconocido y nocturno peatón, pero por mi madre que yo a ti te hago hablar o me dices por señas que eres sordomudo o te hago hablar, así que la señita, venga...

— Señor, ¿no se da cuenta de que es una estatua?.

— Sí y ¿qué?.

— Pues que las estatuas no hablan.

— Eso también lo sé.

— ¿Pues qué hace usted ahí como si hablara con ella?.

— Eso es lo que intento, que hable.

— Vaya a dormirla que la noche es larga.

— Pues si la noche es larga, ya hablará.

— Que eso es bronce y el bronce no habla.

- Que ya lo sé pero, ¿y si habla?.
- Vete a la porra, encima que uno quiere ayudar...
- Y tú, la mierda, a la mierda.
- No me insulte.
- ¿Quién insulta?, soy un ciudadano que intenta un nuevo orden de cosas y hoy se me ha metido en la cabeza de que esta estatua puede hablar, yo no le he pedido a usted absolutamente nada y me ha llamado borracho muy sutilmente...
- Lo que es, como una cuba. Ahí se queda.
- Exacto, aquí nos quedamos los dos y repito que me estoy cansando de esperar, así que háblame, seas quien seas, Napoleón o Franco o El Cid Campeador, hazme la seña ya está, te dejo en paz y me voy a mi casa, lo que no puedo hacer es estar toda la noche en vela esperando tu respuesta, tu linda voz, y vuelvo a recordarte que no soy manco, enciendo otro cigarrillo y antes de que me lo fume, por favor, háblame.
- Pero ¿no ve que es una estatua?.
- Claro, que lo veo.
- Pues ande, no haga el tonto.
- Tonto, lo que se dice tonto, yo no hago ningún tonto.

— Hay que saber mear lo que se bebe, amigo. Que usted lo hable bien.

— Eso es verdad, hay que saber mear lo que se bebe y por lo tanto pues a mear, toma bebida por no decir ni una palabra; y me voy pero volveré, tú hablarás aunque tardes cien años en hacerlo, por mis huesos que sí. ¡Arená, arena, vecinos, arená!, ¡Viva la República!

— Doy clases en un Instituto de Invención. ¿Qué es lo que inventa?

— Hace tiempo que lo perdí de vista, si no está por aquí, pregúntale a un familiar suyo y a sus amigos un adivinator y adivine que no falta nada que inventa muy bien en la vida.

— ¿Y cómo con los inventos? por supuesto que sí.

— Segura, gente así gente y figura hasta la sepultura.

— ¿Y el trabajo?

— Está colocado en el Circulo, lo va muy bien, a menos pracion vale a tomar algo allí que se va

El mostrador de cinc va perdiendo brillo por el uso y ya no son los mismos clientes los que entran, unos se van, se marchan de la ciudad para no volver y otros, atraídos por los nuevos establecimientos, más modernos, que el viejo Café, dejan en taciturna espera al camarero, a la dueña ya cansada por los años; sólo algunos, movidos por la amistad, se acercan al Café para revivir tiempos ya lejanos que tampoco volverán, eso es lo que pasa ahora aquí, poco trabajo y para ir tirando, se acabó la época dorada, ya no vienen inventores, toreros, poetas, gente de oficina, juventud y estudiantes; la vida vuela, amigo mío, ¿dónde estás ahora?.

— Doy clases en un Instituto de Barcelona; oye, ¿qué es del inventor?.

— Hace tiempo que lo perdí de vista, al no venir por aquí, pregunté a un familiar suyo y me dijo que estaba muy enfermo y que no salía de casa sino muy de tarde en tarde.

— ¿Y sigue con los inventos?, nos partíamos de risa.

— Seguirá, gente así genio y figura hasta la sepultura.

— ¿Y el torero?.

— Está colocado en el Círculo, le va muy bien, si tienes ocasión vete a tomar algo allí que se va

a alegrar, algún día pasa un rato conmigo y, hombre claro, ¡Pablo Romero y danos y danos!.

— Ah, qué tiempos.

— Bueno, hace ya tres años largos que no te veo y quieras que no, la vida cambia o nos cambia; nunca sucede igual que antes; estamos más viejos.

— Mira que pasábamos la tarde con poco dinero y qué juergas.

— Pues sí, sí, el señor inventor está muy mal; oye ¿te casaste?.

— No, todavía no, pero igual el año que viene voy derecho al matrimonio.

— Eso es bueno, no va a estar uno siempre solitario por ahí.

— Menuda estatua han hecho en la plaza Nueva, ¿se han pasado no?.

— Hombre, viste a la ciudad un poco, la adorna, al menos no pasan los coches por allí porque esto es un caos, no hay en dónde aparcar.

— Pues de Galo Collanzo, fuera de la ciudad, no lo conoce ni, bueno, nadie.

— Aquí hacemos las cosas de tal guisa.

— Se han pasado, se han pasado, la estatua es un poco ridícula, demasiado grande, parece un ciclope y la verdad es que D. Galito en fin, tampoco es para tanto: una cabeza, una simple ca-

beza en el parque, un detallito, la placa, pero nada más, es que la ciudad es de D. Galito, ¡ostras!, hasta el puente se llama puente D. Galo.

— Pues como si no hubiera existido, antes El Diario, la radio, la gente, todo el mundo hablaba de D. Galito y hasta el Cronista editó una biografía de él, pero dicen que es muy mala, yo no entiendo mucho de esas cosas, pero a mí me parece que D. Galito tendría algo bueno, ¿no?

— Bueno, su obra literaria es un puerro, a excepción del libro de poemas, el primero, el Sol está delante de las hojas, que escribió evidentemente mucho antes de aprenderse de memoria el Casares, lo demás no vale nada, es alguien que como maneja un léxico amplísimo pues te escribe de todo, pero a sus obras le faltan el chispacito de la gracia, son obras del montón y nada más porque no se venden en ningún sitio, D. Galito venga a editar pero pagándose él las ediciones de su propio bolsillo y sin ninguna transcendencia; yo ignoro de dónde sacaba el dinero porque D. Galito no ha ganado ni una peseta con sus libros y mucho menos con la cantidad de patentes que registró; hubo una temporada que por algún artículo le daban algo o por la cantidad de crucigramas que creaba; a mí me parece que arruinó a su tía después de agotar la herencia de su madre; sólo en materiales tenía un presupuesto altísimo y total para nada, porque dicen que sus inventos salen más caros que no sirven; yo en química y electrónica y en física

estoy poco puesto y no sabría decir pero es raro que nadie, absolutamente nadie tenga en cuenta su obra, abrumadora obra.

— Es verdad, de hace tres años a hoy, nada.

— Ha sido una manía del Alcalde anterior, que se montó lo del genio provincial y, bueno, ¡qué entierro!, logró que vinieran tres ministros aunque esos tenían que venir tarde o temprano.

— Pues la estatua le salió gratis.

— ¿Sí?

— El escultor no cobró nada y la fundición la pagó la ciudad, así que ¡menudo lince era el Alcalde de antes!

— Lo que no entiendo es la manía municipal de la grandiosidad de esa estatua.

— Se hizo como quiso el Alcalde, claro.

— Es un puerro.

— Pues la gente, ya sabes, te espero en D. Galito, como si fuera un restaurante.

— Un puerro, bueno, aún tenemos lo del puerro de oro y de plata y de bronce para los ciudadanos ilustres, es el símbolo de esta ciudad hortera y provinciana, ¡y qué monumento al puerro! no me extraña que la estatua de D. Galito sea horrorosa, vamos es que ni decorativa.

— ¿Sabes quién se casó?

— Quién.

— La rubita, la que te decía el torero que no se la destrozaras.

— Hombre, me alegro por ella y por él, se lleva a una buena muchacha.

— ¿Quieres otro?.

— No, collons, aquí seguís con la costumbre; me marchó; ya vendré a verte antes de irme de nuevo, a finales de agosto o principios de septiembre, ahora tengo un viaje a Turquía, ya sabes, ¡hay que conocer mundo!.

— Ten cuidado con los espías.

— ¡Estamos rodeados!.

El Pleno de hoy tiene una importancia trascendental para la ciudad y espero que tanto ustedes como yo salgamos airoso de la difícil prueba, de la difícilísima aventura que vamos a emprender; la ciudad necesita un aparcamiento subterráneo y hay que buscar el sitio, hay que buscar el terreno apropiado; tengo aquí, señor Secretario puede usted leerlo, el informe de la comisión de urbanismo y del colegio de arquitectos; como pueden apreciar por el estudio de los técnicos, el lugar idóneo es la plaza Nueva, por su situación lejos del río, por la clase de tierra que existe en el subsuelo, por la ausencia de tal y cual, ahí lo tienen delante; en definitiva, si la ciudad necesita paliar un poco, que se note, el caos circulatorio y en vista de que hoy por hoy no existe método o sistema para solucionar nada a no ser el proyecto de la plaza Nueva, espero, señores, vuestro criterio y vamos a ver qué es lo que pasa.

— Creo que la visión técnica de conservar la parte vieja de la ciudad, que es una inmundicia, con los edificios arruinados, con la gente que vive allí en malas condiciones, en fin, yo vería mejor el tirar un bloque de tales edificios y hacer una plaza y aparcamientos.

La idea no es mala pero ¿qué tráfico hay por esas calles de la parte vieja?, ¿quién iría a dejar

su coche aparcado tan lejos del centro de la ciudad?.

— ¿Y si clausuramos el campo de fútbol Los Terrones y hacemos allí los aparcamientos?, el campo de fútbol se ha quedado prácticamente a un tiro de piedra del centro; este Ayuntamiento es el único propietario de Los Terrones, pues nada, se hace otro campo en otro sitio y en Los Terrones lo que necesita la ciudad y además daría mucha vida a aquella zona.

— Si clausuramos el campo, la gente nos quema el Ayuntamiento.

— Pero hacemos otro campo.

— Esa idea me parece mejor.

— Además el equipo no a subir ni a segunda, o sea, que los sueños de subir a primera y todos aquellos cuentos, por favor que se vayan olvidando.

— Bueno, llevamos mucho tiempo reunidos y como no se aclara mucho la cosa, ¿les parece bien dejar el asunto para el próximo Pleno?. Vale, así estará todo mejor pensado.

— Señor Secretario, saque la mascarilla de D. Galito del Museo Municipal y envíesela a su tía materna que es donde tiene que estar, vamos a ver si nos ponemos serios y dejamos de ser ridículos porque los que vienen a visitar el Museo, sobre todo si son de fuera, extranjeros, confunden la mascarilla de D. Galito con una pieza

de la época de los romanos, la mascarilla de Octavio Augusto o así y la verdad, no es para tanto. ¡Fuera la mascarilla!.

— Señor Alcalde, le esperan los de Obras y Urbanismo.

— Cuando estén todos y no falte nadie, me llama entonces usted y me anuncia.

— Con su permiso.

— No, no se vaya aún.

— Mande usted.

— Haga el favor de dar aviso al ingeniero municipal y que se pase por Obras y Urbanismo sin excusa.

— Alguna cosa más.

— Nada más, cuando estén todos ya sabe. A ver, pasa, qué te ocurre, solos vamos a estar.

— Resulta que no ha habido expropiación forzosa y habéis tomado la finca de al lado y habíamos quedado que fuese la mía.

— Es cierto que no va a ver expropiación pero también es cierto que no se ha dicho la última palabra, pero no te preocupes que este Ayuntamiento optará por la tuya, que además es la mejor. ¿Cuánto, no sé, pero un buen pico? Ah, eso sí que no, yo no me quedo ni con una peseta, bastante hago con optar por tu terreno; sabes que siempre he obrado así.

— Si quisieras te forrarías de billetes.

— Lo siento, yo no. A mí nadie podrá decirme que me beneficio con la alcaldía, de o por estar en la alcaldía.

A última hora ha surgido una pega y es que, si el aparcamiento subterráneo de la plaza Nueva se realiza, habrá que retirar la estatua de Grameo de Oriella del lugar que ocupa ahora y por supuesto colocarla en cualquier sitio pero no en todo el recinto de dicha plaza, la plaza ha de quedar absolutamente libre.

— Pues esto es un panorama; yo os digo la verdad, por mí que la estatua se funda y se invite al vecindario que aportó lo suyo a una gran comida o algo parecido, pero en fin, habrá que llevar la cuestión al próximo Pleno.

— El sitio idóneo, no hay otro, es la plaza Nueva. Si el aparcamiento se hace tiene que ser ahí y precisamente ahí, y no hay posibilidad de salvar la estatua.

— ¿Y dónde la ponemos?, ¿en qué lugar la coloco?.

- A la entrada del campo de fútbol.
- En la estación del ferrocarril.
- No sé.
- Me da lo mismo.
- Por mí que la tiren al río.
- O que la fundan como dice el señor Alcalde.
- La papeleta que se viene encima.

— Y ¿por qué no la coloca usted en el puente Nuevo?.

— ¿En el puente Nuevo?, hombre, pues no está mal esa idea; podría ubicarse a la entrada, en la otra parte del río y además querían poner allí un monolito, algo que sirviera de parachoques para los que tuvieran la mala fortuna de salirse del trazado y acaso ir a parar al río; me gusta, creo que es muy buena solución.

— ¿Lo va a proponer usted?.

— Sí, voy a intentar que se haga.

— Comencemos de nuevo, por partes, a mano alzada. Como está visto que me dejais la peor castaña, voy a dar por hecho el aparcamiento en la plaza Nueva, que ahí sí que estamos todos de acuerdo, pues bien, la estatua de D. Galo Collanzo Grameo de Oriella se trasladará, por razones obvias, a la entrada del puente Nuevo.

— Creo que es una barbaridad.

— Nos van a decir maniáticos.

— Va a pasar con las estatuas como con los rótulos de las calles.

— Yo veo bien la estatua como está.

— ¿Y dónde hacemos el aparcamiento?

— Pues no se hace.

Eso sí que no, el aparcamiento se hace en la plaza Nueva porque la ciudad no dispone de otro terreno que ofrezca las máximas garantías de seguridad y de todo tipo y como resulta que para ello hay que retirar la estatua, ésta se retira a otro lugar y aquí no ha pasado nada.

— Yo no estoy de acuerdo.

— ¿Alguien más no está de acuerdo?

— Es que la gente va a criticarnos y nos van a decir que echamos por tierra los desvelos del Alcalde anterior y que si la envidia y que si tal y si cual.

- Hombre, que tampoco es eso.
- La gente es muy mala.
- Lo que no pueden ser como la gente son los concejales de este Ayuntamiento que me honro en presidir; la estatua se retira y sin romper ni una pieza del templete, se vuelve a inaugurar en su nuevo sitio y la gente no va a decir nada, la gente verá cómo por fin pueden aparcar sus automóviles.
- Es que D. Galito ya sabe que era muy popular.
- ¿Popular?. Eso, era.
- Nadie se acuerda de él.
- ¡Si parece que se ha muerto hace treinta años!.
- El panteón de los Oriella, es verdad, está poco cuidado.
- ¡Si su tía materna, que es la única familia que le queda, sube al cementerio una vez al año por Todos los Santos!.
- Bueno, al asunto que nos atañe.
- Yo creo que no.
- Que no se debe colocar la estatua en el puente.
- Pues ¿dónde?.
- En ningún sitio.

— Fue por suscripción popular y eso traerá problemas.

— ¡Y tantos!

— Aquí el que tiene que inclinar la balanza a un lado o a otro es el señor Alcalde-Presidente.

— Bueno, ¿que os parece si hacemos como Salomón y partimos en dos la estatua?

— ¿Cómo?

— Primer punto: el aparcamiento subterráneo estará ubicado en la plaza Nueva; segundo punto: la estatua de marras sería retirada por razones de seguridad de la citada plaza; tercer punto: sólomente la cabeza de la estatua será colocada por ejemplo en los jardines del Ayuntamiento y cuarto punto: el resto de la estatua será empleado en reconstruir el quiosco o templete de la plaza Antigua, ¿os parece?

— ¿Y el soneto del Cronista?

— Que se lo lleve si quiere a su casa o bien en pequeño formato sea puesto debajo de la cabeza de Grameo de Oriella.

— Me parece magnífica la idea, señor Alcalde.

— Apoyo también.

— Todos estamos de acuerdo.

— Bueno, por fin, se ha decidido el Pleno.

— Otra cosa, ¿y a la gente qué?

— Al vecindario se le dicen las razones y no pasará nada.

— ¿Para cuándo?

— Eso ya depende de otros; pero en fin, calculo que algo más de un año, ojalá pueda ser antes: el caso es que quede bien.

— Dentro de un año y tres meses son las fiestas patronales.

— A ver si es verdad que lo tenemos ese día.

— Abuelo, abuelo, ¡se han llevado en un camión a D. Galito!.

— Pero ¿qué dices, qué dices?.

— Que ha llegado una grúa y un camión y han retirado la estatua de la plaza Nueva.

— No me lo creo.

— Que es verdad, mamá.

— Ya lo decía yo, no podía seguir así la cosa, pues mira, me gusta este Alcalde.

— A mí no me gustan nada los cambios.

— Pues a mí sí, si no hubiera cambios no progresaría el mundo.

— Pues sí que usted ha cambiado y cambia ¿no?.

— Me refiero al cambio que la sociedad o una parte de ella da a partir de una circunstancia dada y se alza a otra posición más lógica, es decir, para mí esta ciudad ha cambiado en algún punto cuando ha dejado de pertenecer y de permanecer en las tinieblas de la ridiculez y del horroterismo y ha saltado a la luz de la razón.

— ¿También tú dices hortera, abuelo?.

— En algo se ha de notar que los años nos hacen cambiar; todas las generaciones poseen los mismos defectos y virtudes, la nuestra al hor-

terismo vuestro lo llamaba chabacanismo, algo chabacano, es decir, algo no de calidad.

— Pues la he visto, volando por la plaza.

— Voy a enterarme de si por fin la retiran definitivamente.

— Usted siempre encizañando.

— Yo solamente voy a efectuar una llamada telefónica.

— A saber con quién.

— Con quien a mí me da la gana, por favor, quiero tener una conversación privada.

— Eres tú, bien, muy bien todos; entendido, sí, bueno, al menos... quería saber lo de la estatua... ¿cómo?, o sea que le cortan el cuello, vamos, ah, Señor, no somos nadie, que se mejore su señora.

— ¿Con quién hablaste, abuelo?.

— Con un señor del Ayuntamiento de esta ciudad.

— ¿Y qué te dijo?.

— A. D. Galito le cortarán la cabeza, antes tenía más motivos, y se la colocarán en los jardines del Ayuntamiento sobre un pequeño pedestal.

— ¿Y la estatua?.

— ¿Cómo que la estatua?.

— Sí, ¿a dónde se llevan la estatua?

— Ah, es que no te entendía, la fundirán para reconstruir el quiosco antiguo de los músicos.

— ¿Y por qué nos quedamos sin estatua?

— Razones que comprenderás cuando seas una persona mayor; a veces la vanidad humana nos lleva a la contradicción con la razón; esa estatua no podía permanecer ni un segundo más porque era el inri que esta ciudad llevaba encima; menos mal que han sido juiciosos en el Ayuntamiento y se la llevaron pero aún no estoy yo contento ni satisfecho del todo; la han retirado pero por el aparcamiento subterráneo que van a construir, ya decía yo que era mucho y bueno tanta alegría; mira, querido nieto, tu antepasado el virrey siempre dividía a las personas en dos clases, los tontos y los listos; por cuestiones que ahora no vienen al caso, aquí la clase dominante es la tonta y debido a eso no nos puede extrañar ni coger de sorpresa hechos como los de la estatua y otros que no mento para no revolver en el pasado.

— Abuelo, ¿tú de qué clase eres, de los tontos o de los listos?

— ¡Qué cosas se te ocurren!

— Anda, contesta.

— Pues, vamos a ver, tu abuelo está en la clase de los listos por méritos propios y no por enchufes más o menos disimulados, pero, y escúchalo bien, alguna vez se hace el tonto porque

no es conveniente ir siempre de listo por la vida.

— Abuelo, D. Galito ¿dónde estaba, en los tontos o en los listos?

— Sin dudar, en los tontos y alguna vez que otra se hacía el listo.

— O sea, al revés que tú.

— Más o menos.

— Y ¿yo, abuelo?

— Tú siempre estarás en el lado de tu abuelo porque eres el más listo.

— ¿Y papá?

— También.

— ¿Y mamá?

— Vale, no me atosigues.

— Señora, al teléfono, el padre espiritual.

— Dígame usted, soy toda oídos; ¿es posible?, sí, resignación, ya estoy un poco ahíta de resignación, es que, padre, ¿sabe lo que me queda de mi Galito?, pues la mascarilla que le hicieron al cadáver; nada más; se lo llevaron todo, si no unos, otros; pero yo no he visto ni una peseta; ¿el bien de la comunidad?, padre, que estoy arruinada, lo justo para vivir, todo el dinero de mi hermana y el mío propio se ha ido con D. Galito, no resisto más, no hay derecho; ha sido bochornoso, me enviaron del Ayuntamiento un cajón, un bulto, como si fueran bombones, con la mascarilla; y ¿qué consuelo me puede dar la mascarilla?, no me queda nada, ni las cartas, en esta casa como si no hubiera estado Galito; ¿el piso?, el piso está en venta hace por lo menos dos años y nadie lo compra, me veo en una situación angustiosa, he pedido ayuda a mi familia pero no me han contestado; es una angustia tremenda; no basta con la fe, padre, no basta; ¡cómo han cambiado las cosas en sólo tres años!; cuando quiera, sí, muy desconsolada, ¡y a mi edad!.

— Señora, no llore usted así.

— No puedo, no puedo, ahora resulta que lo poco que dejaron de la estatua de Galito, se lo han llevado; esta misma tarde, a primeras horas de la noche, se han llevado la cabeza de Galito, han dejado unos hierros y el pedestal, su cabeza

de bronce antiguo ha desaparecido, o sea, que la han robado; no hace ni una hora.

— Señora, ¿cómo es posible?

— ¡Qué razón tenía su padre!, de nada ha servido, Galito, mi ángel, es un perfecto desconocido en su ciudad porque le han hecho de todo y sin escrúpulos; ay si yo sé esto, ¡qué distintas serían las cosas!, así es como paga la ciudad a mi sobrino, al más inteligente de todos porque nadie ha sido capaz, nadie ha conseguido hasta ahora hacer lo que él hizo; al principio todo eran parabienes, hasta el Alcalde se sentía orgulloso y maravillado de sus trabajos; no, esto no me vuelve a mi a pasar, ay, Virgen del Pilar, ¿por qué, por qué?

— No me asuste, señora, no me asuste, que ¿a dónde voy a ir yo sin usted?, señora, cálmese, ¿quiere que llame al médico?

— Estoy perfectamente, lo que yo necesito es treinta años menos y ya veríamos quién se iba a reír de una Oriella; ay, Galito, si tú vieras esto, es como si no hubieras existido, mi ángel; te han abandonado todos, Señor, Señor, ¡qué injusticia!

— Señora, que usted me asusta.

— Pues no te asustes, márcame el teléfono del señor Alcalde.

— Ahora no hay nadie en el Ayuntamiento.

— Pues el de su casa.

— Señora, cuál es el apellido, sí ahora mismo.

— Le va a hablar la señora, un momento, señor Alcalde, por favor.

— Buenas noches, Alcalde, ¿estará usted enterado del sacrilegio que hace una hora se ha cometido en la ciudad?, no quiero sentimientos de condolencia, que ya he tenido muchos a lo largo de mi vida, lo que quiero es justicia, justicia para mi sobrino que ha sido lo más grande de esta ciudad y al cabo de tres años no ha servido de nada; justicia divina, señor Alcalde; no me sirven lamentaciones, no, desde hace algún tiempo, que coincide cuando usted tomó la vara, parece que todo se vuelve en contra de mi sobrino, no sólo no les bastó desfenestrar su estatua sino que ahora ya ni la cabeza, pues sepa que no, que no lo siento, y desde este momento no daré más facilidades para que se luzcan otros; ustedes tienen la culpa, ustedes que nunca ha admitido a mi sobrino, que yo le conozco, aquí solamente se trata de figurar; pues cuelgue usted, que estoy acostumbrada a los sufrimientos, sí, sí, adiós.

— Señora, está usted sudando.

— Sudo bilis.

— ¿Le preparo algo?.

— Ay, ¡si pudieras hacer las maletas!.

El Diario, viernes, 23 de noviembre de 1973

A primeras horas de la noche de ayer, jueves, unos desconocidos se llevaron la cabeza en bronce de D. Galo Collanzo Grameo de Oriella, fallecido en mayo de hace tres años a causa de una embolia cerebral.

Según datos facilitados por la policía, se desconocen los motivos de tan condenable suceso y la identidad de sus autores. Puestos al habla con la tía materna del conocido hijo ilustre de la ciudad, no pudo hacer declaraciones a nuestro periódico debido al fuerte impacto que le produjo el lamentable hecho.

Estamos seguros de que la autoridad competente tomará medidas oportunas en evitación de nuevos hechos como el precedente y se ponga de manifiesto que la paz pública en nuestra ciudad ha de ser un bien común y una batalla ganada a los desaprensivos de toda laya y condición.

No hay flores en tu tumba, Galo, ha desaparecido tu rastro de esta ciudad; mi andar es lento, es lento y dubitativo por las calles, he vuelto de la noche sin haberla dormido como un héroe sin laurel y, tal si fuera un niño, con inocencia y alegría, como si todo hubiese sido una comedia y no un drama, aquí estoy, sin principio ni término por las calles abstractas, acunado por la lluvia, tan cerca de tu mármol helado y susurrando una antigua canción sin esfuerzo alguno;

es la certidumbre de la gran adivinación, de alguien que recogiendo su propia indignidad, limpia, exacta, remendado de maravilloso entregamiento, retoma el camino y, con la frialdad de cierto masoquismo, vuelve a su origen, vuelve a sí mismo y contempla otra vez la fría mirada del silencio;

la noche sin límites, la calle borrosa, esta lluvia afanada, quiero librarme de aquellos monstruosos ululantes que guiñaban sus ojos espantosos en actitud maldita; ¿es posible, hijo, que la maldición haya lanzado su último aullido mecánico, viciosa y reluciente bajo la lluvia?

el hombre coronado que resultó ser mi hijo, famoso intelectual venido a menos, ya no tiene asegurada en su cráneo la llamativa corona de papel y, ducho en las afinaciones del intelecto, ya no suelta su monólogo incoherente;

yo no estoy aquí, hijo mío, montando un febril paso de teatro y abato la cabeza en señal de un cierto desaliento; todo lo que amo en el mundo está aquí y hasta aquí he llegado no sé si definitivamente pero sí por una buena temporada, ajeno a la profesión y a su irresistible contagio;

tus despojos, hijo, sólidamente afirmados en una herrumbrosa nostalgia, se yerguen ante mí inconfesables; confieso haber padecido la furia invisible de la impotencia suprema, jamás el peso naciente de la hermosura levantaba todavía el clamor de la prudencia y tu madre, cercada en lentos giros, parecía una flamante emoción que no sabía si odiar por conocida o conocer porque la amaba; yo evoco ahora una enigmática figura de mujer que en su día produjo súbitamente la irrupción magnífica;

por la cercanía del júbilo, una voz clama insaciable; ya no importa lo que la ciudad espera que le tributes porque guarda un estudiado silencio ante los lamentos armosiosos de tu ausencia;

sin embargo, hijo mío, mis ojos descubren ahora su oficio verdadero.

Enriquecidos por este recíproco cautiverio, deja que me quede y contemple el hueco sobre el pedestal, te han convertido en bronce puro, ya estás en posesión de todos los rostros; resignadamente quizás, aguardo el aniquilamiento pero yo no me voy a ir de ti, a huir de ti, con recordar tu infancia borro tu gesto de la escena; inútil es decir,

en la vulgar y pedestre ciudad, la ciencia de los números del amor,

sí, cuñada, no vas a preocuparte por nada, aquí está su padre como una rama añeja evadida de la muerte,

— el destino, cuñado, que entre admirada y confundida no creo en este mundo

— márchate también, que la poza de los Oriella se anegue de aire, dejadme todos a solas con el recuerdo de mi hijo.

Y aquí estoy, solo, absolutamente solo, muy viejo, Galo, en la ciudad que odio, en la ciudad que ha robado la felicidad de nosotros dos;

esta tarde de lluvia, camino a lo largo de los jardines, no se disipa la niebla y siento que me convierto en un juego de sombras como si tomara en mis brazos una dulzura inalcanzable; en la ciudad, tú y yo, como dos sonámbulos.

Resulta una fiel imagen de la existencia el que los dos llegáramos al borde de la más ingrátida vertical del aniquilamiento;

Yo me escapé de tu entierro, hijo mío, no pude contener el impulso de este declive esperpéntico que supuso los últimos minutos, y allí dejé aquella mojiganga, años largos de resistencia en la otra parte del mundo;

demasiado para un hombre, demasiado, hijo mío.

Pero he venido dispuesto a llegar al final, tú no conociste otras tierras, otros horizontes que tu mesa de trabajo, ay, Galo, si el mundo no fuera más que el aliento de los sabios, de los que crean ilusiones entre los más débiles, si el mundo solamente girara bajo el control de la ciencia, entonces ni tú ni yo hubiésemos nacido, porque tú has tomado del mundo lo más fácil; eras un niño y te has muerto siendo un niño, y ahora que lo pienso tu padre tampoco ha dejado de ser un niño que nunca lloró hasta que tú te fuiste.

La soledad a veces es un masaje de esperanza, ya no queda esperanza, porque hoy, en esta tarde húmeda, muy a pesar mío, contemplo tu rostro aplastado en la calle, me voy a morir de ver tu rostro aplastado en la calle, entre la lluvia otoñal, víspera de invierno, mientras el viento sopla sobre tu olvido, mientras caen sobre esta ciudad todas las maldiciones del universo, que nadie obtiene felicidad sin los sordos vaticinios de la desesperación.

Cuenta, hijo mío, los años y no temas porque sólo el olvido acecha tus huesos, cuando fuiste una estatua de una tarde de lluvia ligeramente quebradiza.

Con
del Excelentísimo Ayuntamiento
de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Logroño
capital de La Rioja
auspicio
tasado según ley en doscientos de a mil de vellón
a cambio de un único ejemplar
firmado a puño y letra por el escritor
y dedicado
a tan benemérita Casa

EL GRONNO
POSTRIDIE IDUS MARTII
MCMLXXXIII

en el soneto apenas dicho entre amigos, en la corta novela inconclusa, condenada desde ya al oscuro polvo de la nada...).

Y Roberto surge. Y Roberto se levanta. Y Roberto toma el camino de su vida, lleno de cantos rodados, de huellas de herraduras, de recodos sorprendentes. Y Roberto avanza. Y Roberto llega, primerizo, a esta su segunda patria. Roberto descubre a La Rioja. Roberto se llena de cielo azul, dilata las coanas al aire ribereño —cargado de báquicos aromas—, mide a paso lento la provinciana calle, registra en su particular pentagrama la cadencia musical del castellano dialectal. Roberto llega a otro mundo. Roberto planta su «carbayón» allá en el fondo de la sierra camerana. Roberto levanta el porrón de granate incandescente en una taberna riojaleña y mientras su alma vuela, melancólicamente, al «chigre» minero, canta su primera jota con regustos de «vaqueirada»...

Roberto comienza la segunda parte de su vida. Oscura parte. Convulsiva parte. Amarga parte. Lucha en la soledad de su buhardilla buscándose a sí mismo. Allí es el tejer y destejer de las primigenas musas, de leve vestimenta, horras de pan y hartas de ilusiones. Allí es la luz cegadora de un futuro. Allí es la oscuridad del ser incomprensido. Allí es el recalar en la virgen madrugada. Allí es el oír la campana jesuítica, la piada gorrionera, el aroma de tahonas, el roce áspero de las frazadas sobre el cuerpo estremecido...

Y Roberto sale, avanza en la empedrada calle, busca y encuentra ese primer apóstol de ese nuevo pan que a manos llenas reparte, a manos horadadas. Y habla. Y escucha. Y toma nota. Y ama. Y escribe. Y rompe y rasga las cuartillas. Fantasmagóricamente Roberto pasa el viejo puente, melancólicamente hipnotizado por las mansas aguas. Roberto, noctívago perenne, cuenta las bombillas de la calle —vieja calle de arenosos escudos, tabernas solitarias, portales húmedos y borrachos esquíneros—, charla con la vieja de la cesta, toma un vino con los locos inventores, lee a Catulo sentado a la mesa con restos de cordero, vino tinto, mientras clava la vista en el sobado cartel de la corrida feriado del 28, saluda a la cuadrilla vocinglera, saca a luz sus palabras detonantes en la columna diaria, removiendo los pudores de las hipócritas conciencias ciudadanas...

Roberto da un paso más en ese echar raíces en la tierra, en ese primer intento de un alto en el camino, en ese claudicar —doloroso e inevitable claudicar— ante la masa, en ese levantar el cuello para no ahogarse en la ridada fácil, en ese terrible esfuerzo para no morir la vida... Roberto escribe un libro.

Roberto avanza. Roberto sigue. A Roberto le llega la hora del amor. Del amor sentido, del amor necesitado, del amor cual descanso en su trajinar carretero. Roberto tiene un hijo. Roberto siente las angustias paternas. Roberto es padre en plenitud: árbol, libro, hijo...

Roberto reflexiona. Roberto pone en marcha los hijos de sus noches. Roberto les da vida en las amplias galeradas. Roberto los saca a paseo. Roberto vuelve a casa, prepara su equipaje —amorosamente dispuesto por la esposa— y va camino de esa estación de origen de la gloria. Roberto lucha contra el cierre de ese círculo marcado. Roberto, por fin, entra en la brecha, nuevamente cargado de ilusiones, con sus soldados de plomo, esmaltados del verde de esperanza, desfilando bajo el arco bernabeo, camino de la puerta emperadora... La Rioja comienza a descubrir a su Roberto. Roberto, ay, tiempo ha que descubrió La Rioja...

Logroño, en el mes lluvioso de los orates.

Año de gracia de 1983

Luis Antonio Manzanares Puertas

Estatua de una tarde de lluvia

 editorial
OCHOA



292

R

Antenas de mariposa *Robertó Aguilera*

